EL INFINITO RUMOR DEL AGUA

NOVELA

AMAURY PÉREZ VIDAL

OVERTURA

Un pajarillo de pecho rojo intenso, las cartas de dos hermanas separadas por los azares rumorosos del mar y el intenso poder de una imaginación y poesía desbordantes, condujeron a Amaury Pérez a esta aventura literaria que no dudo en calificar ya como una de las novelas más originales y seductoras de las que se han escrito en nuestro país en los últimos años.

Lejos de los tópicos de la más reciente narrativa cubana y deslizándose discretamente fuera del tiempo y el espacio*, El infinito rumor del agua,* es una historia de amor y de amistad, al mismo tiempo es una delicada incursión en el terreno de esos sentimientos solidarios en los que la incondicionalidad se manifiesta más allá de la distancia y de la muerte, tejiendo y destejiendo lazos que el paso del tiempo es incapaz de desatar, pese a las diferencias existenciales.

La historia de Gretel y Gertrudis, que tiene sus raíces en una infancia común presidida por el legado amistoso de sus madres, es el hilo central de una obra donde el firme trazado de los personajes y la armoniosa pulcritud de un lenguaje, lírico y sutil al mismo tiempo, crean una suerte de fascinación de la cual es difícil escapar y que, sin embargo, se equilibra en perfecta conjunción con el desarrollo exquisito de la trama.

Narrada en primera persona por Gertrudis, una de las protagonistas, la novela consigue una omnisciencia difícil de alcanzar cuando se apela a dicho recurso. Y es que las referencias a la vida de Gretel en Nueva York resultan amplificadas por la voz de Wolfang (personaje de especial implicación dentro del argumento) y por un puñado de poemas y cartas que son también esenciales para comprender el mundo interior de la mujer que, pese a flotar como una sombra en el presente de la

ficción, resulta, sin lugar a dudas, la contrafigura imprescindible para la aparente convencionalidad de la vida en La Isla imaginaria y, sin embargo, identificable, donde se focaliza la acción.

Sobre los poemas es preciso insistir por la perfección con que logran introducir al lector en el estilo de la poesía norteamericana de la época, a la vez que construyen una personalidad expresada a través de esos textos homogéneos, en los que se presume a la voz autoral complaciendo a la vez los gustos exigentes de cualquier consumidor de este género literario.

Música, humor y la persistente búsqueda de sincretismos y relaciones son otros ingredientes que hacen de esta narración un texto de irresistible gancho. Los personajes secundarios ocupan un lugar relevante en el desarrollo de la trama, convirtiéndose por momentos en coprotagonistas del universo cerrado que Amaury Pérez ha sabido construir con un oficio que nos sorprende y cautiva.

En realidad, no creo que esta novela necesitara un prólogo. Se explica y fluye por sí misma a través de las páginas exactas y suficientes en las que queda finalmente enmarcada.

Si he querido dejar aquí inscritas algunas breves impresiones sobre *El infinito rumor del agua* es porque su autor, figura descollante en el mundo de la canción cubana, merecía que otro escritor lo reconociera como el literato que también es y cuya trayectoria como músico no debe opacar esta otra nueva vocación cuyos resultados ameritan una salutación a su entrada en el amplio mundo de la literatura cubana.

La lectura de esta novela augura el incipiente nacimiento de un autor que, si bien ya podía ser considerado poeta por el alto nivel de los textos de sus canciones, hoy se nos presenta como novelista, además del narrador de historias breves que había demostrado ser con su libro *El dorso de las rosas* que lo ubica, para decirlo con las palabras de la contracubierta de su edición mexicana como “un narrador natural”.

Ahora, el paso por la novela nos lo presenta como un eficaz creador de metamundos, capaz de ese largo aliento que significa completar una historia sin altibajos donde el lenguaje no exceda a la acción y sirva como medio sin perder la atractiva belleza con la que el autor encarcela a cada una de sus frases.

Saludo, pues, esta entrada de Amaury al mundo de La Literatura (con mayúsculas) y espero que sus lectores disfruten de la misma manera que he disfrutado yo, que me leí esta novela de un tirón, seducida por su encanto discreto, sus sutiles humoradas, la sencillez y poesía del lenguaje y la originalidad de una historia que, por qué no decirlo, habla directamente al corazón.

Marilyn Bobes

La Habana, abril de 2006

PRELUDIO

En realidad no buscaba una novela, me dejé llevar por una historia que tuvo sus orígenes en Caracas, en mil novecientos noventa y cuatro, cuando mi compañera Petí, impulsada por quién sabe qué propósitos del alma, en un apartamento familiar de la urbe bolivariana, encontró unas cartas intercambiadas entre su madre Lita y su tía emigrada Teté, correspondencia que permaneció ininterrumpida desde mil novecientos sesenta y dos hasta el fallecimiento de la segunda en mil novecientos ochenta y nueve. En las misivas se comentaban los asuntos cotidianos como si la distancia, en vez del rompeolas habitual que separa, fuera un velero trasatlántico que transpira. ¡Qué buena historia, me dije, algún día la convertiré en canción, o en poema, o en una Sinfonía Literaria que fue en lo que en realidad terminó la aventura!

Fue en febrero del año dos mil cuatro, en Querétaro, México, durante una gira, que garrapateando un cuento junto a una inmensa ventana colonial, me visitó un pajarillo rojo intenso al que por mis escasos conocimientos ornitológicos confundí con un petirrojo. Más tarde supe era un cardenal, pero ya la historia había tomado vuelo, la secuencia intangible de la fantasía me arrobó y rumiando guardé celoso el anhelo, no estaba listo antes. Luego, en julio y agosto, retomé aquel párrafo: *"El petirrojo hizo una reverencia, se mostró palpitante, abrió su pico, y hasta creímos adivinarle una sonrisa, seguro manifestaba lo que desde hace tanto sabía…"* y continué escribiendo febrilmente en La Habana, Varadero y Holguín hasta llegar a la forma actual de esta narración.

Siempre me sedujo la manera de expresión literaria de las mujeres, son más libres, más desprejuiciadas, más sinceras, no intentan explicarnos el origen de sus afectos, penas o alegrías, llegan hasta nosotros desnudas del corazón.

Gertrudis y Gretel son personajes de mi imaginario; pero que como Lita y Teté en la realidad, antepusieron su amor por encima de cualquier otra consideración.

Esta novela es mi homenaje a la amistad alta, a la que no se detiene y se ventila en los entresijos de la nostalgia.

Amaury Pérez Vidal, diciembre de 2004

A Lita y Teté, que se abrazan ya juntas para siempre

Gracias a:

Mi Padre, que escribía cuentos y cartas maravillosas, Mi Madre que se sentiría feliz, Petí, quien me fortalece con su amor a cada hora y se volcó toda sobre estas páginas. Mis hijos Alan y Arianita, lo mejor de mí. Ana María Muñoz Bachs, por la excelencia y pasión con que se acerca a mis delirios literarios. Marilyn Bobes, eminente escritora y amiga que con sus comentarios elevó mi autoestima y me acercó nuevamente fuerza, esperanza; por el generoso prólogo. Waldo Leyva, poeta y amigo, por sus certeras observaciones, Ulises González por el bello cuadro de la cubierta, Yanelis y Bárbaro Velazco, por su dedicación y buen gusto. Ennio Morricone, Craig Armstrong, Hugo Wolf y Cole Porter, porque sus melodías cosieron, una a una, cada oración de este relato. Gerardo Chijona, por su recomendación cinematográfica. Niurka González, por sus consideraciones, José Adrián Vitier por su impagable ayuda, Olga Marta y el equipo de Ediciones Unión, Andy Montes, Carmen Rosa Báez, Fidel Antonio Orta, Pepe Gundín, Wendy Guerra, Silvia Rodríguez Rivero, Sara González, Jorge Losada, Joel Valdés, Kiki Corona, Silvio Rodríguez y Abel Prieto por todo lo demás.

Whenever skies look grey to me
And trouble begins to brew,
Whenever the winter winds become too strong
I concentrate on you […]

Cole Porter

LENTO PESANTE

CAPÍTULO UNO

El petirrojo hizo una reverencia, se mostró palpitante, abrió su pico, y hasta creímos adivinarle una sonrisa, seguro manifestaba lo que desde hace tanto sabía.

El pajarillo no regresó a su flamante nido y antes de las cinco, recorrió el aire terso del atardecer para galantearnos con su plumaje carmesí, el mismo testigo, otra cadena aprobatoria, otro tiempo.

–Yo nunca te olvidé –dijo Gretel acariciando mi mano.

–Yo tampoco –le respondí arruinando el maquillaje. Dos lagrimitas rompieron el bajo rimel.

El entorno no podía ser más cómplice para un encuentro largamente deseado. El lago se extendía a nuestros pies y amenazaba humedecer los rebordes delanteros del calzado, los sauces se inclinaban en una gentil salutación. Las coníferas, incrustando sus coronas en el sol mortecino de fin de tarde, doradas, nos estremecían.

–Falta la música –señalé provocativa.

–¿Qué melodía podría acompañar este momento? –preguntó.

–¡Ah!, aquella música antigua, la tonada alemana de nuestra juventud.

El petirrojo dio un giro tiñendo las nubes, la melodía lejana formó aros en el lago, el agua se hizo un disco y las burbujas estallaron generando cristalinas notas que emergieron para aprisionar la brisa como teclas del piano de la memoria; las ramas de los pinos balbucearon; el césped anunciador del rocío sirvió de arco, y entre

todos crearon aquella triste canción que se esparció intercalando margaritas entre exhortaciones a la alegría.

–¿Recuerdas?

–¿Cómo no hacerlo? –nuestros ojos se volvieron a encontrar sin bochorno.

–No has cambiado nada –ambas sonreímos agrandando nuestras bocas hasta que la incertidumbre y las risotadas se mezclaron en un sonido híbrido: media tarde, media luna, media broma.

–¿Cuánto hace que no nos vemos?

–Demasiado –la expresión dulce dio paso a la congestión.

–Sí que se nos fue el tiempo –los labios carburaron nuevamente, y la candidez relajó los músculos del cuello, otra sonrisa, un tanto malandrina, encendió el candil de los sentidos.

Nos descalzamos, los pies a orillas del suspiro, los dedos entrelazados y los párpados entreabiertos.

El petirrojo planeó sobre nuestras cabezas y se posó en el infinito lecho de la ribera.

“¡He cumplido!”, pareció decir la avecilla.

CAPÍTULO DOS

Gretel y yo nacimos y fuimos criadas en una calle enigmática llamada Travesía de los Delfines, en un pueblo llamado De Horacio al centro de la Isla. Las casas tenían encima de la puerta el número que las identificaba, impares las de la acera del sol: ciento tres, ciento cinco, ciento siete … Éramos hijas de espléndidas mujeres que se ganaban el sustento tejiendo con estambre todo género de abrigos, alfombras, moquetas, tapices, manteles, cubrecamas, paños, servilletas y cortinas para ataviar las suntuosas armazones domésticas de las familias mejor posicionadas que habitaban la acera de la sombra, la de los números pares: ciento dos, ciento cuatro, ciento seis…, un empleo inaudito en un sitio donde el calor arrasa. Nosotras sosteníamos las pelotas de hilo antes de que se desvanecieran, y observábamos atentas la transformación de las hebras en las manos de las matronas mientras se convertían en estrambóticos trapos. De vez en cuando nos mirábamos de reojo, y alguna, traviesa, dejaba caer la bola de lana para perseguirla debajo de los muebles espesando una telaraña entre las patas de los desvencijados sofás; el grueso hilo se enredaba en una insólita madeja, y nos quedábamos divertidas y atrapadas por el “monstruo de la pelusa gris”.

–¡Niñas! ¡Gertrudis, Gretel!, ¿podrían poner un poco de atención?
–nos gritaban nuestras progenitoras.

Mamá Ofelia y tía Rosaura, como solía llamarlas desde siempre, habitaban domicilios contiguos cuando los periódicos anunciaron en primera plana aquel trágico accidente de dos locomotoras embistiéndose con furia, descarrilando los vagones,

que dieron infinitas volteretas hasta terminar hechos chatarra hundidos en un cañaveral. Ellas quedaron viudas al unísono, y nosotras, huérfanas de padre casi recién nacidas. Nuestras madres decidieron compartir casa y soledad, sin que jamás viéramos asomar una queja o un lamento que delatara sus pérdidas. Roberto y Fernando, así se llamaron ellos, trabajaban como viajantes de comercio, y esto los obligaba a ausentarse con frecuencia para recorrer la nación de hocico a rabo. En el accidente, sus cadáveres quedaron irreconocibles, y por un tiempo existió la sospecha, entre voces, de que en realidad habían aprovechado la ocasión para abandonarnos y establecerse en la urbe con otras nuevas y olorosas doncellas, cosa que nunca se corroboró, y el silencio en torno a ellos provocó una transmutación de duelo a olvido.

En las tardes Gretel y yo, cual muñecas de porcelana, con las manos enlazadas, nos sentábamos en el cortafuego a observar a los caminantes desparramar su ánimo: Manolo el frutero y su bicicleta convertida en carroza de múltiples olores; Juana Inés, quien presumía sombrillas importadas de París, Madrid o Roma; Leandro el cartero, de delgada estructura, con su infaltable silbato bronceado en la boca, repartiendo a diestra y siniestra noticias protervas o bienhechoras; y al doctor Fredesbindo, el médico del pueblo, que suplicaba por la ascensión al Olimpo de su fallecida esposa, a la vez que decía piropos, muy quedo, en la oreja de cualquier joven que ponía cara de circunstancias mientras lo provocaba melindrosa.

Siempre imaginamos que vivir en la acera del sol tenía, además del inconveniente del calor diurno y el vapor que exhalan pisos y techos en las noches,

una cierta particularidad que nos distanciaba de los habitantes de la acera de la sombra: el poder de la observación ilimitada, pues la luz, contrapunteando con las penumbras interiores, dejaba nuestras almas expuestas con sus defectos y virtudes; los del lado fresco lo veían todo bajo los esdrújulos matices del apagado y se perdían las aristas más risibles del comportamiento humano o animal; los ancianos moteaban sus blancos cabellos, los perros confundían sus manchas con las tapias. Aquellos, los pálidos, como los bautizamos, no disfrutaban del filo sudoroso del peluquín de Don Alfredo deslizándosele hacia un lado cuando con su bastón de marfil bordoneaba orondo las esquinas; ni de la absurda combinación de la joven Vivian, tan presumida, con el sombrerito de rosas amarillas y la ajustada blusa de tafetán verde esmeralda; ni de la señora Eulalia, que al cargar su flan de coco derramaba almíbar por todos los costados, encajándose en su falda preferida aquellos dardos, más parecidos a sortijas de chapapote que a lunares de caramelo.

El pueblo De Horacio estaba a tantas leguas del mar que muchos de sus habitantes nacían y morían sin haberlo visto nunca, por eso resultaban extravagantes y misteriosos los nombres de sus calles: Verano de Gaviotas, Prolongación del Coral, Virgen de las Mareas o Travesía de los Delfines. Tenía todos los pequeños negocios de los que presume cualquier villa de tres kilómetros cuadrados de extensión; la bodega de Rodolfo Arrecife con el repugnante e indigesto olor a plumas de gallo y carne de cerdo fresca, una quincalla-farmacia presidida por un cartel donde se alcanzaba a leer: “Quincalla El Salitre, desde una cama hasta un pupitre”, rima engañosa e imprecisa con la que Gretel moría a carcajadas, pues aparte de alfileres, dedales, tinturas, ungüentos y enseres para cocina carecía de mercancías la mayor

parte del año. A una cuadra, antes de que las casas perdieran su número aparecía el correo con el telégrafo y la estación de bomberos con un carro cisterna que manejaría Manolo el Frutero de presentarse la oportunidad. En la loma de Zeus se alzaba la Iglesia de San Juan y al fondo el colegio Las Damas de la Consagración, donde estudiamos casi todos los niños de la comarca, tenía diez asientos que nunca llegaron a verse ocupados en su totalidad. Justo en la esquina se encontraba la Peluquería-Barbería llamada Los Peces Calvos, y las pocas señoras que podían permitirse el lujo de ser arregladas por el enfadoso fígaro, preferían componer sus cabelleras en casa y no correr el riesgo de ser despelucadas, por lo que era un sitio frecuentado sólo por hombres y fiñes. Ambas, la barbería-peluquería y la quincalla-farmacia, eran regentadas por los raros sobrinos de Don Alfredo cuyos nombres denotaban un vago aire femenino: Josefo e Isabelo.

En las dos salidas del pueblo, o en las dos entradas, daba lo mismo, se alternaban en sus bucólicas funciones dos tabernas que disponían sus colores entre escamas de sábalos y rejos de langosta: La del gallego Urbino Aguas abría a las diez de la mañana y cerraba sus portones a las cinco de la tarde y la del mulato Gervasio Caracol destilaba sus alcoholes desde las cinco y media hasta las doce de la noche. La media hora que distanciaba en la prestación del servicio una de la otra, valía para que los parroquianos, los menesterosos, los visitantes de expedito paso y hasta Don Alfredo pudieran desplazarse entre las dos sin someter al infortunio etílico por más de treinta minutos al hígado de los mesurados consumidores, y digo mesurados, porque jamás De Horacio tuvo que sufrir escándalo alguno vinculado a la exagerada ingesta de rones, aguardientes o cervezas, los bebedores permanecían simplemente allí,

junto a la barra, matando las horas, en la inútil espera de que el Caribe les sorprendiera a tras mano y les refrescara los ojos y el corazón, o les sembrara de arena y sombrillas tricolores el polvo suspendido en sus trajes de diario.

Una hilera de casas de desigual arquitectura con sus calles adoquinadas sin entusiasmo otorgaban a De Horacio una falta de personalidad tan evidente que deslavaba, tanto, que los que pernoctaban en la casa de huéspedes de la abuelita de Vivian de paso a otras ciudades, se olvidaban de él inmediatamente después de que el rugido del tren los descolgara del caserío.

Los ancianos contaban altaneros que De Horacio fue fundado por el almirante español Horacio Ventura que en busca de un atajo hacia el mar se quedó dormido una noche sin luna en el agujero del bosque. En la amanecida conoció a una indígena hermosa de nombre impronunciable oriunda de la floresta que lo acompañó y proveyó de alimentos a él, y a su escuadra acompañante desatándole el deseo hasta donde el alma se enamora. El Almirante se la llevó y luego la presentó en la corte de los Reyes Católicos como genuina heredera de los árboles, los olores y las resinas de la isla descubierta. Al lograr que la Reina Isabel le permitiera adueñarse del terreno donde conoció a la amada, bautizó la aldea fundada en el siguiente viaje con su nombre: Almirante Horacio Ventura. Luego de su fallecimiento, y la tendencia criolla por acortar las pomposas denominaciones con que los españoles vestían los lugares que fundaban se quedó simplemente en De Horacio.

Las dos esperábamos el fin del día riéndonos de todo el que pasaba, hasta que Gerard Huberr, el jovencísimo organillero berlinés y su monito danzarín, vestido con una mínima túnica persa sembrada de lentejuelas y llamado Azul por la

exagerada cantidad de azul de metileno con que lo teñía para hacerlo más atractivo, atravesaba nuestra calle girando la manivela, enfático, modulando la tonada alemana de nuestra infancia, y sin proponérnoslo, sin proponérselo, de nuestras vidas.

Ninguna sentía esa atracción infantil por aquel rubio importado, aunque era un muchachón interesante (tenía un rostro y un cuerpo que despertaban los instintos femeninos); pero padecía una especie de aniñamiento perpetuo que nos hizo intuir la falta de algún remache en su generosa armadura europea. Poseía encanto, ¿o sería la espléndida musiquilla repetida, incansable, asiéndose a nuestros ingenuos oídos?

La mesa del comedor era el muestrario de los encargos de la abuela de Vivian, quien al comprar los cubrecamas de lana y otras absurdas presunciones se convirtió en nuestro puntal económico; respiraba con dificultad y repetía sin cesar que en Pontevedra, Galicia, de donde provenía, el frío y la humedad eran infernales, en tanto acariciaba ensimismada las tupidas alfombras recién tejidas.

–¡Ay, Ofelita! He pasado tanto frío en mi vida que la sensación de estarme congelando no terminará nunca.

Por otra parte, Gretel estaba convencida de que la afición musical del berlinés provenía de sus ancestros que vivían dentro de la cajita donde eran azotados en el trasero por la manivela bajo las órdenes de Azul, y que Gerard era un simple peón del monito diabólico; la canción sonaba algunas veces cadenciosa y otras chirriante porque obedecía a los cambios de humor de la bestiecilla, incomodada por las agudas miradas que su esclavo nos dedicaba, sobre todo a ella. Gretel se hacía la distraída cuando Huberr cruzaba de largo, y enseguida, sin poderlo evitar, se

quedaba clavada en sus glúteos, fingiendo despedir al mono con una leve rotación de la mano.

Una inolvidable tarde, por vez primera, se posó encima del organillo un ave de pecho bermejo. Su aparición, cada vez más frecuente, transitó de la visión pasajera a la obsesión, y en la noche, a la luz de las velas, Rosaura nos contó una fábula que la acompañaba desde su niñez relacionada con aquellas avecillas. El ambiente era propicio: la lana se esparcía por la habitación a manera de un mágico telar plateado, las velas proyectaban la sombra de tía Rosaura y le daban un aspecto gigantesco, señorial. Gretel y yo nos apretujamos, abriendo nuestras entendederas para no perder detalle de la increíble narración:

"Los petirrojos, en el comienzo de los tiempos, carecían de color –comenzó bajito–, eran de plumaje opaco y mirada triste. Los pichones le preguntaban al líder de la bandada por qué no tenían coloración como el mirlo o la perdiz, y el gran petirrojo les contestaba que el color habrían de ganárselo venciendo una prueba de valor o de compasión. Los pájaros lucharon contra águilas y otras aves de mayor tamaño, contra reptiles y roedores, pero nada de esto les brindó un poco de pigmento a su brumoso plumaje. Una mañana divisaron a lo lejos cómo un hombre era crucificado en la pendiente del camino por seres desalmados que, además, le incrustaron hasta las cejas una corona de espinas para acrecentarle el dolor y la humillación. Entonces, un petirrojo pequeño, el más pequeño de la bandada, voló hacia él, con el minúsculo pico logró extraerle una espina de la frente para aliviar su sufrimiento; al extraer la astilla, una gota de sangre le salpicó el pecho. Ya de regreso en el bosque, sus amigos le señalaron la mancha roja que semejaba un escudo bajo

el pescuezo –es sólo una embarradura, el agua la borrará –les respondió el pajarillo; pero por más veces que se restregó en el tálamo del río, sumergiéndose una y otra vez, debilitando sus pulmones, la marca roja no cedía, y permaneció en su pecho y en el de todos sus descendientes hasta nuestros días cual símbolo de virtud.”

Permanecimos en silencio, estupefactas, hasta que un tic tic desconocido repiqueteó en la ventana. La abrimos de par en par, y la silueta rechoncha y viva del noble de la leyenda, el petirrojo, se sentó en el aire: una pequeña bola de catorce centímetros sostenida por las tinieblas.

Otro día venturoso, especialmente feliz, Mamá y Tía Rosaura nos llevaron a retratar con Felicio, un fotógrafo errante y perennemente ebrio para que dejara constancia impresa de nuestra niñez. Por el camino al parque, salté la verja de un hermoso jardín donde, sobre un manto de hojas verde intenso, cortadas a sedal, convivían infinidad de flores de todos los nombres y colores: geranios, rosas, lirios, gardenias, gladiolos… elegí y corté un puñado de margaritas blancas con las que trenzar dos coronas, y esconderlas, para cuando Felicio oprimiera el obturador y el incandescente flash desparramara sus luces, remataran los peinados que con tanta dedicación nos habían bordado. Las cofias ocuparon nuestras cabezas en el instante en que, sonrientes, sellamos la amistad, apretándonos con fuerza, transmitiéndonos una energía que revolcaba los contentos del ayer y las amorosas expectativas del mañana. Pegando la dicha en el destello, grabando para siempre, con la explosión de la luz, el alma compartida. Esa fotografía nunca la vi, no supe si Mamá o Tía Rosaura se la enviaron a algún pariente lejano o desconocido por mí…, lo que sí recuerdo

nítidamente es a Gretel guardando las coronas de margaritas blancas en una bolsita de terciopelo que luego depositó en su joyero de madera.

Las estaciones siguieron su curso, dejamos de prestarle atención a Gerard Huberr con su cantarela al filo de las siete, otros caballeros más espabilados comenzaron a galantearnos, a perseguirnos en los salones de fiesta, a la salida de misa. Nos convertimos en dos muchachas adorables, de aspecto cabal y extraordinaria salud como Mamá no dejaba de apuntar, pero nosotras permanecíamos reacias a contraer compromiso. Pensábamos que nuestra juventud se resentiría con matrimonios apresurados, y nos dejábamos cortejar por la interminable fila de personajes del pueblo más por curiosidad que por deseo, hasta una ocasión en que reposé mis ojos sobre Carlos Felipe, el hijo del doctor Fredesbindo. Gretel enmudeció al reconocerlo en el bautizo del primogénito de Vivian, un bebé con las orejas demasiado grandes que, como era usual en los vástagos de los pálidos, presumía un sombrerito de plumas naranjas con un batincillo festoneado en azul cielo.

–Gertrudis, mira a ese joven.

–¿A quién, Gretel?

–Al alto del corbatín blanco.

–Todos tienen corbatín blanco, es un bautizo.

–El lindo que está reclinado en el sillón de mimbre junto a la palmera.

–¿El que está fumando?

–Mira qué maneras tiene de inhalar el humo –decía, pasándose los dedos por los labios.

–Es verdad, fuma bonito, pero no soporto a los fumadores de puros.

Más tarde estaba yo cabalgando sus filos, recorriendo el monte a galope en un caballo sin bridas, desnuda. El humo me envolvió, sus exquisitos modales, sus adorables maneras, hicieron que perdiera la cabeza antes del siguiente habano. Acepté sus visitas, y mi madre gozosa empezó a diseñar los pormenores de la boda en ciernes. Carlos Felipe resultó conciso y justo, tanto como los de la acera luminosa.

–Y tú que no soportabas el humo –la risa sonora de Gretel estremecía la sala.

El enlace fue reseñado en la sección de crónicas sociales del diminuto diario de la villa entre los principales acontecimientos del año, en un municipio donde subsistir era ya un gran acontecimiento. Vivian, con su orejón a cuestas, sirvió a los invitados un mejunje donde convivían agua ardiente, hojas de guayaba y palitos de canela, que provocó intensos dolores de estómago a más de uno. Los vinos finos españoles y la champaña se reservaron para los más íntimos. Gretel, por supuesto, fue la madrina de la boda, y dejó abandonadas en el altar todas las lágrimas que creyó oportuno derramar. Mi madre y Rosaura rezaron tanto que Bonifacio, el párroco, se fue quedando dormido (era habitual en cada casamiento) entre plegarias y votos por la felicidad, la salud y los vástagos por venir. Eulalia, absolutamente bañada en merengue, confeccionó el pastel nupcial, tan alto, que fue un milagro no se viniera abajo cuando los invitados se apretujaron para alcanzar un pedazo. La abuelita de Vivian se veía feliz, llevaba un abrigo más propio de un esquimal que de una invitada a un modesto casamiento en una isla caribeña. Fuera de la iglesia, entre los vítores de los pueblerinos y las libras de arroz lanzadas que me talaron el peinado, estaban Gerard, el organillo, y Azul, que inquieto no cesaba de chillar, no sé

si de entusiasmo por la fiesta o del ardor provocado por la cantidad de colorante con que el berlinés lo pintarrajeó para la ocasión.

Entonces ocurrió algo inesperado: mientras Gretel cargaba rumbo a casa un pedazo de pastel, el petirrojo, que estaba posado en una gárgola del templo, dio una voltereta mortal y cayó patas arriba delante de ella. Un carraspeo profundo e innombrable se apoderó de su garganta. Jamás vi un ave crisparse de ese modo. De pronto el petirrojo, que se debatía entre la vida y la muerte, se incorporó reanimado, y voló al cielo raudo, en ese instante fue Gretel quien cayó al suelo, expectoraba una mezcla de harina con saliva, parecía que los pulmones se le estrangulaban. Todos corrimos a socorrerla, Carlos Felipe la cargó, y el doctor Fredesbindo le golpeaba la espalda. Ya en casa, la acomodamos y abrigamos para calmarle los espasmos. La tos cedió, dando paso a unas fiebres intensas y una intermitente falta de aire, mi amiga deliraba y emitía frases sin sentido que todos pretendíamos interpretar. Luego del pánico inicial comenzó la preocupación. La celebración matrimonial se abortó súbita y el escenario fue ocupado por algo más parecido a un velatorio.

Gretel estaba grave, fue el diagnóstico del doctor Fredesbindo, tenía que ser atendida por especialistas. Entre brebajes y brebajes pasé la noche poniéndole compresas heladas. Hice un surco en el piso viajando de la hielera a su frente. Carlos Felipe no me abandonó ni un segundo, así como Mamá Ofelia y su séquito de amigas lloronas. Tía Rosaura y el doctor Fredesbindo no se separaron durante las horas de zozobra.

–Si pasa la noche, sobrevivirá –repetía Fredesbindo con rigor médico.

El pobre Gerard se plantó en la calle e hizo girar la manivela de su organillo con tal furor que se le reventaron los callos de la mano. Azul estuvo inquieto hasta que el amanecer asomó sobre la cruz de la Iglesia de San Juan, el punto más alto del caserío.

–A la joven Gretel le gusta mi música, a la joven Gretel le gusta mi música, no debo detenerme, no voy a detenerme, no quiero detenerme –repetía lloroso Gerard Huberr durante el tiempo de inconciencia de Gretel.

La fiebre cesó a las seis de la mañana, el ambiente era desolador: los abrigos de lana sin acabar sirvieron de colchones; las bolas de estambre, como almohadas; las tazas con residuos de café se amontonaban por doquier; las caras soñolientas de los presentes emergían fantasmagóricas desde todas las estancias; el orejón de Vivian clamaba por leche; Eulalia, con el merengue ya agrio sobre el vestido, despedía un olor rancio; Mamá Ofelia se había recostado, desmadejada, sobre la mesa del comedor. Rosaura y Fredesbindo animaron su diálogo cuando los signos vitales de Gretel se estabilizaron.

Mi amiga, siguiendo las prescripciones de otros doctores, más los atentos cuidados de Fredesbindo, desmanteló su palidez, se pudo asomar a las ventanas aunque la tos no se fue del todo, y a ratos la fiebre regresaba en busca de su botín. Así pasaron días, no sé cuántos. Carlos Felipe y yo tuvimos que retrasar nuestra primera noche.

Otro día escuché entre puertas, además de la ostentosa declaración de amor de Fredesbindo a tía Rosaura, la sentencia clínica que no podía sospechar:

–Gretel padece algún tipo de pulmonía que desconozco, hay que alejarla cuanto antes de aquí si queremos mantenerla con vida.

–¿Marcharnos de nuestra casa, alejarnos de los nuestros, abandonarlo todo? –tartamudeó tía Rosaura.

–Tranquila, tranquila, yo partiré con ustedes, Gretel necesita un cambio de clima, nuestra familia tiene un apartamento muy bien posicionado en Nueva York, a ustedes no les faltará nada, tú y yo nos desposaremos e iniciaremos una nueva vida.

–¿Casarnos? –repicó coqueta tía Rosaura.

Un rayo me atravesó, las uñas se me clavaron en las palmas, un mareo intermitente me descerrajó las entrañas, los dientes se incrustaron cortándome el labio inferior, corrí hasta la calle y grité un ¡NOOOOOO! que rebotó en las aceras del sol y de la sombra, de pared en pared, de puerta en puerta, de naufragio en naufragio. Recorrí desconsolada todas las calles del pueblo hasta que exhausta llamé a la puerta de Carlos Felipe para refugiarme en sus brazos, me recibió tierno, comprensivo, y esa madrugada, por fin, consumamos nuestro amor cuando la aurora despeinaba la mañana.

Los trámites del viaje se iniciaron de inmediato. La documentación de Gretel, Rosaura y del doctor se envió a la Capital y fue gestionada con una rapidez nada común. Durante las semanas previas a su partida, evité rondar los mismos espacios que mi amiga, como si estuviera ensayando el acto de la despedida para una obra con sólo dos personajes.

Ya me había mudado a la casa de Carlos Felipe, en la acera de la sombra, por lo que también yo me vería difusa y turbia; camuflarme entre los pálidos sería más

fácil. Gretel estaría absorta en los preparativos del viaje, sus dolencias, y el inaplazable cambio de país.

Los paisanos, desconocedores de los planes de boda de Rosaura y el doctor, empezaban a cuchichear, y Mamá Ofelia decretó que nos cosiéramos la boca si las murmuraciones culminaban en preguntas.

–¡Las cucarachas andan en busca de cloacas, cubran todas las alcantarillas!

El silencio nos hizo graves, modeló nuestro carácter. Sin Gretel, su confianza, su presencia, nada volvería a ser lo mismo, era hora de adaptarse a las nuevas circunstancias.

El tren saldría hacia la Capital a las tres de la tarde, y una vez allí abordarían el vapor Pennsylvania de la Panamá Pacific Line, que los trasladaría a Nueva York.

Todos se reunieron para el adiós. La señora Eulalia le entregó a tía Rosaura, envueltos en un mantelito, unos buñuelos caseros para compensar la fatiga del largo viaje. Vivian y el orejón de su hijo berreaban como si se estuvieran pegando vestidos como payasos. Don Alfredo entregó a Fredesbindo su costoso bastón de marfil para que caminara sin peligro las heladas avenidas. El doctor lo abrazó emocionado y removió distraído su peluquín, que se le corrió hasta la oreja derecha. La abuela de Vivian les regaló unas valijas con todas las prendas de lana que Mamá y Rosaura tejieron para ella. Carlos Felipe abrazó a su padre de forma tan brusca que parecían un solo cuerpo con dos sombreros, luego besó a Gretel y a Rosaura con sobriedad y cortesía. Detrás se apiñaban los otros: Juana Inés, que estrenando una nueva sombrilla color rosa intenso, no hizo más que darle vueltas, agitada por el nerviosismo y la envidia, Manolo el frutero se quitó la boina y saludó la salida del tren como quien

despide un sepelio, se colocó un plátano sobre el corazón a manera de ofrenda por la "desventurada moribunda", El Padre Bonifacio se quedó dormido sobre un banco sin percatarse de lo que en realidad ocurría pero con las manos sobre el regazo conjeturo que invocando al Todopoderoso, así mismo, dormido, falleció semanas después sin que conociéramos el motivo y fue sustituido por el Padre Eustaquio con tal premura que nadie pareció notar su ausencia y Leandro el cartero sonó el silbato hasta confundirlo con el del tren cuando una nube de humo salido de la locomotora los envolvió a todos.

Al final de la estación estaban Gerard Huberr con su organillo y Azul, derechos, silenciosos, en atención, carentes de resuello. Emocionados hicieron una reverencia al paso de los carromatos, a los que dedicaron una mirada lánguida que viajó desde donde los raíles rechinan, hasta el oscuro ventanal de mi dejadez en el ático de la estación donde me mantuve agazapada, lejana, consciente de la desesperación que a Gretel provocaba mi ausencia.

El petirrojo levantó señorial el vuelo para posarse en el techo del último vagón. Así supe que mi hermana del alma, la otra parte de mí, estaba a salvo.

CAPÍTULO TRES

Todavía me pregunto cómo pude volver a casa. Carlos Felipe tuvo que sostenerme durante el trayecto, algo en mí se había desordenado o roto. Gerard acompañó mi angustia con tal desánimo, que Azul se rindió encima del organillo.

–Ya no está la joven Gretel, ya no está más la joven Gretel, ya nunca más estará la joven Gretel –repetía Huberr al tomar un atajo, huyendo de nuestra vista. Su canción enfiló cansina el paisaje y enmudeció solitaria, melancólica.

La partida de Gretel, tía Rosaura y Fredesbindo nos hizo daño a todos. Costó muchos atardeceres acostumbrarnos. Ante la evidencia del destierro nos hicimos la idea de que era un distanciamiento transitorio pero Carlos Felipe languideció con la partida de su padre, creyó ver en ella una división profunda del afecto, no se lo tomó a la ligera, y metabolizó el hecho en silencio, desclavándose el grito para siempre. Mamá Ofelia se oscureció hasta convertirse en una pasante de la acera de la sombra. Tejió paños de lana negra, cobertores negros, tapices, manteles negros que nadie le compraba. El último encargo fueron los cubreasientos de aquel Ford endemoniadamente ruidoso que comprara Don Alfredo.

Cuando los viajes de Carlos Felipe a la Capital se dilataban, me distraía en desandar las calles del pueblo. Todas las personas con quienes me tropezaba querían saber de los amigos ausentes; el frutero, desde su bicicleta carnavalesca repleta de naranjas, melones, toronjas, guayabas, nísperos, guanábanas y plátanos, me gritaba con su peculiar voz de pregonero: – ¡Señora Gertrudis!, ¿supo algo de la señorita Gretel? O Eulalia, calada de miel: –Gertrudis ¿cómo están Gretel y Rosaura?

También Vivian, convertida en un auténtico mamarracho y arrastrando al orejón parque abajo, me decía petulante: –¡Deja de andar triste, muchacha, y hazte amiga mía!

El ánimo sólo me alcanzaba para contestar en monosílabos; luego, en silencio, volvía al hogar atormentada, cerraba puertas y me recluía a llorar hasta que las pestañas superiores se enchufaban con las de abajo, y los ojos se me adormecían de tanto doler.

Entonces llegó la primera carta y todo resplandeció. Leandro el cartero me extendió el sobre tratando de inyectarme coraje, su experiencia en eso de dar buenas y malas noticias le hizo estrujar el rostro.

–Aquí tiene, señora Gertrudis, ojalá contenga lo que aguarda.

–¡Carlos Felipe! –pasé a Leandro por alto–.¡Gretel escribió! Seguro nos anuncia su recuperación y regreso.

–No te ilusiones, Gertrudis –respondió él, mesurado y sobrio.

Apenas media cuartilla me derribó. Carlos Felipe acariciaba mi cabello tomando la carta en sus manos.

Querida Gertrudis:

Ya llevo un mes aquí, no dejo de pensar en tu ausencia a la hora de tomar el tren, una corazonada me dice que andabas cerca lamentando mi salida, no te culpo por no estar en el andén, entre nosotras las despedidas serán siempre otro comienzo. Es cierto que me sentí mal, ¡cómo me hubiera gustado abrazarte, pedirte que mantuvieras vivo mi recuerdo, decirte que era sólo un distanciamiento momentáneo

hasta que mis pulmones estuvieran limpios y listos para el retorno!, pero después del azaroso viaje en barco (no puedes imaginarte el espectáculo del mar batiendo la nave), he llegado a la conclusión de que el tiempo por estas tierras se extenderá. Un doctor americano de apellido Williams me diagnosticó una enfermedad llamada asma, una especie de asfixia que oprime mis bronquios, como cuando dejas a un pececito fuera del agua. Mamá Rosaura dice para calmarme que unos meses más me harán bien, y que celebrar mi cumpleaños en New York será un evento que nunca olvidaré, pues hará coincidir su boda con Papá Fredesbindo (ahora me obliga a llamarlo así) con mi onomástico. Sé que la situación financiera por allá va a impedirte venir, pero te tendré presente durante la celebración.

New York es precioso, ahora es otoño, y el apartamento (casi tan grande como nuestra calle) da al Central Park, desde el balcón disfruto el color de los árboles que se matiza entre el ocre, el rojo y el amarillo, es un espectáculo irreal. Dicen que en dos meses caerán las primeras nieves, estoy sobrexcitada esperándolas.

No me olvides.

Te quiere siempre,

Gretel

P.D. Parece que Vivian, la abuela y el Orejón llegarán en dos semanas para el festejo, cuando regresen te volveré a escribir.

Al terminar la lectura tomé la decisión de no responderle; mortificada, me encerré en el baño como una chiquilla malcriada y no pronuncié palabra alguna, ni cuando Carlos Felipe, a través de la puerta, intentaba reanimarme con dulzura.

–Las cosas son como son, Gertrudis, míralo así: nosotros resolvimos mudarnos a la Capital y nadie se va a rasgar las vestiduras por eso. Tenemos que respetar la decisión de cada quien, eso que tienes es una perreta y una gran muestra de egoísmo. Por favor, sal de ahí. Vayamos a ver a Ofelia, esa sí me preocupa.

No respondí, acurruqué mi cuerpo en la bañera, la voz reiterativa de Carlos Felipe me sedó, y dormí engurruñada hasta la mañana siguiente.

A la semana reapareció Gerard con su organillo. No escuchaba ya la tonadilla con la misma cadencia, Gerard y Azul se habían fracturado con la ausencia de Gretel, y esas fisuras del alma no se recomponen con la misma facilidad con que lo hace un hueso; esas, las del alma, tardan años en soldar, y a veces no lo hacen nunca.

Fue por esos días, durante un viaje a la gran ciudad con Carlos Felipe, cuando comprobé que estaba embarazada. La alegría de la noticia hizo que mi coraje de nuevo percutiera; las relaciones con el entorno, por un tiempo neutrales y descoloridas, alcanzaron sus antiguas cuotas; volví a sonreír, incluso a reír a carcajadas alguna que otra vez. Mamá Ofelia ni se dio por enterada, empezaba a perder claridad, se le acentuó un desinterés por todo, excepto por el enorme ataúd de lana fuliginosa que tejía en pavoroso silencio.

A nuestro regreso, el bueno de Leandro me aguardaba con una segunda carta que ya abrí sin demasiadas expectativas:

Extrañada Gertrudis:

La correspondencia es lenta, y quizás sea lo que justifique no haber recibido ni una pequeña nota tuya, también los deberes de esposa deben mantenerte el tiempo ocupado. La abuelita de Vivian (¿cuál será su nombre?, siempre la llamamos así) me contó que te la pasas viajando a la Capital, y que están pensando montar un bufete para que Carlos Felipe ejerza su carrera, eso será maravilloso, nuestro pueblo es lindo y pintoresco, pero las tortugas están presas en el caparazón justamente para que no crezcan, así que si se mudan a la Metrópoli se desarrollarán como personas libres, igual que yo.

Ha pasado tiempo desde mi cumpleaños y la boda de Rosaura con Papá Fredesbindo. Ambas fueron celebraciones aburridas, no conocía a nadie, y con lo poco que domino este idioma me fue difícil hasta sonreír. Mamá se empeña en convencerme de que sonreír en inglés es diferente a como lo hacemos por allá, tendré que esforzarme en lograrlo (igual que los monigotes de los almacenes de la calle treinta y cuatro, donde trabajo). Bueno, nunca has estado en la calle treinta y cuatro, por lo tanto, no sabes de lo que hablo, no tiene importancia, créeme que se puede vivir sin conocer los almacenes de la calle treinta y cuatro, al final no son más que una gran quincalla de muchos pisos.

Volviendo al cumpleaños-boda, lo único realmente importante que me sucedió fue que conocí al hijo del doctor Williams (quien mantiene controlados mis ataques de asma). Es un joven mayor que yo, de unos veintiún años, sabe algo de español, y creo, lo siento, que estoy perdida por él, es muy inteligente y divertido, y tiene el

cuerpo como el de Gerard Huberr. Estuvo conmigo cuando la primera helada sonrojó mis cachetes y escurrió mi nariz.

El paisaje de la nieve es fascinante; los copos van formando remolinos de cristales de agua que se apoderan de las esquinas, las calles, los anuncios, los bordillos. Las alcantarillas escupen humo debido a la calefacción, me atrae lo desconocido del clima, el ambiente que se crea esperando la Navidad es muy cálido, y la música, hermosa.

Ya Rosaura, igual que tía Ofelia cuando tú empezabas con Carlos Felipe, está loca porque me comprometa con él, pero Louis, así se llama, se resiste, parece que guarda algún secreto y no insistiré en hacérselo desembuchar, aunque le pido respuestas discretamente.

Los parientes de Fredesbindo que nos alquilan el apartamento son insoportables, él tampoco domina el inglés y no consigue trabajo vinculado a su profesión, por lo que no tiene con qué pagar lo que les adeuda. La pequeña fortuna que trajo se esfumó tan velozmente que nos cuesta aceptarlo, y es un hecho que nos mudaremos en el verano a un barrio llamado Flatbush junto a la calle Concorde frente al parque Prospect en el condado de Brooklyn y a la sombra del puente, un vecindario modesto pero apacible donde el alquiler es menos asfixiante.

Vivian me contó de todos y de sí misma, un sinfín de dimes y diretes del pueblo. Lo que me perturbó fue su desconocimiento sobre la paternidad del Orejón, ¿sabes qué?, parece que la muy zorra se estuvo restregando con Don Alfredo y alguno de los comerciantes que lo visitaban, y por supuesto no tiene ni idea de quién es el padre, ahora teme volver al terruño pues piensa que aquel cuento del capitán marino

con quien se desposó en la urbe y emigró a Europa pueda revelarse como la gran mentira, y ha decidido quedarse por aquí con su hijo, que no cesa de quejarse del ruido. Lo bueno es que su abuelita se quedará también, aunque me preocupa cómo soportará este frío.

Por cierto, me dijo bajito que Eulalia le comentó que estás embarazada, ¿es verdad? Y si es así, ¿por qué no me has escrito ni una línea para comunicarme que seré tía? No seas vaga, amiga. Por favor, escribe contándome de todos por allá.

Siempre,

Gretel

Mi panza creció estirándome la piel de las caderas y el vientre, dejando surcos violáceos que formaron un acordeón dérmico. Carlos Felipe encontró en el botiquín de su padre un ungüento que atenuó la picazón de los verdugones.

Nos mudamos a la ciudad principal sin el tono de feria de las despedidas pueblerinas. La peculiaridad de no poder convencer a Mamá Ofelia para que nos acompañara la hizo más reservada. Cuando Mamá supo la hora de la salida del tren se dignó a comentarnos:

–Vayan ustedes. Yo debo quedarme en este pueblo, mis recuerdos no caben en baúles, y únicamente aquí encontrarán acomodo. Cuando nazca la criatura, si me siento bien y con disposición de viajar, los alcanzaré.

–Ofelia, por favor, venga con nosotros –le reclamó Carlos Felipe, quien intuía que someterme a una nueva preocupación no le haría bien a mi estado.

La rotunda negativa de Mamá se manifestó esa vez con un cerrar de ojos, un encorvarse, y en proseguir el bordado de las uniones, pieza a pieza, del peculiar féretro.

En la urbe, como es natural, las cosas se complicaron en una nueva morada, iluminada, pero deshecha.

Para Carlos Felipe comenzó el calvario de encontrar vacante en algún bufete de abogados con la presión de un hijo próximo y una casa que mantener. Después de mucho trote, por recomendación del abuelo de un ex condiscípulo, logró instalarse como notario público con un sueldo miserable.

Gracias al dinero que Fredesbindo dejó, todo nos fue más fácil, y aunque el mundo marchaba a pasos de hormiga, supimos que la vida que hasta ese momento habíamos disfrutado empezaba a perder su tono rosa; por suerte conservábamos nuestro amor, único paliativo para los infortunios.

Hansel nació con muy poco peso, por lo que requirió de cuidados especiales. Pronto salió adelante y se convirtió en un niño aceptablemente sano. Mamá Ofelia, como presentí, no estuvo en el parto, ni después, ni se interesó en el nieto, por más que gastamos lo que no podíamos en llamadas telefónicas, telegramas y cartas.

Decidida a no manifestarse más, cerró la casa a cal y canto. Sus ratos de discernimiento los recreó conversando con Gerard Huberr, quien luego de mucha insistencia fue admitido con Azul en el patiecito trasero del antiguo hogar, primero, y después, ante la mirada absorta de los vecinos, en mi cuarto de infancia para convertirse, poco a poco, en el sustituto de tía Rosaura en aquello de las confidencias y los secretos. Él nos mantenía al tanto sin muchos detalles.

Una tarde sin espaldas, Eulalia, no nos explicamos cómo, encontró nuestra dirección y trajo la terrible noticia de la súbita muerte de Mamá, de su impredecible decisión de que la enterraran en aquel amorfo sarcófago de lana negra y de que me avisaran después del entierro. Según ella, el cómplice en todas las decisiones tomadas fue Gerard. Eulalia remarcó que Huberr fue el ejecutor de sus postreros deseos. Nos contó con pelos y señales la manera en que el berlinés hizo girar la manivela con ímpetu, mientras Azul lanzaba un gruñido selvático de llamado a filas, y el pueblo entero se reunía en la glorieta a su alrededor. Dijo que la escena fue escalofriante, el alemán arrastró hasta la plaza, junto con su organillo, el gigantesco reloj de pie que Mamá y Tía Rosaura consideraban un preciado tesoro, y una vez colocado en el centro pronunció las palabras que Eulalia había apuntado en una servilleta para no olvidarlas.

–Las situaciones emergentes, querida Gertrudis, deben ser registradas por un cronista, en este caso, ¡yo! Si no, se las llevan las moscas –dijo remitiéndose a su empalagoso vocabulario, y leyó con solemnidad el mensaje que Mamá dejó para que el organillero comunicara a los pueblerinos del fallecimiento.

Yo me deshidrataba de asombros, tristezas e incertidumbres. No podía creer que Mamá hubiera preparado su funeral de esa manera y con la complicidad de Gerard. Eulalia no omitía ni un detalle de lo sucedido:

–Estimados amigos de Ofelia, a estas horas –dijo el alemán mirando el reloj. Eulalia hacía sus comentarios convirtiendo la desesperante narración en un crepúsculo sin final–. A estas horas –se detenía–. Faltan minutos para que la susodicha muera.

–Silencio. Miró el reloj, pasaron dos minutos–. Ya murió –un murmullo de sorpresa inquietó a los presentes–. A las diez de la mañana –pasó un minuto–. Ha resuelto morir. La tristeza de la defunción del esposo primero, y la marcha de Rosaura y Gretel después, la sumieron en una tristeza imposible de tolerar y ha dispuesto lo siguiente:

Uno: Que yo, Gerard Huberr, sea el albacea de sus bienes, que venda la casa al mejor postor y le envíe el total de la cifra a Gertrudis.

Dos: Que la entierren en el sarcófago negro que desde hace tanto tejía y la reúnan con su difunto cónyuge en el nicho del cementerio local.

Tres: Que Rosaura no se entere nunca de su fallecimiento. Gertrudis se ocupará de que así sea. Sabrá cómo hacerlo.

Cuatro: Que la marcha mortuoria sea mi invencible tonada; la Verschwiegene liebe de Hugo Wolf con Azul como testigo.

–Y dando un giro militar sobre los tacones cargó el pesado cuerpo de tu madre, ayudado por el frutero y Leandro. Luego regresó a la casa con el reloj, que colocó en su lugar de siempre. Vendió tu hogar a Don Alfredo y me entregó el importe íntegro que ahora yo pongo en tus manos.

–Yo lo veía venir –masculló Carlos Felipe dándose un puñetazo en las rodillas y removiéndose inquieto.

–Ahora, hijita, tendrás que viajar al pueblo a recoger las cosas de Ofelia que están al cuidado de Gerard, porque aunque Don Alfredo no apuró, sé que quiere demoler la casa para hacer un parqueo de máquinas y mandar al alemancito a la

calle, adonde pertenece. ¿Quieres, mi niña, que te prepare un cocimiento de tilo y unos pastelitos de guayaba para apaciguar la pena? –terminó Eulalia, dulcificada.

Sin manifestar razones algunas, por obvias, me acerqué a la cuna de Hansel, lo cargué y apreté tan fuerte que se despertó. Le agradecí a Gerard, mirando al cielo, su dedicación en los últimos instantes de mi madre, y susurré:

– ¡Dios mío, ya es hora de un respiro!

Hansel volvió a dormirse cuando le tarareé, tristísima, la ya inescrutable canción de mi querido Gerard Huberr.

CAPÍTULO CUATRO

El plan fue diseñado con delicadeza y obedeció más a la voluntad de Mamá Ofelia que a mi sagacidad. Antes de que Don Alfredo se posesionara del inmueble hice un viaje de apenas veinticuatro horas al pueblo. Necesitaba recoger algunas pertenencias: recuerdos, documentos, la efímera correspondencia entre mis padres y la brevísima con Rosaura desde su juventud. Sólo Gerard me acompañó y ayudó, hurgando en las gavetas con la celeridad de quien conocía mejor los secretos de mi madre.

–Recuerde, Gertrudis, que he sido quien ayudó a la finada Ofelia en los meses de su alejamiento –murmuró Huberr cabizbajo.

Le debía un beso agradecido. Mamá tuvo un compañero para el adiós, si Gerard no hubiera estado ahí, acompañándola, el tono de su partida habría sido aún más grotesco, más sombrío. Le di nuestra dirección, le ofrecí albergue si decidía alguna vez darse un salto a la Ciudad, y con el mismo sigilo que llegué me despedí.

Una vez en casa, puse en marcha el procedimiento cuyo fin era evitar que tía Rosaura se enterara de la muerte de Mamá Ofelia, tal como ella lo había pedido, además de contestar indirectamente las cartas de Gretel que, suponía, seguirían llegando incontenibles. La firmeza y lealtad de mi amiga eran virtudes que conocía de sobra.

Extendí sobre el escritorio de Carlos Felipe cartas, pergaminos, recibos de pago con la firma de Mamá; analicé su escritura para descifrar la complicada caligrafía: tenía giros picudos en la A, la F, la P y la Y. Con mucha práctica y

paciencia estaría lista en un mes para efectuar el primer envío. Si lograba que Tía Rosaura no identificara el plagio o visitara a un grafólogo, cosa poco probable, mantendría a Mamá, por siempre, viva en ella. Tendría que ingeniármelas y deslizar alguna información confidencial, sólo de ambas, para que nunca le mostrara mis cartas a Gretel, pues mi amiga frecuentaba mis manuscritos, hermanaría en su mente los trazos, y todo el esfuerzo se vendría abajo. Le expondría una situación idílica, nada de soledades, nada de estrecheces, crearía una correspondencia donde todo florecería sin tropiezos.

Frente al correo, con los primeros ejemplares de la mentira en las manos tuve un instante de dudas, luego dejé caer los sobres en el buzón, como quien, al amanecer, desde el alero libera una paloma. Un mes más tarde llegó otra carta de Gretel.

Querida Gertrudis:

No puedo negar que estoy disgustada, ha transcurrido un año y parece que decidiste poner un punto final. Soy testaruda, e insistiré hasta que te dignes a estampar con cariño unas letras que lleguen a mí. No descansaré hasta que lo hagas, todo lo que sé de ti es lo que me quiere contar Rosaura de las cartas que recibe de tía Ofelia, las guarda como si contuvieran un misterio al que no debo tener acceso, ¿qué ocurre?, ¿hay algo por lo que me deba preocupar? Dice Ofelia que tu bebé es precioso, sano y rollizo, que el alumbramiento transcurrió sin inconvenientes en una buena clínica y que tú estás encantada. Espero me envíes pronto una foto, muero de ganas de conocer a mi sobrino Hansel, qué hermoso nombre, se lo pusiste, es obvio, a modo

de complemento al mío, irradio gozo por ello, ¿ves que la felicidad tiene una ración para todos?

Ya estoy adaptada al ritmo de esta ciudad, domino el idioma casi a la perfección, y aunque te cause tristeza no creo que regresemos pronto, me siento una neoyorquina más, me traslado en el subway (un tren subterráneo) con gran soltura, como si estos carromatos que provocan claustrofobia a más de uno, me pertenecieran.

Manhattan con sus descomunales edificios me tiene hechizada. Brooklyn, tan familiar como el pueblo de nuestra infancia, y los otros condados, Queens, Staten Island y el Bronx, tienen un embrujo muy peculiar que me fascina descubrir día a día.

Estoy comprometida con Louis. Ya me presentó a su madre, Susan Robinson, que en realidad se llama Marion Levy, y Louis no se llama Louis sino Emmanuel, y el doctor de apellido Williams no es Williams sino Weisenfreund, así que mi prometido se nombra en realidad Emmanuel Weisenfreund Levy, estoy hecha un lío. La madeja es bien complicada, términos que le encantan a Rosaura, que ahora trabaja en una factoría como operaria. Todo el rollo es que son inmigrantes judíos, y según cuentan no son muy bien vistos aquí. Imagínate, después de tanto, nos hemos venido a tropezar dos inmigrantes con religiones y costumbres diferentes. Ellos se comunican entre sí en hebreo y descansan y rezan el Shabbat que comienza los viernes a la caída del sol, y los varones, como nuestros curas, usan unos solideos que se llaman kipá. Es un enredo, me paso horas aprendiendo a hacer pastelillos (gefilte) y bollos de pan ácimo (matzo). A los ocho días de nacidos se les hace el Brit Mila, que es una circuncisión (jajaja); celebran el Bar Mitzvah (la comunión) a los trece años donde leen pasajes de La Torá y la Haftora, en vez de un sacerdote tienen un rabino, e

insisten en que debo convertirme al judaísmo para que tengamos una boda bajo el signo de su religión, y ahora leo con tenacidad, pues he tenido que aprender, además del inglés, hebreo y arameo para entender el Talmud, algo parecido a nuestra Biblia, pero no igual, y la Torá que es la heredad de Israel, y ven con malos ojos que labore los sábados en Macy's los almacenes de la calle treinta y cuatro, que son algo más que una quincalla con varios pisos, como te comenté en otra carta.

Por estos lares se rumorea que estalló una guerra en Europa ¿no hace mucho? y estamos muy perturbados, pues la incertidumbre de si Estados Unidos participará está en las pesadillas de todos. Ello provocaría reclutamientos "espontáneos" para todos los jóvenes capaces de combatir, y temo que Louis, perdón, Emmanuel, pueda ser llamado a servicio, y se traen un apurillo con el matrimonio que me mantiene neurasténica. El futuro suegro me ha recetado un nebulizador con un medicamento para cuando el asma se hace incontrolable. Me paso horas encamada leyendo a Emily Dickinson, al profesor de Emmanuel en Yale (William Lyón Phelps), a Tennyson, Browning, y al gran poeta católico británico Alfred Noyes; también voy descubriendo a Ibsen, Hauptmann, Maeterlinck, Wilde, T.S. Elliot, Shaw, entre otros, que hacen llevadera la enfermedad, ¡ah!, y los puedo leer en el idioma original. Sólo para ti: he empezado a escribir poemas de amor para Emmanuel que guardo en el cajoncillo secreto de mi escritorio, son insignificancias y no merecen ser considerados como tales. ¿Quieres que te envíe alguno? Tú eres la única con quien no me ruborizaría compartirlos. Me atrevo:

La mar desnuda ya me invade,
arrastra hasta aquí restos de naufragios,

caracolas hendidas mutiladas por la marea,
inútiles trastos y paraguas.

Tu recuerdo graba la arena, la embalsama
con el acento acordonando mis enaguas;
Un salado rumor desorganiza,
mi débil corazón sin su plumaje.

Sigo. La abuela de Vivian murió de frío hace poco, después que se mudaron a Boston, una ciudad al noreste del estado de New York, pobrecita, ella presentía su final. Estuvimos en el velorio, me acordé tanto de ti, la lloré sinceramente, ¡pasamos tantos buenos ratos juntas! Silvia, al final supe su nombre, estaba en el féretro tan enrollada en estambre que parecía un capullo. Vivian, quien ahora trabaja de camarera en un bar de mala muerte, decidió que la anciana no se congelaría en su tránsito a mejor vida.

Papá Fredesbindo tropezó por andarín al cruzar una calle y se descolocó la rodilla izquierda, ahora se equilibra más o menos con un bastón de madera rústica, pues el de marfil que le regaló don Alfredo fue empeñado para pagar las cuentas médicas. Con su seminvalidez no consigue ocupación y el peso de la casa recae en los salarios que devengamos Rosaura y yo. No me quejo, Emmanuel y su familia nos ayudan, y esta ciudad me parece la mejor elección.

Cuéntame de ti, no seas perezosa, dame noticias de Gerard y Azul. No sé por qué no dejo de pensar en ellos y en la tonada alemana que ya va formando parte de mi desmemoria.

En la siguiente te narraré mis nupcias judías y de Java Naguila, una festiva canción hebrea que no termino de aprender.

Shaná Tová (buen año).

Shalom, Iebarejeja H (Que Dios te bendiga).

Tuya

Gretel

Cada fallecimiento, cada herida de los que formaron parte de mí, de alguna manera fueron lastimando (aún lo hacen) el resistente caparazón con que enfrentaba las distancias, ocasionales o definitivas. Silvia (¡al fin supimos como se llamaba la abuelita de Vivian!) ocupaba una zona particularmente sutil; aleatoria se movía entre el absurdo y la lógica. Su proyecto vital, el que conocí, era no quedarse vacía, por lo que se llenó de objetos; y si como dicen eso la descolgó o la apartó del espacio real –el de las cotidianidades y las reales temperaturas –, lo desconozco. Sólo evoco a la viejecilla que acumulaba antigüedades y las cubría con mantas de lana para protegerlas del "aire glacial" y el olvido, que invirtió una heredada fortuna en lámparas, roperos, mesas de noche, candelabros, jarrones, tocadores fuera de uso, a los que les tomaba un cariño indescriptible, una especie de amor renovado del que no quería desprenderse. Amaba los enseres domésticos con una desaforada violencia, los protegía del tacto ajeno. –¡Ay del que osara manipularlos, cambiarlos de posición, moverlos lejos del sol del mediodía!

Decían que no era así mientras vivía Manuel Alfonso, su esposo, a quien no conocí, pero que según contaban los ancianos del pueblo, era un hombre al que no le

importaban las cosas materiales, prescindía de ellas inquiriendo siempre en las esencias, revolcándose en las voces del espíritu, “¡Al pan, pan, y al sueño, sueño!”, era su frase predilecta. Cuando falleció en el hogar sólo había un manojo de periódicos viejos, una mesita de comedor con los mínimos cubiertos, siempre limpios, siempre dispuestos, dos butacones, una radio, un viejo e imponente piano y un cenicero de mármol verde a punto de rebosar. Los diez habanos diarios que se fumaba hicieron añicos sus pulmones, y lo mantuvieron con aquella falta de aire de la que alardeaba con frecuencia, casi con orgullo, hasta el final de sus días: “Tengo humo en todas mis vísceras, ¿ustedes saben cuánto dinero carga mi maquinaria? ¡Con su suma se pagarían las deudas del pueblo entero!”. Tal vez por eso, quién sabe, doña Silvia decidió dar a su vida aquel giro acaparador que tanta curiosidad despertara en Mamá Ofelia y tía Rosaura, y que las hizo arrimarse a ella con un sentimental interés, más propio de la piedad que de la transacción comercial que nos mantenía la barriga llena.

La abuelita de Vivian, Gretel y yo teníamos un particular concepto de la cercanía. Las tres nos considerábamos las mejores camaradas del mundo, a pesar de la diferencia de edades. Me alegré por mi amiga cuando doña Silvia partió hacia Nueva York, pues estaba segura de que se divertiría celebrando nuestras travesuras cada vez que la tuviera a tiro, y eso me traía regocijo.

No nos vimos más después de su destierro. A veces, harta de tantas ausencias, era su rostro el que marcaba mis ensoñaciones y revolvía los recuerdos de nuestra niñez, deteniéndolos en el limbo de la felicidad permanente. Entonces evocaba su aparatosa morada, donde gozábamos cambiando los objetos de lugar

cada vez que se daba vuelta. Lográbamos llevarla al tema de sus armarios, que había bautizado con nombres propios matándonos de risa: los guardarropas se llamaban Pedro I, Pedro II y Pedro III; las mesas de noche, Lidia I, Lidia II, y así sucesivamente; los delantales Faustino I , III y V; las cortinas se llamaban Rosa, los candelabros Éufrates y los jarrones Sergio, todos con su respectiva numeración después del sobrenombre, ¡eran tantos! Con los manteles el número llegaba a cuarenta y cinco y seguía, y cada uno era reconocido sin tener que abrir los ojos, sólo utilizando el tacto y su agudo sentido de la memoria. Nosotras les cambiábamos los nombres y las historias, hasta que se daba cuenta de que la queríamos enredar; entonces, risueña y cariñosa, nos mandaba a freír tusas. Otras veces aprovechábamos para propinarle un suave jalón de orejas a su nieto. El malcriado nos sacaba la lengua todo el tiempo, ¡qué insoportable era el Orejón! Cuando partieron me sentí aliviada. Al menos no tendría delante la visión casi perenne de aquellos apéndices auditivos tragándose todo el sonido a disposición.

Vivian, su nieta, era caso aparte. Aún la veo andando sobre el peñasco, al borde del río, mientras el viento enmarañaba su cabello. Ajustándose previamente una larguísima bufanda de gasa amarilla, corría hasta el agua fresca para abandonarse a la corriente un día cualquiera de cualquier mes, en cualquier temporada. Consciente de que alguien la rescataría, esperaba que el afluente próximo estuviera más concurrido para, provocativa, pedir auxilio a los mozalbetes que solían transitar las márgenes del río, imponiéndoles la misión de salvarla a como diera lugar. La infeliz disfrutaba de ese juego. Su pedido de socorro consistía en hundir la cabeza en el agua, aleteando con las manos cual cisne atrapado por el

sargazo hasta que algún resuelto caballero acudiera al rescate. Nosotros le creíamos. Ella disfrutaba pensando que era una princesa en apuros. Algunos la tomaban por una loquilla con evidentes deseos de protagonismo; pero la opinión de Carlos Felipe, del santo de Carlos Felipe, era que las excentricidades de la muchacha se debían a profundas carencias afectivas, por eso la seguía al verla tomar el camino hacia el río, tratando de evitar el chapuzón de ella y de la futura víctima salvadora. Sospecho que Vivian sentía una atracción particular por Carlos Felipe, que se estancó con los años por el desinterés manifiesto de él, y mucho de su comportamiento posterior tuvo que ver con esa frustración. Esos eventos adolescentes de desinterés amoroso horadan el corazón de las muchachas débiles. De todas maneras me dolió su destino como el de doña Silvia, aunque a decir verdad, a fuerza de ser sincera, no tanto.

Un año después de la muerte de Mamá, llamó Eulalia para contarnos de su viaje a Nueva York. El teléfono se calentó con el diálogo.

–Gertrudis, yo no deseaba marcharme. Imagínate tú: ustedes se fueron a la Capital; Ofelia murió, la pobre, que en paz descanse. Don Alfredo ha comprado todo el pueblo y cerró las dulcerías donde yo vendía mis golosinas. Se hizo elegir alcalde y adquiere los terrenos a precios ridículos. Gerard desapareció. Azul se fundió con el asfalto, aplastado por las ruedas del coche de Don Alfredo; tú sabes que nunca me parecieron especiales esos dos, pero es indudable que le daban color al vecindario. Gretel me necesita ahora que está esperando un bebé y el esposo se va a la guerra.

–¿Y cómo sabe usted todo eso? –le pregunté extrañada.

–Porque Rosaura me escribe, ¿por qué vía iba a saberlo, ángel de Dios?

¿Tía Rosaura escribiéndole a la señora Eulalia? Parece que se contagió de añoranzas por la Isla, pues Mamá y tía Rosaura se la pasaban burlándose de ella durante largas horas –pensé.

–¿Quieres que les diga algo de parte tuya?

–No, gracias, Eulalia, sólo recuerde de lo que no tiene que hablar, las órdenes de mi madre tienen que ser cumplidas –le dije en tono autoritario.

–Ave María Purísima, Gertrudis, ni en sueños hablo yo de eso –se persignó al menos tres veces. Imaginé.

–Bueno, niña, estaré por allá para lo que se ofrezca. Hasta pronto –lo dijo concluyente, como si zarpara en el siguiente barco. Así lo hizo.

Después de la cena le conté a Carlos Felipe la paradójica conversación con Eulalia y la cantidad de noticias que recibí. ¿Embarazo?, ¿la partida del esposo a la guerra? Eso era solamente una hipótesis, ¿cómo explicar que la información sobre Gretel y Rosaura me llegara a través de la dulcera? El olvido ya ganó la partida.

La encargada del edificio me acercó una carta fechada hacía unas ocho semanas. Se disculpó por no haberla entregado en tiempo, jurándome que se le había traspapelado mientras yo estaba ausente y así se fueron las horas, los días, las semanas. Me acomodé, y leí y releí hasta casi el amanecer.

Gertrudis:

En meses no he recibido noticias de ustedes, sé que ya no visitas el pueblo y que tía Ofelia se mudó contigo, que estás embarazada de nuevo, y que Hansel ha continuado bien de salud. Eulalia viene a instalarse con nosotros, al menos nos

mantendrá azucarado el departamento con sus dulces recetas y almíbares. Ya lo anunció, lo malo será el olor que expulsará por las orejas. Siempre que hace el caramelo le supura sirope, y la indumentaria parecerá la de una comparsera, llena de cáscaras, semillas de manzanas, peras y melocotones. Si la cosa sigue como va, tendremos al municipio entero con nosotros en el próximo invierno. Ella nos adelantó las nuevas que debí recibir de tu puño y letra: que tu condición financiera ha mejorado sensiblemente gracias a los éxitos de tu marido y te sobra el dinero para venir a visitarnos, pero no lo haces, ¿? ¡Tengo tantas ganas de verte! Me contó que Azul se desprendió de la cadenita de Gerard y fue apachurrado por la máquina de Don Alfredo, quien anda manejando como un loco ahora que es medio dueño del pueblo; que Gerard permaneció al lado del mono hasta que dejó de respirar; y un manchón de añil pudo verse en el asfalto, y luego desapareció con organillo y todo sin dejar rastro. También dice que el pueblo no es el mismo sin ellos.

Mi boda con Emmanuel fue hermosa, él se veía magnífico con su Talit. Aún zumba el viril sonido al machacar la copa nupcial y desparramarse por el templo y siento sobre mi cabello como latía la Chuppa, el tradicional dosel nupcial judío. Es como mejor te lo puedo explicar, sentí los pedazos de vidrio en mi corazón como señales de que el amor se instalaba para siempre, ruidoso, en nuestras vida; luego sus amigos nos sentaron y nos hicieron girar con las sillas en alto en medio del indetenible jolgorio.

He logrado al fin, con insistencia, que no se avergüence de su origen. Estoy esperando para Navidad, ¿no te alegra? Tú también serás tía, rezamos para que sea niña, y le pondremos Gertrudis Rosaura, si Dios nos concede la gracia.

De Vivian lo último que supe es que estaba bailando desnuda en un bar para hombres, y que al Orejón lo habían internado en un reformatorio por robarle las billeteras a los clientes, ¡qué suerte macabra la de ese par!

No seas haragana, le estás haciendo un flaco favor al olvido. Por cierto, ¿has vuelto a ver al petirrojo?

Tuya

Gretel

P.S. Terminando de escribirte llegó Emmanuel con una citación. El Gobierno de los Estados Unidos de América intervendrá en la guerra y él ha sido llamado a filas. Estoy deshecha y confundida.

CAPÍTULO CINCO

Continué redactándole cartas a tía Rosaura y puliendo los trazos de Mamá Ofelia hasta alcanzar una excelente calificación en el empeño. Lo hice con tal pasión que siempre supe cómo escribir con la letra de Mamá sin que se introdujera la mía en el rasgo de una tilde o una mayúscula, y así permanecí recolectando noticias para mantenerme en forma y no quebrar el hilo conductivo que, aunque fuera epistolarmente, nos mantenía juntas a las cuatro.

Una noche estrecha, especialmente agotada y sola, me asomé a la ventana para mirar la lluvia resbalar desde el inicio del cielo y luego provocar un chasquido al golpear el pavimento y los techos de los vehículos paralizados. Mi segundo embarazo avanzaba. Tocaron a la puerta. Con las piernas hinchadas dirigí los pasos a abrirla, y recibí una gratísima sorpresa: el noble rostro de Gerard Huberr empapado, organillo al hombro, forzaba una sonrisa que se me antojó esplendorosa.

Mirando más allá de su cabeza creí divisar al petirrojo, que con una súbita pirueta se elevó hacia la lluvia sin permitirme confirmar su presencia.

– Buenas noches, perdone la hora, ¿cómo está usted, señora Gertrudis? ¿Puedo pasar?

–Bien, muy bien, Gerard, y mejor con tu llegada. Olvídate de la hora y entra muchacho, buscaré una toalla y ropa seca, voy a hacer café para sentarnos a conversar, cuéntame todo, qué ha sido de ti, y el motivo de esta agradable e inesperada visita.

Gerard se sentó en el piso a escurrir su organillo. Hasta que no estuvo completamente seco no cambió la camisa mojada, vieja y manoseada, por una de Carlos Felipe. Se empinó la taza de café y mirándome fijo espetó:

–Me fui del pueblo, señora Gertrudis. Azul, como ya sabe, nos abandonó, así como muchos de los cercanos. Recordé su invitación y vengo a pedirle que me deje pasar la noche. Mañana temprano buscaré trabajo, mi organillo y yo, los dos juntos, nos abriremos camino, ya usted verá.

–No te preocupes, claro que encontrarán trabajo. Carlos Felipe ya va a llegar, estoy segura de que se alegrará tanto como yo de verte. Te encontraremos sitio, quédate con nosotros el tiempo necesario.

–Gracias, señora Gertrudis, muchas gracias.

Siguió desaguando los entresijos del órgano de manivela, unido a él por lazos imposibles de juzgar por quien no lo conociera como nosotras. ¿Nosotras? ¿Qué pensaría Gretel de esta aparición? Esbocé una sonrisa y recibí a Carlos Felipe, que acababa de hacer su entrada, enjuto y agobiado.

– ¡Mira, a quién tenemos de visita!

A mi marido se le subieron los ánimos; se estrecharon cálidos. Con sus fuertes brazos fundidos semejaban dos árboles enredando sus hercúleas raíces.

Gerard Huberr, el berlinés, el alemancito, el titánico rey del organillo, el resto tangible de nuestra infancia, se estableció como una pieza crucial del engranaje familiar. Cada mañana al amanecer salía en busca de empleo, pero la época no era buena, y así se esforzara deambulando toda la ciudad, retornaba al final de la tarde con la vista baja repitiendo tímidamente:

–No hay trabajo para Gerard, señora Gertrudis, no hay trabajo.

–Ya encontrarás algo digno de ti, Gerard. Tú eres un hombre bueno, y a los buenos, Dios les ofrece oportunidades de recomenzar.

Otra noche diferente, dispuesta para narrar historias, tratando de emular con aquellas en las que Tía Rosaura armonizaba las nuestras, y con Huberr ausente, conté a Carlos Felipe y a Hansel lo que la abuelita de Vivian, antes de partir hacia Nueva York, me había referido sobre la procedencia de Gerard. Escogí el mejor momento, después de comer y antes de ir a la cama.

–Ella sostuvo una breve relación con los padres del organillero, más bien una breve transacción: les compró un magnifico piano, una verdadera joya, decía, y me hizo su confidente aspirando del oxígeno que archivaba su memoria.

"Los ancestros del amigo nacieron en Hamburgo. Uno de sus abuelos, Roland Huberr Steinway, estuvo entre los célebres fabricantes de pianos que lograron conquistar el mundo con sus monumentales ejemplares, de exquisito sonido y atractivos diseños. El viejo Roland construyó para su futuro hijo un modelo único en mil ochocientos sesenta y seis. Aunque al pequeño le faltaba mucho por nacer, Roland planeaba proteger la descendencia bordándola con sobresaliente gusto, por lo que se casó con Bertha Kohl, una campesina rústica y obesa con el físico perfilado para la maternidad, una reproductora nata. Con ella tuvo a su primogénito, Matheus Huberr Kohl, y como el muchacho nació espléndido, decidió no buscar otro para centralizar todos los privilegios en él. Cuando Roland se percató de la dureza de oído de su hijo, y de que obviamente no se interesaba en el arte de las teclas, se concentró en buscarle una esposa con características diferentes a Bertha, su

cónyuge, diseñando un nieto de escucha fina, merecedor del ejemplar piano. Así, arrinconó al vástago y lo comprometió con Eva Freulend Huberr, una nieta de su hermana, delgadísima, esquelética, muy musical, y que fue destinada como cónsul en nuestra Isla. Antes de partir, el viejo Roland, dedicado genetista y patriarca de la casta Huberr, insistió en que procrearan para que el nieto naciera en Hamburgo y no en una mugrosa isla del Caribe. Allá nació Gerard; luego, siendo apenas un chiquillo, lo trasladaron hasta aquí junto con el piano. Más temprano que tarde, Matheus y Eva aceptaron de mala gana que el hermoso rubio sufría de cierto retraso mental, aunque físicamente no se hiciera notorio. Lograron disimularlo sentándolo durante horas al piano Steinway & Sons que su abuelo había fabricado, pero como el niño no mostró aptitudes para el instrumento y sí una falta de concentración total, los padres vendieron el piano a una acomodada familia de la acera de la sombra en nuestra villa; Silvia, la abuelita de Vivian y Manuel Alfonso. Para que el niño se entretuviera le compraron un organillo, luego la criatura comenzó a sufrir ataques de epilepsia y los Huberr regresaron a Hamburgo, abandonando a su suerte al infeliz. Poco a poco, Gerard se transformó en el desdichado organillero del pueblo, y un pequeño primate anémico, quizás escapado de un zoológico ambulante, en su camarada de callejeo.”

Cuando terminé la historia de Gerard, ya Hansel dormía profundamente encima de su padre, y no estoy segura de que Carlos Felipe se mantuviera muy despierto, aunque hizo algún comentario inaudible al final. Los dejé en nuestra cama, con las babas en Hamburgo, y me deslicé a la alcoba de Hansel, donde caí rendida.

El comienzo de una nueva jornada significaba otro tormento para Gerard y Carlos Felipe en busca de trabajo. El país estaba en aprietos, los notarios eran

apenas contratados por procesos. Carlos Felipe llegaba a casa con una alegría ficticia, aunque estimulante para mí, que la sostenía y cargaba otra barriga inflada cual dirigible sobrecargado de helio.

Otro caluroso mediodía, asomó Gerard con una singular acompañante:

–Mire, Gertrudis, le presento a mi novia, Florita Prieto.

–¿Tu qué? –fue mi confusa reacción.

Allí estaba una gordita color azabache, bembona, miniatura, cuyo labio superior partido en dos dejaba ver una pequeña marca rosada parecida a una media luna. Traía un artefacto metálico de boca ancha, mugriento, oxidado y encogido, algo semejante a un trombón de vara. Me pareció que la chica tenía también algún cable cruzado, giraba el cuello como avestruz al que llama la atención cualquier objeto. Antes que saliera del impacto momentáneo, el berlinés apuntó:

–Florita es trombonista, hemos decidido formar un dúo y encumbrar mi tonadilla de parque en parque con el grave sonido de su instrumento, ella cree que podremos mantenernos con mi armonía profunda y su musicalidad –dicho esto, empezó a recoger los humildes bártulos.

–La negrita tiene un pequeño cuarto cerca de aquí y nos mudaremos juntos –bajito, sin moverme el tímpano, susurró:

–No se lo haga saber a Gretel, no quiero disgustar a la señorita en su estado. Me despide, por favor, del señor Carlos Felipe y agradézcale todas las gentilezas para conmigo –sin darme tiempo a reaccionar salió como un bólido con su compañera a rastras.

Un petirrojo se posó satisfecho encima del organillo. Gerard se dirigía hacia un cierto porvenir.

Tocaron a la puerta, y abrí pensando que habían dejado algún trasto en la partida, pero era la encargada y otro mensaje con sello estadounidense. Me tembló el cuerpo y desgajé el sobre con superlativa ansiedad.

Querida amiga:

Estoy desolada, me acaban de comunicar que Emmanuel cayó bajo fuego nazi durante una escaramuza bélica en Francia y que sus restos son irrepatriables.

Nada punza tanto, Gertrudis, como la muerte de los que amamos. Es un dolor que quema y rompe el alma, hasta que una se convierte en la huella sobrecogedora de lo que fue. No tener un lugar donde visitarlo para rendirle honor, para llevarle flores, es una condena. Emmanuel no conocerá a nuestra criatura, mi bebé nacerá sin padre. Aunque me alivia pensar que cumplió con su deber. Si lo hubieras visto cuando nos despedimos. Abordó el ferry en el South Street Seaport con elegancia, orgulloso de brindar su esfuerzo en favor de la humanidad, seguro de un futuro mejor para todos. Qué profundo dolor siento, Gertrudis.

Ahora mis suegros dicen que tendremos un duelo de siete días,(Shivá), que debemos rasgar alguna prenda externa a la altura del pecho, cubrir los espejos, un Minyan de diez hombres viene a rezar la oración de los difuntos dos veces al día, la Kaddish y debemos mantener una llama encendida en honor a Emmanuel. Ellos asisten a la sinagoga, el rabino les da sosiego, pero yo me enfrento al espejo y de perfil arrullo mi vientre tratando de encontrar gozo donde sobran las penas.

Cumplo sus reglas y trago lágrimas, pues el niño puede sentir las heridas del corazón como puñales. Ofelia nos mantiene al tanto de lo que ocurre, y aunque te niegas a escribir, saber de ti reconforta mi espíritu atribulado. Ojalá esta singular circunstancia logre conmoverte, puedas hacer un espacio en el aire turbio de estos tiempos, y te arriesgues a visitarme para recibir el mejor de los consuelos, tu compañía.

Estoy borroneando versos como una demente.

Espero por ti

Gretel

Podían haberme derribado con un melón de agua, ¿qué hacer? Era la interrogante que me ahogaba justo en la orilla, no teníamos recursos para un viaje tan costoso. Esperaría a Carlos Felipe, y juntos trazaríamos una estrategia para intentar mitigar su dolor sin desmontar la piadosa farsa.

Carlos Felipe llegó con el aliento cargado, evidentemente de ron en demasía, pero no lo juzgué: el alcohol solía ser un sedante pasajero para su opresiva existencia. Tendría que enfrentarme sola a las malas nuevas, confiaba en mis instintos, alguna idea se me ocurriría mañana.

Medio dormida grité:

– ¡El petirrojo! –zarandeé a Carlos Felipe, salvada de una horrible pesadilla. Una luz la desbrozaba.

– ¿El qué? –fue su asustadiza respuesta, más soñado que despierto.

Siempre resultaba graciosa la forma en que me dormía con una preocupación, y en plena madrugada, cuando despertaba con la solución correcta, sacudía a Carlos Felipe haciendo que saltara del lecho con los ojos halados hasta la frente. A veces un ¡ay! mío en medio de la noche provocaba un ¡ay! suyo de mayor volumen que reciprocaba yo con otro ¡ay! estridente, a punto de incrustarlo contra la lámpara del techo.

–¡El petirrojo! –repetí, ya completamente incorporada. Le describí lo que aconteció en las horas de su ausencia, de Gerard, Florita, y de la carta de Gretel. Soñoliento, asintió con cada uno de los remedios que encontré, hasta orillar el dilema.

–Tú sabes que no puedo ir.

–Claro.

–No tenemos dinero.

–Claro.

–Si consiguiéramos un préstamo nos endeudaríamos y podríamos perderlo todo.

–Claro.

–Hansel no está listo para viajar a un lugar tan frío en esta época del año.

–Claro, claro, claro.

Es cierto, es madrugada, no está claro. Lo dejé dormir, sus complacientes aprobaciones me martillaban la cabeza.

A veces me sentía sola aunque estuviera en la mejor de las compañías, ¿por qué diablos ocurría? Tenía a Carlos Felipe, a Gerard, a Hansel y ahora a Florita ceñidos a mí, no era un asunto de proximidades, sabía que no. La soledad tiene una

engañosa definición, o creo que la tiene, por eso carece de una explicación racional. Lo que percibía era un entramado profundo donde apreciaba que hasta los seres más queridos me abandonaban y se quedaban los demonios interiores rumiando malos presagios. Es como la taciturna sensación de mirar fotos antiguas, o de releer cartas viejas donde avistas la periferia de una vida que transcurrió, que pudo ser otra, pero fue esa. La sensación de soledad es el paso anterior a la depresión: estar incómoda, palparse el corazón en la punta de los dedos, creer que la presión te hiere el abdomen, no encontrar sosiego; y si no eres enérgica, te derriba o te planta un pliegue espinoso en el alma que luego te costará allanar. ¿Por qué nos sentimos solas cuando en realidad no lo estamos? Repasémoslo: una se tiene a sí misma, pero no en singular, porque ahí van juntas la que eres y la que te imaginas que eres en los momentos de desamparo; por tanto, en principio, somos dos. También está la que imaginaste que serías, a esa la mantenemos relegada en el tiempo por irrealizarse, por no haberla asumido, ya suman tres, y aunque la hayas postergado, hundido en lo más profundo de las oquedades y las fantasías, sabes que sigue estando allí, en el rinconcito donde la abandonaste. Puedes invocarla en cualquier momento de incertidumbre o precariedad y dar un salto adelante confiando en sus esperanzas, en sus anhelos, en sus quimeras, intactas de tanto renunciar a ellas. Hay una cuarta, la que los demás piensan que somos, esa no interesa ni cuenta…; y la quinta, la que no serás jamás por mucho que te lo impongas, la que no debe habitar dentro de ti porque no te correspondió y punto. Pero..., a veces una es ambiciosa, sobre todo en los momentos de desconcierto: ¿y si mi vida fuera como la de aquella? La felicidad, la supuesta realización de alguien no debería perturbarnos, porque por más que lo

intentemos, por más que lo pretendamos, no podríamos ser ese ente perfecto y suertudo que pasa de largo sin tomarnos en cuenta, lejano, espigado, sonriente, que maneja su dicha, y que resumes a vuelo de pájaro. Si alcanzáramos a parecérnosle, eso nos acarrearía otras soledades, acaso multiplicadas. Casi siempre las más felices en la fachada suelen ser las más solitarias, las más desvalidas. A esa tan remota, que de alguna manera también somos, la podemos maltratar, golpear, arañar con rabia y malos pensamientos. Ella habita en lo falso, en lo lejano, en lo irrealizable. Es la única que no forma parte referencial del cuarteto, la puedes incluir en este si necesitas de alguien a quien humillar, si su voz intenta sobresalir desentonada durante las horas más sórdidas, cuando la tuya es apenas un susurro. Yo lo sé, lo he repensado mil veces, es lo que impidió el derrumbe de la adolescencia, cuando comprobé que Gretel no regresaría, cuando murió Mamá, cuando Hansel nació débil, cuando la muerte se convirtió en una astuta visitante devastando por detrás de las orejas y llevándose en sus ásperas manos la savia infinita del pasado para hacerlo inaccesible, difuso. Yo lo sé, caramba, y aún sabiéndolo, analizándolo y digiriéndolo, me he sentido sola y ninguna de las otras cuatro vino a socorrerme en esos momentos, nunca.

¿Qué hacer para que el petirrojo emigrara a Nueva York? Si Gretel lo veía, sabría que mi corazón lloraba con ella. Pero por mucho que intuyera que la avecilla era como un ángel de la guarda enviado por Dios para protegernos, por muchos signos de que era probable, no imaginaba cómo comprometer su voluntad.

–¡Las cartas! ¡El petirrojo tiene que conocer las cartas! ¡Sólo así se implicaría emocionalmente para aceptar tan peligroso viaje!

–¡¿De qué estoy hablando?! –lo grité para hacerme reaccionar.

–¡Es un pájaro, Gertrudis, no puedes establecer un diálogo con él! –seguía gritándome a mí misma.

Un “claro” debilucho se escuchó desde el aposento cuando Carlos Felipe desenroscó un agudo ronquido.

–¿Y si fuera en verdad un emisario divino, un espíritu celeste algo colorado? –no pude evitar un cosquilleo–. Debo estar enloqueciendo, pero necesito arriesgarme.

Abrí las gavetas, y con la correspondencia de Gretel en las manos me senté en el balcón, comencé a leer en alta voz, deteniéndome, sorbiendo café en pequeñas dosis para sostener la vigilia y enseguida restablecer la lectura con el bostezo a flor de boca.

Todavía no sé si fue un sueño, pero desde un tranquilo parnaso vi a un petirrojo retomar vuelo al amanecer, asiendo las cartas con el pico. Dejó que el viento lo columpiara, y jugueteando con las nubes rumbo Norte me despidió con sus alas.

Desperté excitada. ¡Qué hermosa visión! Apreté las cartas y una diminuta pluma roja se dejó rodar desde mis muslos.

CAPÍTULO SEIS

El dúo Florita & Gerard encabezó el elenco de músicos ambulantes de la ciudad. Acertaron con la extraña armonía que se desgajaba de la inusual combinación, El trombón, el organillo de manivela, una negrita criolla y un fornido alemán. Rondando los parques se convirtieron en una genuina atracción imposible de ser emulada. Los turistas, fascinados por su exotismo, les daban generosas propinas que Florita guardaba en el liguero. Cobraban un extra si les hacían fotografías, y los extranjeros alucinaban si ya libres de sus instrumentos se besaban: unos finos labios europeos absorbidos por dos libras de bemba codiciosa. La pareja se desposó reservadamente. El convite fue con pocos invitados, apenas Carlos Felipe, Hansel, yo, y la madre de la novia, una negra imponente de origen indescifrable llamada Micaela Kindelán, que tenía oscuras hasta las palmas de sus manos. Florita pronto quedó encinta y con diligencia y vivacidad se mudaron a un cuarto mejor donde, “lo que viniera”, sería recibido con algunas comodidades, entre otras, una ventana por donde mostrarle el sol a la criatura.

–Tendremos un hijo para la primavera –nos dijo Huberr pletórico de alegría–. Lo malo es que Florita no podrá tocar el trombón por meses, soplar el instrumento le traería problemas en el embarazo. Ahora bailará a mi alrededor pasando el cepillo.

–Con tal de que no la tiñas de añil –le dije impertinente recordando al difunto primate.

–¡¡¡Azul es irremplazable!!! –contestó serio Gerard, confundiéndome definitivamente.

Por meses no tuvimos noticias del berlinés, Florita y el desarrollo de su embarazo, quizás porque estaba absorta en el mío e impaciente por el de Gretel, que también estaba a término y dejó de comunicarse.

Gretel Ofelia Felipe (el apellido Secaica de Fredesbindo y por supuesto Carlos Felipe no nos gustaba para la niña y fue omitido sin pudores) nació en tiempo y mucho más fácil que Hansel. De una belleza extraordinaria, era la viva estampa de su padre. Alumbré en un hospital público, aunque el doctor González asistió el parto tomando en cuenta que fue el médico que atendió el nacimiento de Hansel, y defendimos una hermosa relación personal cuando no tuvimos con qué pagarle las consultas. Era un hombre razonable, enamorado de su profesión.

Recién llegados al hogar con la nueva inquilina, la casera me entregó un sobre con el distintivo inconfundible de Gretel.

Querida hermana:

He visto al petirrojo, no me pasa por la cabeza que pueda ser el mismo de nuestra niñez, fue una entrañable compañía para sobrellevar el luto. Canturreó para mí cada vez que el llanto se hizo incontrolable, y bailó y bailó en la ventana durante el paritorio, la recuperación, y en todo el trayecto hasta la casa siguió al coche cual ángel custodio. Siempre creímos en los ángeles, pero no en la forma bobalicona con que nos mostraban sus imágenes en la iglesia, esos seres de piernas cortas, rubiancos y con unas alitas que jamás elevarían sus rechonchos cuerpos. Este

pajarillo ha sido un remanso en medio del tormento que es mi vida desde que Emmanuel murió.

No quiero hablarte de eso hoy, sí de mi hija Gertrudis Rosaura Weinsenfreund. Es preciosa, tiene los ojos claros de su padre y el cabello castaño como yo. Vino al mundo un veinticinco de diciembre. Dicen que el hecho de nacer en Navidad es una bendición del Señor a cambio de haberme arrebatado a Emmanuel. Nunca he comprendido esos intercambios seráficos, pero los admito con humildad. La niña es suave y dormilona. Su abuela Rosaura, orgullosa, dice que es como yo sin asma. ¿Tú recuerdas haberme visto con dificultades para respirar antes del ataque que me embarcó a este país?

Mamá dice que tía Ofelia le escribió desde el hospital contándole de tu hija y de que por fin le pusiste Gretel; pero Felipe no es el apellido de Fredesbindo, dos nombres y un apellido falso no me parecen apropiados, aunque entiendo que Secaica no es un sublime apelativo. Lo justifico si esas fueron tus razones. El que está disgustado es Papá Fredesbindo pues dice que Secaica es un distintivo de sangre azul, ¿conoces de un Secaica heredero Real? Dice que Carlos Felipe no debería renegar de él, ya el pobre no puede levantarse de la silla de ruedas y se ha vuelto mal genioso, no le damos importancia a su virulento humor, lo queremos y él a nosotras, eso es lo esencial. Carlos Felipe y él deberían arreglarse, condonarse las distancias. Tú podrías influir en esto.

Me han publicado dos poemas en una importante revista llamada Life Magazine, ya todos son inspirados en inglés y las reseñas que les dedican no pueden ser más halagüeñas. Estoy animada a publicar un libro entero (hay una editorial famosa

interesada, la Doubleday), ahora que cuento con el beneplácito de la crítica estadounidense, o de una parte, al menos. Aquí no regalan adjetivos y han sido maravillosos conmigo. Para los demás, continúo siendo la afable dependienta de Macy´s.

Te mando otro poema, es muy triste, y también la revista donde se publicó. Arranqué la foto que me tomaron en Herald Square, la esquina donde trabajo, no me veo bien, estoy emocionalmente inestable y las fotografías, con los años, se convierten simplemente en un refugio para la melancolía.

NORMANDÍA DÍA D

El crepúsculo en el aire se perfila,
delgado sonido que pega traicionero,
las olas como en las pesadillas
perfuman los ojos ya difuntos.

Regresan a mí los insepultos
rostros que la arena draga,
mutilados retozan, pero atentos,
regresando a coser la luz junto a la playa.

Unos niños parecen estos muertos,
pero son angelotes en el agua. (*)

(en inglés en el original)

*(*)**NORMANDIE D DAY /** The twilight smartens in the air / a slender sound that slyly strikes. / Dead eyes are perfumed by the waves / as they would be in a nightmare. // Unburied faces reunite with me, faces that sands have dredged, / in mutilation, though polite, / to knit the sunshine by the shore. // These dead I'd compare with little children. / But there are wooden figures of angels in the water.*

Un beso sin final...

Gretel

P.S. Como veo las cosas, Eulalia no llegará al próximo otoño. Está achacosa y medio ciega del paladar, confunde la sal con la pimienta.

No demoré ni un minuto para digerir el poema de Gretel, no era raro que estuviera logrando avances con la literatura, pues talento y astucia nunca le faltaron. Poseía una gracia desde pequeña que la acercaba a interpretar a su manera las dotes comunes que Dios nos ofrece; pero versos tan vibrantes me descolocaron hasta que Carlos Felipe pronunció una frase que aún me estremece la piel.

–Gertrudis, Hansel tiene fiebre y no puede mover las extremidades inferiores, ya estoy llamando al doctor González.

El resultado del examen fue catastrófico. El diagnóstico: una poliomielitis, que si bien no lo mantendría postrado eternamente, dejaría secuelas en su pierna izquierda. Tendría que usar, en el futuro, unos aparatos ortopédicos llamativos y lastimeros, cuero y metal, asidos a la rodilla y la cintura.

–Un animal enjaulado –alcancé a decir antes de que la fatiga me sentara en el suelo del consultorio.

–Vamos, señora Gertrudis –dijo el doctor ante mi angustia–. No es el fin del mundo, pudo ser peor, no tendrá por lo pronto una vida normal como los otros niños, pero con ejercicios y fuerza de voluntad recobrará la movilidad en el miembro

afectado.

Carlos Felipe estaba tan pálido con Gretel Ofelia en los brazos, que parecía un fantasma sosteniendo a su víctima.

En las afueras de la clínica nos esperaban Gerard, Florita con su barrigón a punto de estallar, y Micaela, la suegra, con el cabello ambarino recogido en un absurdo turbante que la hacía parecer una barra de chocolate en medio del desamparo del momento. Las dudas se triplicaron, y era evidente que Huberr y su folklórica familia estaban abatidos por nosotros. Fue la primera vez que vimos al berlinés sin su sempiterno organillo.

–Mi organillo no sabe qué hacer cuando se enferma un niño, la manivela deja de rotar y es necesario ponerlo a reposar lejos del público –Gerard no dejaba de sorprendernos.

Volvimos a la casa, la fiebre de Hansel cedió despacio, Carlos Felipe se durmió con él, preparé un café y simulé que todo estaba bajo control. La matrona Micaela tomó la batuta y dentro de aquella dramática situación desencadenó una perorata sobre sus orígenes con confesiones que me ruborizaron, pero entretuvieron, sacándome por instantes de la aflicción.

–¿Usted sabe, señora Gertrudis, cómo me apodaron cuando ligué al padre de Florita?

–No, dígame usted –esperaba lo peor.

–“Mejor que nada”, así mismo, “mejor que nada”, primero mal acompañada que sola. El padre de mi hija se llama Pedro. Es un insufrible capataz que todavía trabaja

en el puerto, el único negro con salario de blanco, feo como una tiñosa y relambío, porque es inteligente el muy desgraciado. Mis amigas me decían que yo, con tal de no estar sola, me liaba con cualquiera. No fui idiota, gracias a ese desenvolvimiento tuve a mi negrita, pensé sacarle al padre tanto dinero como pudiera, pero el infeliz me abandonó temprano. Él contaba con el apoyo de sus superiores, así que partí con poco, o mejor decir, con Florita, esa retaca rechoncha que usted ve ahí, y que gracias a Dios hoy lleva a mi nieto en su vientre. Él la reconoció, y algún día me las ingeniaré para que regrese. Fue muy duro criar a una hija sin marido, señora.

La conversación continuó por rutas menos particulares, con anécdotas subidas de color. Prudente las esquivé, hice un amago de retirada y Micaela, cordialmente, mi Dios, hizo lo mismo al filo de las doce, sin despedirse, esfumándose como una lechuza rumbo al follaje que desplegaba la ciudad con las campanadas de medianoche.

A todas luces, según me explicó Florita cuando nos quedamos solas, su madre era una mujer lista que se había criado en un barrio muy pobre al borde de la bahía, llamado La Flor del Destajo. Tuvo una ruda niñez intentando sobrevivir la miseria. Hizo trabajos tan duros que en las noches le dolían hasta las uñas. Más tarde, ya convertida en una señorita, pobre, pero limpia y medianamente alfabetizada, se procuró un trabajo de medio tiempo como encargada de limpieza en una peluquería, donde se dedicó a recoger y clasificar, cuando nadie la veía, el pelo que se regaba por el suelo para en su domicilio zurcirlo a un coco seco que raspaba hasta hacerlo muy delgado, convirtiéndolo como en una segunda piel, luego lo teñía con bijol,

azafrán, pimentón dulce y otras especias colorantes, y enseguida se encasquetaba aquellas estrafalarias pelucas que tanto la distinguían.

–¡La negrita Micaela se volvió loca! –gritaban todos ante el singular colorido de su cabeza. Se ganó los apodos de tusa de maíz, gallina prieta pelúa, y el que más duró fue la australiana.

El padre de Florita era el hijo único de Águeda, una sirvienta que pulía con tal esmero los pisos de la mansión donde estaba empleada, que los hacía parecer espejos. Ni una mosca se atrevía a posarse en ellos por no ver su repugnante imagen duplicada. Aguedita, como la llamaban sus patronos, había sido recogida desde joven por una de las más significativas familias de navieros que controlaban la exportación de azúcar crudo por el puerto, que además eran dueños de ingenios e infinidad de caballerías de caña: los Valdés y Asociados. Tal vez por haberse criado entre niños de exquisitos modales y esmerada educación, Pedro, su hijo, adquirió de ramalazo una instrucción privilegiada y se desarrolló con una indudable conciencia de adónde quería llegar. Águeda lo pelaba a ras de cráneo para evitar los piojos y que no se le enredaran los pelillos de las colchas en la enmarañada cabellera; pues aunque pasaba todo el día entre “los señores” y su descendencia, a Pedro le gustaba relacionarse con la plebe en sus visitas mensuales a El Hoyo, su barrio natal y se quedaba a dormir en casa de sus amiguitos, revolcándose entre frazadas gastadas y llenas de polillas. El apodo de Coco Listo que lo llenaba de orgullo surgió de su sobresaliente agudeza y talento y marcaba la diferencia del resto de la muchachería.

Con los años, Micaela y Pedro se convirtieron en jóvenes ingeniosos. Ella colocó una humilde barbería que Pedro, devenido principal capataz de los

cañaverales de los Valdés y Asociados, visitaba con puntualidad en sus cortos viajes al astillero en la Capital. Allí se enamoraron. Él, ante las inminentes nupcias, solicitó del más pequeño de los Valdés que lo trasladara al puerto, donde podría ser más útil y mejor remunerado si controlaba los embarques de azúcar hacia Estados Unidos; así podría fundar una familia en la ciudad, ya que Micaela se negaba a mudarse para el campo: “Yo soy una negra de ciudad, Coco Listo, conmigo no cuentes para acarrear bestias, sacar agua del pozo o sembrar legumbres.”

Se desposaron junto al malecón. Al enlace asistió una multitud de raros invitados de El Hoyo y las clientas de Micaela, que ya sumaban decenas, con sus cabelleras humeantes, el olor a plancha caliente y aceite mineral. El jolgorio se desplegó por todo el barrio hasta alcanzar la madrugada a golpe de tambores, cencerros y voces guturales.

El primer hijo murió al nacer, pero eso no desanimó a la pareja. Al cuarto o quinto aborto natural lograron el embarazo deseado. Micaela soportó con estoicismo los meses de reposo absoluto que le impuso el doctor de los Valdés, y ya a término, con la asistencia de Águeda convertida en comadrona, dio a luz a Florita, quien pesaba menos que un fríjol y era pequeña como un peine de bolsillo. Fue alimentada con leche de cuanta amamantadora profesional aparecía, pues Micaela no tuvo. Así, con el esfuerzo ajeno, Florita logró subsistir, aunque su pequeñísimo tamaño no se evidenció hasta cumplir el primer año, cuando le era imposible asomar la cabeza sobre la baranda del rústico corral. Pedro, consternado por los clamores de atención de Micaela en los cuidados que demandaba su minúscula hija, se fue desentendiendo

de ambas para esfumarse de forma abrupta una noche de aguaceros y ausencia de luna.

Nuestra amiga me contó esta historia cuando Micaela “asaltaba la madrugada”, como le decía Florita a esas escapadas contra el alba de su madre. Era una costumbre que no lograba incorporar, por más que lo intentó desde que era una chiquilla.

–Cada uno a sus asuntos, señora Gertrudis –recalcaba Florita–. Mi madre nunca ha dicho adónde, ni a qué va, y yo aprendí a no preguntar.

–Así es, los hijos jamás cuestionan a sus padres –dije entretenida, olvidando por momentos la terrible enfermedad de Hansel.

–Debe estar agotada, señora Gertrudis, no ha sido un día fácil. Florita es hora de marcharnos, traten de descansar usted y Carlos Felipe, ya verá que Hansel se pondrá bien –nos interrumpió Gerard apretando mi mano.

CAPÍTULO SIETE

Carlos Felipe siguió bebiendo, cada vez con más frecuencia y en cantidades abusivas. La depresión por la enfermedad de Hansel, y el no poder cumplir con sus obligaciones como jefe de familia estaban ganándole la partida. Aunque el niño se recuperaba con rapidez, prácticamente carecíamos de dinero; el del diario se obtenía vendiendo las pocas propiedades que mamá nos dejó: el reloj de pie, el espejo, un búcaro, la mesa del comedor. En un intento desesperado, con la cabeza aturdida por los tragos, decidió que la solución financiera de la casa se zanjaría trabajando con Gerard y Florita por los parques que ya volvían a desandar con el trombón, el organillo y el bebé recién nacido encima del mismo, en una especie de cuna que parecía un nido de cigüeñas.

–Yo puedo servir como anunciador de la fiesta vagabunda de Gerard & Florita y el jabaíto –el niño resultó ser de tez blanca y cabellera de estropajo suave a quien nombraron Wolfang Huberr Prieto.

–¿Y cuánto ganarías por eso, mi amor?

–A Huberr y a Florita no les ha ido mal, tienen para pagar la renta.

–Aún nos quedan cosas por vender –dije, mirando desolada en derredor.

–Sabes que me lo bebí –murmuró avergonzado.

–Tengo una pequeña reserva, ¿con qué crees que hemos pagado el apartamento, la comida y las medicinas de los niños? Le escribiré a Rosaura e intentaré a través suyo contactar a Vivian para recuperar el piano de Gerard. Según

ella, está en casa de Don Alfredo, quien compró los bienes de su abuela cuando embarcaron a los Estados Unidos.

–Es preferible no levantar sospechas, la correspondencia debe ser moderada, lo sabes.

–Ya estoy lo suficientemente entrenada. Es imposible que Rosaura descubra el fraude. Cuando escribo, hasta yo misma creo que soy mamá, huelo como ella, sufro con ella.

– ¿Qué haremos si logramos arrebatarle el piano al tacaño de Don Alfredo?

–Hablar con Gerard, exponerle nuestra idea, para él es un objeto perdido, no podría andar por los parques con semejante trasto. Vender el piano y repartirnos el monto a partes iguales es justo, Gerard no tiene contactos, nosotros sí, y aunque suene mezquino, primero que todo están nuestros hijos. Un corto viaje al pueblo nos hará bien y te mantendrás alejado de la tensión diaria.

–A fin de cuentas, es hora de que los niños conozcan de dónde vienen –razonó Carlos Felipe agachando los hombros.

–Cierto –afirmé con nuevos bríos–compraremos dos billetes de segunda clase en el tren de medianoche que es menos costoso. Los pequeños no pagan, así saldrán de este abusivo encierro. ¡Avisémosle a Gerard y partamos de inmediato!

–¡En marcha! –gritó alegre Carlos Felipe.

Los cuatro en la terminal ferroviaria, envueltos en penumbras, semejábamos sórdidas aves al acecho de su presa. Por más que deseamos disimularla, la facha de pobres limpios revelaba la verdadera sustancia del desamparo. El aparato en la

pierna de Hansel le daba el toque siniestro que detestábamos, pero no había más opción: el piano o la vida, tan sencillo y cursi como eso.

Dormimos la noche entera en el tren, y al amanecer divisamos los campos verdes, la floresta, los maizales listos para la cosecha, y las montañas de fondo rematando el animoso panorama.

Unos pocos pobladores nos dieron la bienvenida. La exigua estación estaba empapelada con el rostro de Don Alfredo, retocado para que pareciera veinte años más joven, con una inscripción que rezaba: ¡Vote por Don Alfredo para senador de la República!

Carlos Felipe y yo nos miramos y una carcajada infinita nos poseyó. Todos voltearon a observarnos como si fuéramos dos chiflados.

En busca de rostros conocidos, nos trepamos a uno de los taxis de la flotilla adquirida por Don Alfredo y nos dejamos caer en medio de la glorieta central.

Un pitido defectuoso fue la primera señal de que estábamos en un lugar entrañable, Leandro sopló el silbato con menos fuerza de la que recordaba. Era un anciano escuálido, y nos estrechó con las poquísimas fuerzas que le quedaban.

–¡Señorita Gertrudis, señorito Carlos, qué alegría tenerlos de vuelta! ¿Esos son los niños? ¡Qué hermosos y robustos! Leandro obvió el herraje de Hansel ¿Qué les trae por esta pocilga? Mire, señorita Gertrudis, mire en lo que ha convertido nuestro pueblito el tramposo de Don Alfredo –dijo punteando con el dedo, imparable–. Ahora quiere ser senador y luego querrá ser presidente, ha hecho una fortuna comprándonos como ganado, poniendo reglas para hacernos comer de su mano, ha eliminado a todos sus oponentes. Trajo carteros nuevos de la Capital, yo estoy

desempleado. Si no fuera por el frutero y el Padre Eustaquio no sé qué sería de nosotros. A Manolo lo dejó seguir con su bicicleta vendiendo frutas y al Padre compartiendo las limosnas y los donativos con los más necesitados porque en la madrugada les pegaban los carteles cuando le dio por ser alcalde, y ahora que quiere ser senador. Gracias a eso mantuvieron sus trabajos, que se han convertido en un acto de máxima caridad, en el caso de Manolo, por poner solo un ejemplo, al Padre Eustaquio Dios lo guarde, nos fía sabiendo que no tenemos un quilo con que pagarle lo que le adeudamos. ¿Dónde se quedarán? Ya la casa de la finada Ofelia no existe.

–Venimos por pocas horas, es una breve visita. ¿Cómo hacemos para hablar con Don Alfredo? –pregunté.

–Es difícil porque no recibe a nadie, pero no imposible, le hablaré a Juana Inés, que es ahora su secretaria –se marchó diligente.

Juana Inés nos recibió servicial, aunque distante. Sus nuevas responsabilidades le daban ciertas ínfulas de superioridad. La antesala del despacho de Don Alfredo era presidida por un portasombrillas donde se apretujaban decenas de estas con sus colores escandalosos: rojo bermellón, azul celeste, naranja intenso, verde esmeralda, y también sombríos: gris, terracota, negro. Tenían brocados el borde de las arcadas y las empuñaduras eran de distintas maderas preciosas: roble, ébano, majagua, caoba y alguna que otra de marfil, plata y oro.

–¿Y qué les trae por estos lares? –preguntó con una acentuación fingida Juana Inés.

–Hemos venido a ver a Don Alfredo –respondimos a trío, porque Gertrudis Ofelia nos acompañó parejera.

–Don Alfredo está muy ocupado. Como deben saber, aspira al senado –la altanería la hizo sudar de tanto estirarse. Sobre los ojos se afincaban unos lentes ridículos y puntiagudos.

–Es sobre un asunto que le convendrá a sus pretensiones políticas –se adelantó Carlos Felipe con expresión detectivesca.

–Veré qué puedo hacer por ustedes –apuntó y se escurrió por las anchas compuertas de la alcaldía.

Don Alfredo cojeaba. Se sostenía con un bastón de plateado pomo. Ya no usaba el peluquín. Su cabeza, desprovista del injerto capilar, parecía una relumbrante bala de cañón. Se le notaba la edad, pero mantenía el empuje de sus mejores años.

–Seguro han venido a votar –su voz no había perdido el vigor que recordaba, el tono conservaba su autoritario dibujo–. ¿Están regresando para ejercer su derecho al sufragio? ¡Las elecciones serán el sábado venidero! –proclamó orondo. A su diestra, Juana Inés parecía una jirafa lista para alcanzar los más altos cogollos.

–¡Por supuesto, Don Alfredo! –Carlos Felipe avanzó, evitando que diera la espalda y nos dejara como mequetrefes, acompañados por su afectada secretaria.

–Es lo correcto, habrán podido constatar con sus propios ojos los adelantos que ha tenido nuestro pueblo desde que fui nombrado por unanimidad su alcalde, ¿verdad, Juana Inés?

–Sí, señor –respondió la otra con su nariz respingada.

–Se acabaron los nenes famélicos, ¿verdad, Juana Inés?

–Sí, señor –comenzaba a asquearme la adulonería de la iletrada sirvienta.

–Todo permanece en orden, y los pueblerinos han calificado como los más disciplinados ciudadanos de la nación, ¿verdad, Juana Inés?

–Sí, señor –repetía la estúpida mujer-sombrilla devenida obediente perra faldera.

–Hemos dejado atrás la pobreza y nos encaminamos a un futuro más próspero, ¿verdad, Juana Inés?

La miré con tal odio que solamente asintió con la cabeza. Carlos Felipe lo interrumpió en su discurso electoral:

–Mire, Don Alfredo, lo que nos trae por aquí, lo que nos ha hecho molestarlo, constituye una nimiedad para usted y para nosotros una urgencia. Es sencillo, queremos su piano a cambio de votos.

–¿Qué piano? –preguntó Don Alfredo perplejo.

–Un viejo piano sin valor incluido entre las propiedades que compró a Doña Silvia antes de su partida al extranjero.

–¿Tú recuerdas ese piano, Juana Inés?

–Sí, señor –otra vez chillaba la cotorra.

–¿Dónde está? Hace años que no lo veo –Don Alfredo se acomodó las gafas y descubrimos que los lentes tenían un espantoso grosor, su falta de visión se había acentuado con el tiempo de manera alarmante.

–Preside la sala de su hogar, señor –si esa mujer seguía abriendo la boca le pegaría un tiro.

– ¡Ah!... ¿El aparato negro con que tropiezo cada mañana?

–Sí... –y antes del “señor” le apreté la muñeca izquierda con el propósito de quebrársela.

–Sí... –un quejido prensado fue lo que brotó de su garganta.

–¿Un piano por tres votos? Porque el niño vota, ¿verdad, nene? –dijo pasándole la mano por el pelo a Hansel mientras este intentaba morderlo. A la niña ni le prestó atención.

–No son los votos del domingo los que cuentan, tiene al pueblo en el bolsillo, son los de La Capital para sus planes venideros –Carlos Felipe le hizo un guiño–. Estamos muy bien relacionados por allá, le convendrá el trueque, se lo aseguro.

El zorro de Don Alfredo estrujó el ceño, miró a Juana Inés y la interrogó:

–¿Me conviene?

Ahí fue cuando la desfloré con la mirada y con los labios mordidos ronroneé sorbiendo un susurro:

–Más te vale, ser inmundo.

–Sí, señor –me devolvió el vistazo, aterrada.

–Bueno, podría… –empezó Don Alfredo, y de inmediato Carlos Felipe continuó:

–Gracias, Don Alfredo, usted se ocupará de la mudada, estamos acostumbrados a sus gentilezas. Mi padre le está muy agradecido por el bastón de marfil que le regaló, los políticos americanos con los que se codea a diario le ofrecen por él una fortuna.

–¡No me diga! Salúdeme mucho al doctor Fredesbindo, por favor.

–Claro, Don Alfredo –giramos y salimos disparados del inmueble.

–No sabía que eras tan embustero –alcancé a decirle a Carlos Felipe.

–Sólo te imito, querida –y nos echamos a correr.

CAPÍTULO OCHO

Después de una breve visita a los hogares de Manolo y Leandro acompañados por el Padre Eustaquio, los tres nos acompañaron de vuelta a la estación. Qué paradoja, pensé, la multitud en la partida de Gretel y las tres salidas mías fueron dos huidas a medianoche antes, y un trío de ancianos levantando sus huesudos brazos después. Don Alfredo dijo que el pueblo había cambiado mucho..., cambió demasiado.

Desde el tren vimos en la terminal citadina a los amigos que nos esperaban, Gerard, Florita, Wolfang y Micaela, también el organillo y el trombón. Parecían una banda militar. Especulé que nos recibirían con una fanfarria estruendosa parecida a esas que encabezan los desfiles marciales, pero estuvieron tranquilos y sólo perdieron la compostura cuando nos vieron aparecer por la portezuela.

Regresamos a casa. Con la cooperación de la encargada nos habían preparado una bienvenida: dulces caseros, pan de ajo, jugos helados y hasta una botella de vino de la que dio cuenta Carlos Felipe antes de que acomodáramos el cuerpo. Era como si retornáramos del más allá, pues ya el amado pueblo natal, convertido en un tugurio, escalaba los denigrantes peldaños de la indiferencia. Gerard se alegró con la reposición del piano y estuvo feliz con la idea de repartirnos los dividendos.

El jolgorio se dilató hasta muy entrada la noche. Cuando nuestros colegas de infortunio emprendieron la retirada, la encargada puso en mis manos otra carta de Gretel recomendándome:

–Señora mía, no llore, ya tengo miedo de entregarle estas cartas que la abaten tanto.

–No se preocupe, las lágrimas ya son otro inquilino a albergar.

Me serví un café, esperé a que Carlos Felipe y los niños vagaran en las esferas del ensueño y me animé a leer.

Queridísima Gertrudis:

Últimamente mis cartas son una mezcla espeluznante de malas y buenas noticias que compiten por ver quién llega antes a la meta. ¡Cuánto quisiera redactar una, al menos una, donde todo fuera un plácido oasis destellante o un océano en calma! Parece que no será posible.

Eulalia falleció. Papá Fredesbindo amontonaba un sinnúmero de frascos con residuos de polvos medicamentosos que se trajo de la Isla por si sus remedios eran más eficaces que las medicinas de aquí, y Eulalia se entretuvo combinando esos restantes para darle un novedoso sabor a las comidas. Ya no dejaba a Rosaura ni servir la mesa de lo agradecida que estaba por el cobijo y el alimento que le ofrecimos. La cosa anduvo bien mientras las estrenadas especias se perdían en la sazón, pero le echó estricnina en grandes cantidades al potaje de garbanzos y comilona al fin, ¡qué suerte!, se lo embutió sola. La encontramos rígida, con las extremidades en cruz, estirada en el suelo de la cocina, todavía con el cucharón en la mano y brotándole espuma por la boca, con la bata de dormir que nunca se quitó llena de restos de chorizos, morcillas, lacón y cebollas. Sacarla de la casa fue una odisea, pues el rigor mortis la volvió pesadísima y ancha, no cabía por las puertas.

Los bomberos lograron bajarla destruyendo una ventana y sacando el cuerpo inerte. A ratos la petrificada Eulalia era balanceada por el viento y amenazaba estrellarse en la acera con el riesgo de partirse en mil pedazos. ¡Qué humor negro y qué amargo colofón para una vida tan empalagosa! El entierro fue barato, y sus deseos de que regresaran los restos al pueblo el día de su defunción, no pudieron ser satisfechos. Ahora estamos en plena batalla judicial, pues acusan a Rosaura y Fredesbindo de haberla envenenado, ambos han pasado el polígrafo, pero parece no ser suficiente. No creo que Fredesbindo sobreviva al temor de ser encarcelado, ni a los costos de la defensa. Está muy débil y le queda sólo un rastro de lucidez.

Vivian está presa, también acusada de homicidio, degolló a un asiduo "visitante" de su cuerpo con una navaja y creo sinceramente que es su final. El Orejón está en un reclusorio para jóvenes luego de que moliera a golpes a la directora del reformatorio.

Yo vivo desde hace meses con Gertrudis Rosaura en casa de mis suegros, donde tengo mejores condiciones,(mi niña es preciosa y crece a pasos agigantados), Marion y el doctor Weinsenfreund nos tratan de maravilla, y estoy a punto de abandonar Macy´s una vez que reciba el adelanto por la publicación del libro de poemas. En la junta para la firma del contrato efectuada en el Waldorf Astoria, un hotel fantástico donde el lujo se propaga por las paredes, conocí a Cole Porter, uno de los mejores hacedores de canciones del mundo, también escribe temas para obras de Broadway, películas, y no hay cantante que no incluya baladas suyas en el repertorio de discos y conciertos. Estaba en una despampanante fiesta en el lobby y se sentó al piano y cantó, divertidísimo y borracho, canciones que son la artillería mayor de su vasta colección, Night and Day, Begin the beguine, I´ve got you under

my skin, So in love y la maravillosamente triste In the still of the night. ¡Qué remota me parece la tonada alemana de Huberr! En mis versos y en esos encuentros he hallado algo de paz.

DOLORES

No me duelen los huesos, es el alma
que desgarra los tuétanos y el calcio.
No es viento el que lacera mis pestañas,
son las lágrimas que se han quedado mudas.

He querido llorar pero se curten
los músculos cerrando las ojeras.
No me duelen los párpados de hierro,
ni la armazón fibrosa, endurecida.

Me rompe el tulipán incandescente,
y la sana libélula me hiela. (*)

(en inglés en el original)

No cejaré en mi empeño hasta recibir noticias tuyas,

Gretel

P.S. Ofelia tampoco nos escribe desde hace unos meses, Rosaura está tan abatida como yo.

*(*)**ACHES*** *// My bones don't ache, it is the soul / that's tearing the marrows and the calcium. /*
it's not the wind that's wounding my eyelashes, / but the tears as they became speechless. //
I have wanted to cry but my muscles inure / blocking the dark circles under my eyes. //
Neither my iron eyelids ache / nor the sinewy, toughened frame. // The fiery tulip breaks me /and the healthy dragonfly freezes me.

Doblé la carta de Gretel sin dedicarle mi acostumbrada depresión. El piano iba a llegar en días y tenía que hacer citas para cotejar ofertas. Me sembré junto al teléfono con el directorio en los muslos, llamando a salas de teatro, hoteles, solistas, profesores y conservatorios. Todos estaban interesados, pero no aceptaban el precio que exigía, hasta que la academia musical más prestigiosa de la nación aceptó pagarnos lo que valía la pieza.

El piano llegó a su destino en impecable estado; mientras, yo cambiaba el cheque en el banco.

Una vez repartido el monto a partes iguales entre la familia Huberr y la nuestra, Carlos Felipe y yo nos dedicamos a dilucidar qué hacer con tanto dinero.

Estuvimos de acuerdo en que el mundo es un sitio no apto para infelices, desdichados y menesterosos, por más dignidad con que lleven su resignada inopia, e invertir en una oficina para salvaguardar a los desposeídos fue la decisión que tomamos. Carlos Felipe satisfaría su zozobra laboral y yo podría ayudarle en el despacho, aunque es justo decir que no me parecía denigrante mi responsabilidad como ama de casa, ni me lo parece, cada quien asume un rol en la vida que es útil a la existencia de otro, que a su vez es útil a la existencia de otro más. Los que toman la delantera profesionalmente no alcanzarían el éxito sin una buena retaguardia doméstica. Nunca me sentí disminuida, nunca.

Como los aristócratas fundadores de la Capital se estaban esparciendo hacia otras direcciones, en la antigua zona residencial bajaba el valor de la propiedad y pudimos montar la oficina con parte del dinero obtenido de la venta del instrumento y un préstamo bancario de pagos razonables.

Un anuncio en el periódico y ya estábamos listos para redimir a los abusados insectos de la fruslería. Colocada la benefactora agencia y convertido Carlos Felipe en abogado litigante, me preguntó con su innato candor:

–Gertrudis, ya hicimos la primera inversión ¿de dónde obtendremos las ganancias ahora?

–¿De dónde va a ser? Los beneficios que obtengamos cuando ganes los casos será nuestra recompensa.

–¿Y si perdemos?

–Con un abogado listo como tú, esa es una posibilidad muy remota. Hay que conseguir un sonado triunfo, o un revés, da igual, que nos dé publicidad.

–¡La suegra de Huberr! –la voz de Carlos Felipe alcanzó tonalidades felinas.

–¿Micaela?

–Sí. ¡Micaela Kindelán versus Pedro; el padre de Florita!

–¿Cómo la convenceremos, a quién le importa una contienda judicial entre dos negros humildes por el reconocimiento de paternidad?

–Sacarle algo al desgraciado ese no le vendrá mal a Micaela, y si perdemos no será tan desventajoso, pues todas las mujeres se solidarizarán con ella –Carlos Felipe mostraba su lado calculador.

–No me gusta mucho la manipulación antihigiénica de los asuntos del corazón.

–Micaela Kindelán versus Pedro, El Capataz del Puerto, no es un asunto del corazón, es un objetivo nomotético.

– ¿Nomo qué?

–Legal, lógico, a ella no le importa ese individuo para nada, le encantará el golpe, no es un caso complejo y necesito entrenamiento.

– ¡En marcha! –nos encantaba el imperativo y lo utilizábamos para todo, queríamos adoptarle el amén al concluir, pero no nos parecía bien mezclar los claveles con el cemento.

Por su parte, Gerard y Florita, con la sabia conducción de Micaela, ya tenían decidido qué hacer con parte de la venta del piano. Matricularían a Wolfang en la Academia de Música, así podría estudiar con los mejores profesores y cumplirían el designio para el que había sido construido el lujoso prototipo, pues una de las condiciones al vender el instrumento a la academia había sido que, llegado el caso, cualquiera de nuestros hijos que estudiara música tendría derecho a utilizar el piano en sus clases.

Enseguida formaron una orquesta errante a la que bautizaron con el sorprendente nombre de Orquesta Típica Saltimbanqui de Berlín. Recuerdo con nitidez cuando vinieron a anunciarme la decisión familiar.

–Yo sé, Gerard, que tu provienes de Hamburgo –le dije sobresaltada por la inaudita decisión nominal.

–Por aquí la gente, señora Gertrudis, sabe más o menos dónde está Berlín, pero no tienen idea de dónde diablos queda Hamburgo. Será una orquesta de músicos morenos con un alemán como conductor y una solista de lujo: Florita. Cuando pasen los años y esté listo incorporaré a Wolfang, entonces seremos una cuadrilla musical reconocida e invencible.

Los planes de Gerard fueron bordados con juicio, y después de hacer interminables audiciones entre músicos vagabundos constituyeron el conjunto y empezaron los ensayos. Al principio aquel sonido hacía ladrar a los perros y ahuyentaba a los peatones. Las percusiones no ajustaban con los metales, los cantantes desentonaban cuando el aire se les filtraba por las estropeadas bocas. Yo estaba convencida de que la falta de piezas dentales entre los integrantes de la banda era provocada por una especie de contrabando de dentina que los mantenía económicamente activos, más que a un descuido bucal o falta de higiene. Pese a esto, la orquesta fue afinando su interpretación y comenzó a extender su fama entre los turistas que frecuentaban los parques y las esquinas: una mezcla de música criolla con reminiscencias europeas enlazaba el sonido y le daba un ritmo febril y una deliciosa cadencia.

–Hugo Wolf con Mamá Inés, señora Gertrudis, esa es la clave del suceso –me confiaba muy serio Gerard.

La sentencia del tribunal falló en el caso Micaela Kindelán versus El Capataz del Puerto, a favor de Pedro, pero eso no nos desalentó, pues la publicidad fue enorme y gratuita. Recibimos docenas de consultas por las que cobrábamos poco, junto a procesos de divorcios, de abusos salariales, despidos injustificados, evasiones del seguro, propiedades hipotecadas y malos servicios cobrados por anticipado. Ganamos modestos casos y nos sentíamos a gusto ayudando a la gente. Pudimos matricular a Hansel y Gretel Ofelia en colegios privados, y hasta cubrimos algunos caprichos como vestirnos a la moda y reponer los muebles del apartamento. Manteníamos una bonita armonía sorteando estrecheces y amándonos.

Gerard y su folklórica prole estaban viviendo una dichosa fraternidad y aumentando su capital.

Pronto nos dimos cuenta de que la tranquilidad no era precisamente nuestra aliada.

Una perfecta mañana, siempre ocurren los mayores desastres en las mañanas más hermosas, tocó a la puerta Leandro. Era un amasijo de huesos y pesadumbres, antes de pronunciar palabra pidió agua. Una vez saciada la sed, contuvo el aliento mientras observaba insistente la fotografía de Mamá Ofelia sobre el aparador. La contemplación de la imagen lo serenó y lentamente, a manera de un monigote con poca cuerda, espesó una conversación devenida monólogo:

–Don Alfredo fue electo Senador de la República, pero eso no es lo peor: se desposó con la latosa de Juana Inés, y convertidos en una pareja dictatorial renunciaron al pueblo y se mudaron para acá con aspiraciones presidenciales. Manolo el Frutero fue elegido alcalde por decisión popular, pero lo despojaron del cargo por mezquinos intereses monetarios avalados por el desagradecido de Don Alfredo. Manolo, frustrado, enloqueció, se roció gasolina, y como una antorcha humana recorrió las calles aullando en su bicicleta envuelta en llamas. Las frutas se cocinaron con la combustión y el olor que despedía era una mezcla de plátanos fritos con vegetales hervidos, pimientos asados y carne ahumada. Los vecinos nos lanzamos sobre él con colchas para apagarlo, pero fue tarde. Manolo, chamuscado, con la piel llena de ampollas y el esqueleto expuesto, murió ante la espantada vista de todos, usted sabe que Manolo manejaba el camión de bomberos pero ni el mismo pudo apagarse , El Padre Eustaquio fue transferido de parroquia por defender a los

menesterosos con un despilfarro de generosidad según repetía sarcástico Don Alfredo. Ya va quedando poco de lo que fuimos, señora Gertrudis. He venido a su casa para que sepa de mi boca lo ocurrido y despedirme. La familia me espera, ingresaré en el sanatorio La Buena Esperanza. Demoraremos en volver a vernos, ¡El Señor así lo quiera!

Leandro lloró, y las gotas tibias de su llanto convirtieron los lagrimales en un salto caudaloso que se despeñaba por entre filosas rocas. Las legañas besaban sus mejillas hendidas, la ceniza de su sempiterno tabaco le cubrió el bigote y se dejó rodar igualmente mustia.

Sin decir una palabra más, se levantó, caminó hasta la puerta y demacrado se volvió hacia mí, introdujo la mano derecha en el bolsillo del pantalón y sacó el viejo silbato que hizo sonar por última vez. Un ligero resplandor trepó hasta sus ojos de cartero, el de las buenas noticias, el de la bienaventuranza, el de los, ¡buenos días, señorita Gertrudis!

La tarde la dediqué a escribir una larga epístola a Rosaura, donde le conté los pormenores de la tragedia en clave Ofelia, y me detuve en detalles intrascendentes para hacerle más amena la lectura. Ese era el estilo de mi correspondencia, el detalle, detenerme dos cuartillas para contar con pelos y señales la mínima frivolidad.

En la cena le comenté a Carlos Felipe de las malas nuevas, de lo vertiginoso que se extinguía el pasado, y le pregunté qué lamentables sucesos estarían por venir. Él permanecía distraído, sin prestarme atención, inapresable, con los codos en la mesa.

–Carlos, mi amor, ¿me estás escuchando? –lo dije con dulzura.

–¿Perdón, Gertrudis?

–¿Que si me estás escuchando? –lo repetí con pausas, necesitaba entender por qué permanecía remoto cuando mi cabeza giraba como un trompo.

Carlos Felipe no se inmutó, continuó disipado, lejano, jugando con los restos de pan que se propagaban sobre el mantel. Cuando Gretel Ofelia, custodiada por Hansel, decidió irse a la cama, Carlos Felipe extrajo del bolsillo una carta que resbaló entre los platos, la tomé aterrada, y antes de abrirla, lo escuché distante:

–La encargada me dio esta para ti, de indiscreto la leí para avisarte si un nuevo disgusto te acechaba, pero el disgusto fue mío.

Añorada Gertrudis:

Parece que las terribles novedades no dan tregua. Papá Fredesbindo, ahogado en deudas, arrepentido por no haber podido solventar el presente de Rosaura, desunido de Carlos Felipe por su tozuda cabeza, en medio de la seminvalidez, culpándose de traernos a este país, arrastró su flacucha entidad en la madrugada hasta el puente de Brooklyn y se arrojó al río. Mamá Rosaura conoció de su paradero por las noticias matutinas antes de percatarse que había dejado el lecho. Me despertó exasperada. Nerviosa, corrí a la morgue y confirmé que era él. Ahora mi madre está detenida y siendo interrogada por sospechosa en dos casos de homicidio, el de Eulalia y el de Fredesbindo. No tienen pruebas, por supuesto, todo se arreglará, pero las investigaciones siguen su curso como si Rosaura fuera una asesina en serie ¿Qué locura, no? Mis suegros están ocupándose de la fianza y los gastos de la defensa. Cuando todo termine, mamá y la niña se mudarán con ellos al apartamento que

acaban de comprar en Lexington Avenue. Tú te preguntarás, ¿y Gertrudis Rosaura?, ¿haré bien dejándola con sus abuelos? Lo he pensado, una vez que comience la promoción del libro se irá con ellos. Tienen vocación, linaje, solvencia, y como Rosaura estará con ella no tendré temor alguno. Es el momento.

¡Qué lástima que no pudiste torcer el empecinamiento de Carlos Felipe para que le dirigiera unas líneas a su padre! Cuando los padres se vuelven testarudos, los hijos tienen que ceder, por mucho que sea el rencor acumulado. Carlos Felipe no soportó que partiera con nosotras, sabemos ya que lo del asma fue un pretexto pueril. Ten cuidado al comunicarle la noticia, recuerdo a Carlos Felipe como un hombre de una pieza, pero un padre es un padre, aunque se apellide Secaica.

Gertrudis, ¿sabes que tengo un lejano recuerdo que nunca compartí contigo? Era muy pequeña, fue una tarde junto al mar. Un chiquillo haciendo cabriolas en la arena trataba de llamar la atención de su padre hundiéndose los pulgares en los cachetes, y moviendo los ocho dedos restantes como mariposas. Trenzando el viento sacaba la lengua, seccionando el aire, haciendo voces de todo tipo y volumen. El niño se resumía todo en llamar la atención del adulto: se paró de cabeza, estiró las piernas y las mantuvo unidas mientras doblaba los empeines con los dedos en herradura, punteando al estilo del más dotado bailarín. El padre, ignorándolo, miraba fijo un dibujo borroso en el horizonte y susurraba como una letanía "Algún día viviremos allá", y echaba a un lado al angelito, que se quedaba frustrado en la arena, posando el salitre en sus ojos junto a las lágrimas. Yo no entendí entonces que cuando el señor decía "allá" y atravesaba hipnotizado la lejanía señalando con el índice de su mano derecha un punto negro en lontananza que hubiera podido ser cualquier cosa:

un pez tras su alimento, una barca al pairo, una proyección de las nubes sobre el agua, quería decir que algún día vendría a este país, se establecería en él a como diera lugar y arrastraría consigo en tal afán a su hijo y a su hermosa cónyuge, que elegante y pálida tomaba el sol de la tarde bajo un toldo de lino blanco.

Ellos no se percataron de la niña curiosa que los veía discutir, atenta al más leve movimiento de sus labios, tratando de establecer un puente racional entre aquel hombre obsesionado con la lejanía, aquella delgada señora que se oponía reclamando insistentemente, y aquel bello chiquillo que lloraba solicitando atención. El caballero: Fredesbindo. El niño: Carlos Felipe.

Cuando decidiste comprometerte con el calmado joven fumador de puros preferí no tocar el tema porque no le encontré sentido, ahora que falleció Fredesbindo es el momento de hacer llegar a ti esta reminiscencia infantil, porque presiento que la necesitarás para ayudar a Carlos Felipe en el difícil trance.

En otro orden de cosas, creo que estoy en un momento crucial. Mi primer libro tendrá una gran tirada, y los editores insisten en que me relacione con la "crema y nata" del inenarrable mundo newyorkino. Frecuento fiestas donde todos se drogan, beben como cosacos y bailan y cantan hasta la amanecida. Son "intelectuales" de infinita procedencia: novelistas, poetas, dramaturgos, músicos de vodevil, bailarines, coristas, millonarios, prostitutas que parecen señoras y señoras que son unas rematadas meretrices nadando de bragueta en bragueta y del opio a la cocaína. No te puedo negar que es un ambiente exuberante, pervertido, y que me esfuerzo para no ceder ante la bacanal del lujo y el placer que me convocan. Tengo muchos

pretendientes, y dicen los representantes literarios que se triplicarán con la salida del libro, eso me da picazón.

Si todo sale como espero, me mudaré un poco más arriba, seré una solitaria debutante del eterno agasajo. ¿Estaré perdiendo la cabeza o habré percibido lo corto que es el tránsito existencial? Ganaré dinero, Gertrudis. Por una ocasión seré dueña de mí, sin rendir cuentas a nadie. Me dejaré llevar como una mota primaveral que se precipita de un árbol y queda a merced del viento. Tengo la edad, la belleza, el impulso, las ganas. Este poema culmina el libro.

LA MUERTE

La muerte nos presume sus vestidos
en páramos de hiel y sepulturas,
curiosos arriesgamos las alturas,
y la piel envejece, se lesiona.
La muerte; un andamio que claudica
por el vórtice filoso de los vientos.
La muerte; el amor tras los cimientos
del júbilo, las moles, los colores.
La muerte nos presume sus olvidos.
¡Mejor dejemos de llorarle flores! (*)

(en inglés en el original)

(*)DEATH *// Death is flaunting his dresses in our face / in moors of bitterness and graves. // Being curious, we would risk the heights, / and the skin ages and gets hurt. // Death; a scaffold that is humbled / by the cutting vortex of the winds. // Death; love behind the foundations / of joy and bulks and colors. // Death is flaunting his absent-mindedness. / Better stop crying flowers in front of him!*

ANDANTE

…Ella no hubiera envejecido

si yo no hubiera regresado.

Jesús Orta Ruiz

CAPÍTULO NUEVE

La Sala Gibraltar estaba repleta. Semanas antes del debut se habían agotado las localidades. En el palco principal, Carlos Felipe, con su brazo sobre mis hombros, me lastimaba la cervical. Hansel y un amigo de la universidad charlaban animados, pero con tan bajo volumen que resultaba inaudible para Gretel Ofelia, quien se afanaba en escuchar. Delante nuestro estaban Gerard y Florita emperifollados, tomados de las manos, tiesos, casi al borde del balcón. Micaela vigilaba con los prismáticos el desenvolvimiento del público, que luciendo las mejores galas, ocupaba anhelante sus asientos, guiado por los acomodadores. El telón nos distanciaba del olimpo donde soportes, instrumentos y partituras galopaban entre el murmullo de los presentes. Una voz profunda anunció el inicio del concierto. El silencio provocó escalofríos. Se descorrió la cortina. El director adelantó las pisadas con su impecable frac. Aplausos respetuosos lo recibieron. Tomó la batuta presa en el atril. Se dirigió al primer violín. El sonido incomparable de la orquesta afinando nos estremeció. De repente, la luz purificada se estableció sobre un Steinway & Sons de mil ochocientos sesenta y seis que fulguraba como nuevo. Ovación. Delirio. Quince pasos. Wolfang Huberr Prieto se sentó en la banqueta, sus dedos larguísimos iniciaron los acordes. El pasado se evaporó. Un tiempo nuevo se avecina, sentí. Recosté la cabeza en el pecho de Carlos Felipe, cerré los ojos y me dejé hechizar por la emoción. El viejo Roland, el bisabuelo de Wolfang, sonreía colgado de la luna.

Ha pasado tanto tiempo que Tchaikovsky se hace corto para repasarlo. Las manos del joven hijo de Gerard se mueven sobre el teclado, parsimoniosas a veces,

pasionales otras. Es un muchacho alto, tiene el cabello claro y los ojos verde agudo de sus ancestros, la tez es de un tono marrón pálido, la huella del paso huracanado de Florita por su sangre se advierte en unos labios sensuales y gruesos como dos esponjas apareándose en la arista de las olas. A diferencia de Hansel, su educación fue estricta y los resultados asaltan los oídos. Sonrío. ¿Quién lo hubiera dicho? El rigor y la disciplina lo llevaron a convertirse en un niño prodigio, con una musicalidad deslumbrante, y en un adolescente sin parangón. Obtuvo las mejores calificaciones en las materias extramusicales, y un grado de excelencia en el instrumento, que lo llevó a viajar buena parte del mundo con un triunfo tras otro y la aclamación unánime de la crítica más exigente. Gerard, Florita y Micaela tuvieron su papel, pues el ingreso, prácticamente completo, que se derivaba de las presentaciones de la Orquesta Típica Saltimbanqui de Berlín fue para sufragar los estudios, aunque no lograron incorporarlo al conjunto. Esa pequeña pincelada fue pasada por alto cuando los profesores de la academia les propusieron que dejaran a Wolfang en sus manos, y les devolverían un tesoro.

El segundo movimiento se proyecta en mis recuerdos con un motivo arrasador, subyugante. Cuando Wolfang era un bebé, Gerard nos pidió que fuéramos los padrinos, y aparte de una duda pasajera de Micaela por el color de nuestra piel, el bautizo se efectuó en una iglesia al costado de la bahía también con muy poca concurrencia. Por ese tiempo ya Carlos Felipe había vendido el bufete después de no cobrar un caso en meses.

El tercer movimiento me sacude. El fervor de la ovación final es infinito, Wolfang saluda al primer violín y se estrecha con el director en un cálido apretón de

espíritus. Entonces, retraído ante aquel aplauso interminable, Gerard Huberr efectúa una salida a escena con el organillo al hombro y lo entrega a su hijo con una genuflexión, intentando disimular las lágrimas de orgullo.

Nadie sabía, excepto nosotros, la metáfora que aquello significaba. Wolfang se acercó a proscenio con el aparato, desplegó los soportes de madera, colocó el organillo sobre el pedestal, y con sincera solemnidad hizo girar la manija dejando escapar la tonada alemana, embrujando al auditorio; mientras su padre, complacido, batía palmas en la retaguardia. Nadie supo de dónde salió ni por qué estaba allí, pero siguiendo el cono de luz, un pajarillo trémulo, de pechera roja, atravesó las candilejas y se posó sobre el chirriante artilugio, observando a los presentes, volteando la cabecita de lado a lado y de arriba abajo: Tic, tic.

–¡El petirrojo, Gertrudis! –exclamó Carlos Felipe ajustándose los lentes.

–¡Espanten a ese pajarraco! –berreó Micaela irritada.

–Mamá, ¿de dónde vino esa avecilla? –reclamó Gretel Ofelia.

–De la inmensidad hija, de la inmensidad –respondí cuando el cortinón besaba el tabloncillo.

Después de un brindis en el camerino, donde la champaña repletó hasta los lavabos, volvimos a casa agotados por las emociones de la noche.

–¡Qué concierto, madre mía, qué concierto! Jamás vimos algo igual –soltó Carlos Felipe desde lo profundo, quitándose el saco camino a la recámara.

Lo miré de soslayo. Había encanecido y adelgazado, pero conservaba la hidalguía, todavía se podía decir que era un hombre guapo.

–Hansel no escuchó nada, se la pasó cuchicheando con su amiguito –Gretel Ofelia, celosa, intentaba transmitirnos el estado de zozobra constante en el que nadaba.

–¡A ti qué te importa, pasmada mosca de cocina! –Hansel se exasperaba por cualquier tontería y rivalizaba con su hermana en el afecto y la atención que reclamaba sólo para sí. La sobreprotección a causa de la enfermedad le sacudió el carácter, y aunque ya los efectos de la antigua dolencia eran imperceptibles, su conducta se convirtió en algo más próximo a una mariposa iracunda que a un águila sensitiva.

–¡Es increíble que no prestaras la atención debida a la ejecución impecable del primo Wolfang! Él tocará en Nueva York y tú continuarás bajando tus calificaciones, bruto –Gretel Ofelia llamaba primo al hijo del berlinés.

–¡Mamá, haz callar a este insecto o lo aplastaré sin piedad!

–¡A mí no me calla nadie, y menos un afeminado como tú!

–¡Fea, constipada, patética, chismosa, te quedarás solterona! –el tono de Hansel se elevó hasta la histeria.

–¡Basta ya! ¡Cada uno a su cuarto! –lo dije tan alto que mi voz se quebró. Ambos se amordazaron y partieron malgeniosos a sus respectivas habitaciones.

Dos frases me mantuvieron en vilo toda la madrugada. Afeminado, la primera. Era cierto que Hansel no se comportaba tan viril como los muchachos de las Universidad. No le atraían las jóvenes y encantadoras muchachas que pululaban a su alrededor como zombis, su belleza casi perfecta lo acercaba a la feminidad, y los modales afectados no me pasaban por alto, pero pensé que con deportes y sudor

esto se superaría luego. Algo estaba ocurriendo ante mis ojos y yo, alucinada, no lo quería ver.

Nueva York, la segunda.

Gretel, lentamente, dejó de escribirme. Las cartas se hicieron estrechas, a veces un poema o un dibujo donde se delineaba a sí misma con ojos saltones, el pelo encrespado y unas uñas kilométricas que le cercaban el cuerpo. Sabía de ella por los numerosos libros y por los periódicos que buscaban cualquier motivo para hablar de su obra y sus escándalos. Gretel Weinsenfreund era una celebridad de las letras y la sociedad norteamericana. De la zona decadente la salvaban su poesía desgarradora, los ensayos viscerales, y la magnífica prosa. Lo que la estaba arruinando eran las borracheras, los profusos amantes, el incontrolable comportamiento público. Parecía haber enloquecido. En las instantáneas se le notaban más años de los que en realidad tenía. Aunque conservaba su belleza y la espigada silueta, los ojos se le marchitaron, un sinfín de arrugas le asaltó el cuello y el borde de los párpados. Se comentaba que desatendía a su hija, y que la madre se sostenía con un pequeño estipendio que le proveía el seguro social. Se había convertido en una mujer muy rica que dilapidaba su fortuna. Las fiestas orgiásticas y la adicción a las drogas la habían mal situado, pero siempre que se anunciaba su derrumbe aparecía un nuevo libro más contundente, más atrevido y destacado, imprescindible, poesía o novela. Vivía en Huntington, Long Island, en una mansión cerca del mar que, según reseñaban los libelos, le costó más de medio millón de dólares. ¿Tendría salvación? Eso lo podría constatar con el viaje de Wolfang a Nueva York, pero tenía que encontrar las palabras

adecuadas para esa conversación, no debían revelarse secretos celosamente guardados.

El asunto de las preferencias sexuales de Hansel valía un compás.

También Gretel Ofelia me preocupaba. Era evidente que estaba loca por Wolfang y que él no le prestaba la mínima atención. Estos Huberr ejercen una seducción especial en nuestras vidas, pensé, y me dormí en el butacón, cerca de las estrellas.

Para la despedida del hijo de Gerard cociné mariscos y dulce de coco por la vieja receta de Eulalia. En medio de la comelata, vigilada por Gretel Ofelia, que no le perdía pie ni pisada, logré hacer un aparte con Wolfang.

–La siento intranquila, madrina, ¿hay algo que deba saber antes de viajar mañana?

–Mira, ahijado, el cuento es largo, pero intentaré reducirlo a lo esencial.

–Soy todo oídos.

–¿Has escuchado hablar de Gretel Weinsenfreund?

–¿La escritora norteamericana? –Wolfang puso cara de asombro.

–La misma –respondí resignada. Gretel era norteamericana para el mundo, no venía al caso darle marcha atrás a eso, al menos por ahora.

–Ella fue una gran amiga mía –el rostro de Wolfang se transfiguró, no hizo preguntas–. No tengo sus señas, pero es seguro que cuando lea los anuncios de tu presentación estará en el teatro.

–¿Ese gran personaje asistiendo a un concierto mío?

–En ese país todo es posible, tu apellido la conducirá a ti.

–¿Mi apellido? –estaba logrando confundir al muchacho.

–Es una historia larga, muy antigua, imposible de explicar en minutos. Cuando se produzca el encuentro no debes hablar de nosotros, no nos has visto, no tienes la más remota idea de dónde estamos ahora.

–¿Me está pidiendo que mienta?

– Exactamente, nos vamos entendiendo, tendremos tiempo para razonar sobre el tema –le di un beso, la bendición, y me encaminé al encuentro de los demás, dejándolo inmerso en una ciénaga de elucubraciones.

CAPÍTULO DIEZ

Wolfang abordó un avión de la TWA hacia Nueva York dejando a Gretel Ofelia desconsolada. Ella esperaba que antes de marcharse, el muchacho le diera alguna esperanza, una palabra, una mirada tierna. Nada ocurrió. Por eso no lo acompañó al aeropuerto junto a Gerard, Florita y Micaela, que fue sustituida en su papel de representante artístico por un americano listo nombrado Jason Cohen, quien percibió en Wolfang una mina de diamantes. Lo llevó a la conquista del mundo, y logró para él jugosos contratos y plazas importantes donde presentarse. Míster Cohen, por ser judío, tenía contactos con la élite del mundo de los conciertos. Los hebreos eran tras bambalinas, dueños y señores del universo artístico y empresarial estadounidense. No lo sabía antes, ahora si.

"A los judíos nos lo quisieron quitar todo, por eso lo compramos todo dos veces", solía decir, haciéndole un flaco favor a su gente y su propia reputación.

El inminente plan de Cohen después de hacer girar a Wolfang por Europa, (París, Roma, Londres, Viena, Berlín...), era presentarlo en un circuito de conciertos que lo llevaría desde New York hasta San Francisco, pasando por Boston, Washington, Filadelfia, Chicago y Los Ángeles. Saltaría luego a Canadá (Montreal, Toronto, Ottawa) para intentar después la conquista de Asia y América Latina. El siguiente paso no podía ser más arriesgado: Carnegie Hall, la prestigiosa sala newyorkina de conciertos. Míster Cohen había comprado para Wolfang, por una suma considerable, el Steinway & Sons heredado de su bisabuelo y el piano viajaba por barco, semanas antes de cualquier presentación del joven. Con sus contactos en la

Gran Manzana le preparó entrevistas en la radio, la televisión, la prensa plana, en importantes publicaciones del medio musical, así como cocteles de agasajo, reuniones con empresarios discográficos y el imponente cosmos de la noche norteamericana. A Wolfang, lo que no tuviera que ver con la música clásica y sus intelectuales aristas le fastidiaba, pero Cohen insistía.

–No basta con ser un genio, hay que hacérselo saber a todos.

Una madrugada en que el músico se aburría entre el tumulto que consumía vino blanco, como quien se traga un río con salmones incluidos, sucedió lo inevitable.

–Mañana en la noche tendremos una fiesta que ofrecerá en tu honor la eminente escritora Gretel Weinsenfreund –le dijo Cohen emocionado.

Esa misma madrugada recibí una llamada telefónica. Además de que la operadora del hotel Waldorf Astoria me habló en inglés, la comunicación tenía mucho ruido, pero distinguí el nombre de Wolfang entre la barahúnda electroestática.

–¡Madrina! –sonaba ansioso.

–¡Hola, querido ahijado!

–¡Será mañana!

–¿Qué será mañana?

–El encuentro con la señora Weinsenfreund –quedé paralizada.

–El concierto no es mañana, ¿o sí?

–¡Ella va a dar una fiesta en mi honor!

–¿Quéeeeeeeeeeeeeee?

–Como lo oye –Wolfang sonaba intranquilo, la voz era otra.

–Lo sabía, lo sabía. Escucha, ahijado, tú tienes que ser mis ojos y oídos en esa fiesta: graba cada pormenor y hazte las fotos que puedas con ella. A tu vuelta me contarás todo como si narraras una película.

–De acuerdo, así será.

–Recuerda lo que te dije, no sabes nada de nosotros. Es importante, ¿está bien?

–No lo he olvidado, despreocúpese.

–¡Un abrazo grande, Wolfang, mucha suerte, querido niño!

–¡Un beso para usted, madrina! –se cortó la comunicación.

“Wolfang necesitará al petirrojo, ¿por dónde andará la venturosa avecilla?” Salí corriendo a buscar a Carlos Felipe.

CAPÍTULO ONCE

La mansión de Gretel era un palacio sevillano con techo a dos aguas y tejas color marrón, una piscina enorme semicubierta por toldos de rayas verdes y blancas, con paredes forradas de hiedra y senderos interminables rodeados de pinos menudos e iluminados por antorchas la bordeaban. Los pasillos eran rematados por inmensos arcos de donde brotaban finas cascadas de un líquido coloreado en tonos pardos. Unos cuarenta coches lujosos copaban el estacionamiento, y decenas de sirvientes, ujieres y guardias de seguridad daban cuenta de la suntuosidad del evento. Lejos, bucólico, el mar ronroneaba semidormido.

Un trío de jazz improvisaba sobre el preludio número cuatro en mi menor de Chopin. El manager judío mostraba al muchacho como cuando se anuncia en una feria a un toro de dos cabezas, al masticavidrios o a un escupefuego. Cohen los conocía a todos, y Wolfang, apenas a alguna celebridad cinematográfica que se contorsionaba despampanante con un trago en la mano y en la otra un cigarrillo en una exagerada boquilla o un habano. Después de una triunfal ronda de presentaciones, Wolfang pidió jugo de manzanas ante la incrédula cara del camarero y se recostó cerca del ventanal desde donde se divisaba la piscina y más allá el Atlántico. Una hermosa muchacha, sencillamente vestida, se le acercó y en perfecto español musitó:

–Señor Wolfang, se nota que usted no pertenece a esta camarilla, ¿qué hace aquí entonces?

–Relacionándome, señorita –Wolfang notó que la joven tenía los ojos azules como dos cuentas marinas.

–Estas relaciones no le aportarán nada –insistió ella.

–Quedo de acuerdo con usted, pero mi agente, míster Cohen, no piensa lo mismo –puso cara de fastidio–. Es una casa perfecta –Wolfang no deseaba que la conversación terminara e intentaba encaminarla por zonas más baladíes.

–¡Es horrorosa, la sublimación del mal gusto! –replicó ardorosa–. Mire las lámparas y los cojines y los relojes, especialmente aquel, el de pie.

–Mirándolo con sus ojos, es cierto, sólo quise ser amable, no soy un participante más, es una fiesta en mi honor –repuso Wolfang vanidoso y seducido.

–¿No consume alcohol ni drogas?, ¿no fuma? –la muchacha se percató del jugo de manzanas y la ausencia de humo a su alrededor.

–Lamentablemente no, dadas las circunstancias.

–¡Pues atrinchérese, verá usted una expansión del ocaso inolvidable! –dio una vuelta para excluirse.

–Señorita, usted sabe mi nombre, pero yo desconozco el suyo.

–¡Ah! Es cierto, Gertrudis Rosaura Weinsenfreund. Aquello que desciende la escalera es mi madre, no se la pierda, es fascinante –ironía y hiel le destilaban la sonrisa, y se alejó para acariciar a una anciana que sentada en un rincón semejaba un mueble de madera barata con un chal de lana gris sobre los hombros.

La mismísima Gretel bajó por la escalera de mármol con la altivez de una reina. Un turbante blanco bordado con piedras coronaba la cabeza y una túnica envolvía su cuerpo todavía bien formado. En una mano el martini amenazaba

derramarse, y en la otra un pliego doblado. Sorpresivamente, ante el asombro de todos, entonó Hativka, El Himno Nacional Israelí. El ambiente se caldeó con la aparición y los invitados irrumpieron en una dramática ovación, más propia del fin de una representación teatral, que de una bienvenida.

–Tranquilos, tranquilos, queridos amigos –pronunció en español, con la dicción escogida–. Hablaré en castellano porque la fiesta es en honor a un isleño hispanoparlante. –Gretel se tambaleaba con elegancia, aunque no lograba disimular los estragos que el alcohol ingerido le producía–. He escrito para la ocasión un sincero poema de recibimiento al gran pianista que nos honra con su visita –acto seguido, con mirada miope, preguntó–. ¿Dónde está el invitado? –y registró con dificultad el salón.

–Is here, Mom! –exclamó Gertrudis Rosaura señalándolo burlona.

–Here, lady! –vociferó Mr. Cohen satisfecho, y arrastró a Wolfang hasta colocarlo frente a la anfitriona.

–Welcome, little boy! –los invitados aplaudieron nuevamente, pero con menos efusividad.

Gretel le ofreció el martini a su compinche, el escritor Gore Vidal, luego desdobló el papel y recitó:

A WOLFANG, QUE SABE DEMASIADO

El recuerdo revive amaneceres,
una ama a la victima y de largo
pasa aterrada, brumosa, ya perruna,
aspirando escurrirse en el letargo.

Apellidos lejanos me regresan
al dibujo inicial estupefacta,
el rasgo es ilegible pero agita
peligroso los símbolos, las dudas.

Un piano entrometido y pretencioso.
La arena descalzándose en la duna.
Harina se hace el río, se desvirga.
El costal se rellena peligroso.

No ceder ante el duende malicioso,
la página final no desayuna.

Una aclamación remató la lectura, mientras Gretel se dirigía hacia Wolfang tomándolo del brazo y conduciéndolo hasta donde Tía Rosaura y la joven Gertrudis Rosaura, aguardaban el desenlace de la emocionada y singular actuación.

–Luego dicen que no las amo –le presentó a las dos, hija y madre, sin tiempo para más, pues un torbellino de personas la arrastró hacia la piscina. Volteándose le susurró:

–No te puedes ir sin que hablemos, príncipe –y desapareció entre la algarada.

Wolfang se sentó junto a Rosaura, quien le tomó las manos con ternura.

–Cuéntame de tu padre –Gertrudis Rosaura los contemplaba enternecida.

El joven le contó de Huberr, de Florita, de la Orquesta Típica Saltimbanqui de Berlín, de su próspera y nueva vida, del Steinway & Sons y su recuperación. Evadió con habilidad cualquier interrogante que delatara los estrechos vínculos con nosotros.

– ¿No los conoces? –lo incitaba dudosa una Rosaura muy avejentada y ligeramente ida.

–Sí, alguna vez los vi, de eso hace mucho tiempo y no tengo contacto con ellos.

–¿Huberr tampoco los ve?

–No sé, señora, no sé.

–Abuela Rosaura, tus pesquisas serán en vano. El Señor Wolfang sólo toca el piano, exigirle respuestas lo perturba –Gertrudis Rosaura le extendió otro vaso de jugo de manzanas, salvándolo provisionalmente del suave interrogatorio.

–Todavía te falta el de mamá, y de ese no será tan fácil escapar ileso.

Durante la fiesta, los jóvenes no se separaron. Wolfang se espantaba al ver a todas esas personalidades, sacralizadas por su talento o por los medios, convertidas en marionetas agitadas por el alcohol y la cocaína. Cole Porter aporreaba el piano en una versión de You´are the top que duró media hora. Rosemary Clooney cantaba en la piscina I´ll be seeing you, acompañada por una gran banda. Truman Capote y Tennessee Williams piropeaban a los mozos que, bandeja en alto, repartían el whiskey, y hasta se permitían pellizcarles los glúteos cuando los atolondrados muchachos les daban la espalda. Ava Gardner se lanzó a la piscina vestida, mientras Sinatra bebía un Jack Daniels detrás de otro.

–This is the real world, every other thing is pure imagination, my friend –decía Gertrudis Rosaura.

Sólo Gretel se mantenía con cierta sobriedad, y eso era un riesgo, presentía Wolfang.

Mr. Cohen se acercó agitado.

–Querido genio –Wolfang se exasperaba cuando lo llamaba así–, la señora Weinsenfreund te solicita en el cuarto de la derecha, subiendo las escaleras.

–Es el cuarto de los castigos –Gertrudis Rosaura se puso nerviosa–. Más vale que acudas sin demora, porque si no, empezará a llamarte por todas las ventanas. Yo no te puedo acompañar, esperaré en la arena cerca del muelle.

–¿Y Rosaura? –preguntó preocupado el hijo de Gerard.

–A la abuela nada más la invitaron para exhibirla, hace horas que está durmiendo en casa. Ve, sabrás como arreglártelas, mamá no es infalible –le dio la espalda y se retiró hacia el atracadero.

–¡Eres la mujer más bella del mundo! –quiso decirle Wolfang, pero se contuvo.

CAPÍTULO DOCE

Gretel estaba de pie como una esfinge, apoyada en un colosal butacón tapizado en tonos radiantes. La habitación era relativamente pequeña y abigarrada de candelabros, cuadros de reconocidos pintores y retratos de la escritora. Había una bellísima foto retocada a color que resplandecía, iluminada por una luz cenital. Eran dos niñas agarradas de la mano mirando a cámara, risueñas, con unas cofias de margaritas en el cabello. Comenzó a pasearse en silencio, lenta primero. Pronto giraba alrededor del butacón, encendiendo un cigarrillo tras otro, y sin apenas inhalar, lo aplastaba con furia en un cenicero de plata mexicana. Estaba descosiendo sus demonios antes del abordaje final. Wolfang, como un valiente navío, aguardaba con la batería de babor lista para el combate.

–Míster Cohen me ha dicho que quería usted hablarme a solas –primer tiro, un DO escapó del imaginario piano.

–Cuéntame de tu padre, de niña estaba enamorada de él, tenía un cuerpo prodigioso. ¿Lo conserva? –se sentó, ahora fue el RE el que saltó, enredándose en el encordado.

Wolfang le describió con pormenores la vida de Huberr, de Florita y la suya propia en el conservatorio, pero eludió sutilmente el tema del cuerpo de Gerard.

–¿Y el organillo? –preguntó ella inofensiva –un SI agudo y límpido resbaló hasta sentarse en los pedales.

–Mi padre me lo regaló en el inicio de una tournée de conciertos, lo conservo como una prenda de familia –un FA grave trinó bajito.

Gretel, observándolo inquisitiva, lanzó los garfios.

–Tú debes traer instrucciones precisas. Conozco a Gertrudis. Ella era consciente de que yo seguiría el rastro de tu apellido y te aleccionó para que me dijeras que no los ves, que casi no los conoces, que hace mucho no se frecuentan, que no te ha hablado de mí y tra la la, tra la la –y movió los brazos–. Pero olvidarás eso y al detalle me describirás cómo está, cómo vive, cómo están sus hijos, cómo le va a Carlos Felipe, qué tan bien está Ofelia –un acorde en MI MENOR puso a temblar el recinto. La Señora Weinsenfreund alargó un brazo, tomó una botella de vodka y se empinó del pico como una tabernera caucásica. Se escuchó un GLISANDO en SI.

–Bébete el tiempo, muchacho, yo también soy muy estricta en eso de las fidelidades y puedo entender que estés confundido, Gertrudis es muy persuasiva, aunque yo me he desarrollado mucho. Mira a tu alrededor y lo comprobarás. Esas fieras allá afuera me convirtieron en lo que soy –a Wolfang se le hacía difícil sostenerle la mirada, en un esfuerzo sobrehumano enfiló sus pupilas y las estrelló contra las suyas.

–Hace años, señora Weinsenfreund, según me contó mi padre, había un pueblo encantado donde convivían las dos mejores y más bellas amigas del país. Una enfermó y marchó al extranjero dejando a la otra en un desconsuelo del que no se recuperó. Luego partió a la Capital con la madre y el esposo sin dejar rastros –se acercaba la CODA, decidido hizo una pausa.

–¿Y? –un CLÚSTER desparramado emuló un ventarrón, Gretel se empinó la botella nuevamente. Un hilo de vodka rodó por las comisuras de sus labios deformándole la boca.

–Nada más –un SOL MAYOR se asió a las cortinas.

–¿Nada más? –el LA BEMOL retumbó y los mástiles resistieron el impacto del mortífero proyectil.

–¡Mentiroso! –la botella fue arrojada contra la foto de las niñas, el frasco se deshizo, el retrato ni se inmutó–. ¡Vete, vete de mi casa, embustero, no quiero verte más en mi puta vida, ya me lo suponía!

–Es su decisión –Wolfang, erguido, se dirigió a la puerta. Tuvo unos breves segundos para voltear y verla como se arrancaba el turbante y caía al piso sollozando. Una bola de pelo blanco, grueso como lana virgen, raspaba el suelo. El MI MAYOR cimbró la casa. Wolfang desanduvo los escalones, corrió hasta donde el auto lo aguardaba y le indicó al chofer:

–¡Al hotel, a toda máquina, huyamos de esta mierda!

Desde la oscuridad del asiento trasero una voz saltó.

–No te fue bien, lo sabía. Mi madre no es precisamente una caja de sorpresas –Gertrudis Rosaura le sonrió tiernamente, diluyendo la sordidez del instante.

Una vez en el hotel, Wolfang no sabía si invitarla a quedarse. Era un muchacho tímido que vencía su poquedad solo frente a un piano. Pero ella avanzó, despidió resuelta al chofer, y asiéndolo del brazo le dijo:

–Me merezco un trago. ¿Sería mejor en tu habitación?

–Encantado –contestó él con un SI MAYOR concluyente.

La suite del Waldorf Astoria era espaciosa, aunque a ellos les bastaba con un metro. Gertrudis Rosaura lo besó en los labios con frenesí al trasponer el umbral de la estancia, la respuesta de él no se hizo esperar. Sus manos la apretaron hacia sí

mientras ella retenía su cabello. Diestro la desnudó para descubrir el cuerpo perfecto que sin recato se exponía ante sus ojos. La muchacha se descalzó apoyada en la pared, él hacía lo mismo con la camisa, el cinto y los zapatos. El apetito se contuvo por minutos, el pulso se desanudó. Allí estaban los senos empinados, la estrecha cintura, los muslos torneados, la feminidad diseminada, el ombligo temblando de lujuria, un intermitente para espolear el deseo..., y el nervudo torso, los hombros anchos, la pelvis estrecha, el imponente miembro venoso, la virilidad desamarrada, el ombligo vibrando de sensualidad, una granada a punto de la desfloración. Gertrudis Rosaura fue cargada por las nalgas, las piernas en alto, el sexo abierto y palpitante. El joven la penetró con desobediencia, y juntos repasaron los jadeos, los ecos de la lujuria, el erotismo compartido. Sin una palabra culminaron cuando los dientes de la muchacha mordían los músculos del cuello de Wolfang. Se lanzaron a la cama, la boca de Gertrudis Rosaura buscó el miembro erecto del pianista. Se detuvo en la extremidad del pene mientras las manos acariciaban el escroto, cuando la piel estuvo lo suficientemente tersa, se abalanzó sobre él encajándose voluptuosa, iniciando la danza del furor, la plenitud de la violencia. Con el estremecimiento final ambos arquearon sus cinturas en el cenit del placer.

–Nunca tuve algo como esto –clamó la joven.

–Jamás tendré algo así –suspiró él arrimando los ojos.

Lo hicieron tantas veces y con tal fuerza que el sol, condescendiente, demoró su aparición. Al amanecer, desnudos, sudorosos, exhaustos, se asomaron al mirador. Los árboles de Park Avenue perfilaban su silueta. Cercano, un petirrojo satisfecho de la faena se mecía gustoso cabalgando el aire.

Las horas previas al concierto fueron dichosas, aunque Míster Cohen no parecía entusiasmado con el romance que a todas luces se iniciaba. Wolfang quería estar con Gertrudis Rosaura y ella no se separaba de él un segundo. Charlaron, se acariciaron y besaron sin reparo en cualquier sitio, en los ensayos, en las cenas, en los desayunos. La joven se mudó a la suite del hotel.

–Después del concierto se lo diremos a abuela Rosaura, a abuela Marion y al abuelo.

– ¿Cómo reaccionarán?

–Estarán encantados, ni Rosaura, ni los otros abuelos son como mamá, con ella tengo planes especiales.

El concierto fue exitoso. Wolfang logró la concentración necesaria, y míster Cohen pensó que la muchacha no era un inconveniente, más bien la solución a los escollos que podrían presentarse.

Inmediatamente, con el último ¡bravo!, la pareja emprendió viaje a la casa que Rosaura y su nieta compartían con Marion y el doctor Weinsenfreund. Los tres eran unos ancianos venerables. Vivían en Jerichó, también en Long Island. Rosaura, con su humildad isleña y provinciana, ocupaba el cuarto destinado a la servidumbre, Gertrudis Rosaura era la verdadera soberana de la casa, vivía a su libre albedrío con la mesada que le destinaba su madre y los fondos de ahorro de los abuelos paternos. Se había graduado de contabilidad, pero ningún empleo la satisfacía. Cuando arribaron, la puesta de sol era una certeza. Los abuelos esperaban ansiosos su regreso de la mano del joven pianista de quien con tanto entusiasmo hablaban los diarios.

–Abuelos, les presento a Wolfang Huberr Prieto, mi prometido –lo dijo en español. Marion y el doctor Weinsenfreund no entendieron una palabra, pero sólo con catar el brillo en los ojos de la nieta lo comprendieron todo. Wolfang tuvo un ataque de laringitis momentáneo, no estaba preparado para la noticia que lo hizo sentir feliz toda la velada.

–Tengo que llamar a mis padres antes de que míster Cohen lo sepa, lo dirá a los medios, y quiero que mamá y papá se enteren por mí.

–¿Cuándo es el regreso a casa?

–El sábado que viene.

–¡Entonces se lo comunicaremos juntos!

–¡Qué! –a Wolfang lo sorprendía el arrojo de su prometida.

–¿No quieres que vaya contigo? –puso cara de niña malcriada.

–Sí, sí, seguro, es que eres tan loca –y estallaron en risas.

CAPÍTULO TRECE

La terminal aérea estaba semivacía a las seis de la mañana cuando el DC-3 de Pan American se posó en la pista de aterrizaje. En la terraza del aeropuerto, Gerard, Florita, Micaela, Carlos Felipe, Hansel, Gretel Ofelia y yo, con el corazón en un puño, aguardábamos la llegada del genio de la familia. El primero en bajar de la nave fue míster Cohen, que haciendo una ampulosa inclinación saludó a los presentes. Detrás apareció Wolfang, radiante, tomando de la mano a una bellísima criatura a quien ayudaba a descender con elegancia. Las interrogantes inundaron la pista.

–¿Quién es esa? –Micaela hablaba tan alto que el rugido de los motores del avión perdiendo fuerzas resultaba, apenas, el canto de un grillo.

–¡Se trajo una novia! –Florita agitaba sus alitas cortas como un murciélago.

–Lo sabía, te lo dije –Hansel emplazó a su hermana sin tapujos. Gretel Ofelia se excluyó, humillada.

–Es preciosa –exclamó Carlos Felipe.

Gerard y yo nos miramos y nos lo dijimos todo, la muchacha era el vivo reflejo de Gretel.

–Tendremos problemas, señora Gertrudis.

–Hay que asegurarse, Gerard, no nos apresuremos –dije intentando aliviar el impacto que aquella imagen reconocida nos provocó.

–Tendremos problemas, señora Gertrudis, tendremos problemas –Huberr prosiguió con la letanía.

Corrimos escaleras abajo, y mientras míster Cohen se ocupaba del equipaje, emergió ante nuestros ojos la agraciada pareja.

–Mamá, Papá, abuela Micaela, padrinos, primo Hansel, les presento a mi novia, Gertrudis Rosaura Weinsenfreund.

En el trayecto del aeropuerto al hotel (míster Cohen había reservado una suite en el Hotel Intercontinental para la pareja) mostramos una locuacidad mayor que la habitual, Gertrudis Rosaura nos observaba muy atenta, no quería perderse una palabra, aunque le costaba seguir el español nuestro a la velocidad que lo hablamos. Decidimos que la primera parada sería en nuestra casa por si la hija de Gretel resolvía hacer preguntas anticipadas e indiscretas. Mi propósito era mantenerla bajo control porque, aunque todos estaban al tanto y advertidos, podía cometerse alguna imprudencia.

Durante el recibimiento tuve una extensa conversación con mi ahijado. Me contó con pelos y señales toda la historia de Nueva York, que fue como estar viviéndola.

Gretel Ofelia se mantuvo encerrada en la habitación, seguía enamorada del hijo del berlinés y la presencia de la americana la hizo perder toda esperanza. Jamás podría emular con su hermosura y modales, y se incrustó la congoja hasta donde paraliza. Llegó hasta pensar en la manera más llamativa y espectacular de quitarse la vida.

Hansel llamó por teléfono y concertó una cita con quién sabe quién, hablaba en voz muy baja y su hermana no rondaba por ahí para contármelo.

Comencé a servir las bebidas, mis nervios se descontrolaban.

Gerard, Florita, Micaela y Carlos Felipe estaban absortos con los cuentos de Wolfang y el venturoso encuentro con su novia.

–¡¿Qué maravilla conocerla Gertrudis?!, yo me llamo así por usted, mi madre me ha hablado tanto de vuestra amistad –soltó la alegre muchacha.

–Sí, fuimos muy amigas, casi indivisibles –la voz se me removió.

–Abuela Rosaura llora mucho cuando llega una carta de Ofelia. ¿Su madre, no?

–Sí –un vaso de vino se estrelló contra el suelo, las manos temblorosas me hicieron perder el control.

–¿Cómo se encuentra ella?

–Bien, en el pueblo –dije, recogiendo los vidrios esparcidos debajo de la mesa y haciéndome la distraída. El cuestionario tenía que terminar, un sudor frío me perlaba el escote.

–¿Podré conocerla? Pienso visitar el pueblo.

Lo último que vi antes de desmayarme fueron los ojos desorbitados de un monumental petirrojo.

Cuando desperté todos se habían marchado. Wolfang y Gertrudis Rosaura fueron al hotel, y Gerard y la trombonista a su morada junto al mar. Micaela tomó su rumbo desconocido de las madrugadas, y Carlos Felipe permanecía a mi lado acariciándome la frente junto al doctor González, que había sido llamado con urgencia.

–¿Qué pasó, Doctor?

–Sufrió una especie de colapso nervioso –contestó González sin darle mucha importancia–, debe alejarse de situaciones que le produzcan tensión. Tenga un día tranquilo, señora Gertrudis.

–Lo acompaño, doctor –dijo Carlos Felipe.

Un repaso detuvo los eventos que me alteraban. Yo soy una mujer fuerte, antes lo era mucho más. ¿Qué dislocó mi fortaleza? ¿La llegada sorpresiva de una niña investigadora? ¿Gretel Ofelia con su llanto inconsolable por Wolfang y amenazando con suicidarse? ¿Hansel y su fascinación por los varones? ¿Mi marido que llegaba tarde destilando ron hasta por las pantorrillas? ¿Las historias sobre Gretel que el hijo del berlinés me contó? ¿Rosaura? Arribé, tras muchas horas de angustia, hurgando en el lado más primitivo de los acontecimientos, a las siguientes conclusiones:

1. Rosaura está bien. Aunque gimotee con cada carta, la correspondencia permanente con "Ofelia" la ha mantenido estable. He de insistir en que nunca se entere del engaño.
2. Carlos Felipe es un hombre noble, honrado y trabajador. Unos tragos de más no han hecho mella en su conducta, por lo tanto, hay que relegar el asunto etílico a un plano intermedio, aunque tampoco debo descuidarme.
3. Lo de Gretel Ofelia es una perreta que se le ha de pasar, o no, pero no lo puedo controlar. Las desilusiones del amor forman parte indisoluble del amor mismo, son el complemento. Conociendo su carácter, no se quitará la vida ni por cien pianistas que la empujaran a un abismo.
4. Las historias sobre Gretel jamás enturbiarán el cariño que por ella conservo intacto. ¡Qué caray!, estaba loca por saber.

5. La niña detective no me va a quitar el sueño. La manejaré a mi antojo. Sabrá lo que tenga que saber.
6. Si a Hansel le gustan los varones, ¡eso no es una epidemia! Su padre, eso sí, permanecerá al margen. Mejor evitar disgustos e incomprensiones.

A la mañana siguiente, ya despejada y con cada asunto puesto en la justa perspectiva, me incorporé, y al salir al comedor encontré a Carlos Felipe pálido, con el diario en la mano y recostado a la pared.

–Mira esto, Gertrudis.

Una fotografía explícita concluía un titular que rezaba:

ASESINADO A BALAZOS EL SENADOR DON ALFREDO PALACIOS, CANDIDATO A LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA.

Y en caracteres menos sobresalientes:

Su señora esposa, Juana Inés Atigorrieta, también fue víctima de la siniestra masacre. El móvil parece ser político.

Se me heló la respiración. Lo terrible estaba por venir, un poco más abajo decía:

Detenidos en la madrugada los sospechosos.

Llevé la mano a la boca para comprimir el grito cuando reconocí entre los presuntos implicados a Micaela y Pedro, los padres de Florita, mirando a cámara desafiantes.

El teléfono sonó. Trepidaba sobre la mesita auxiliar donde se hallaba. Daba la impresión que giraba como un perro que pretende morderse la cola. Era míster Cohen. Carlos Felipe contestó la llamada. Sudaba copiosamente.

–Señor, en la habitación del hotel ni en casa de los Huberr contestan el teléfono. Tenemos que sacar a Wolfang y la novia del país con urgencia, este incidente puede dar al traste con su carrera. ¿Tiene idea de adónde fueron?

–No, pero en cualquier momento aparecerán, yo soy su abogado, no deben tardar.

– ¡Imagínese Carlos Felipe, Wolfang con abuelos asesinos!

–Son sólo sospechosos. Tenga calma, míster Cohen.

Un tropel de seres indefensos con caras de susto embistió nuestro hogar. Florita lloraba y se veía más pequeñita y desamparada, semejaba una mosca ardiendo en aceite humeante; Wolfang y Gertrudis Rosaura, obnubilados, no encontraban qué decir.

Hansel y Gretel Ofelia no se recuperaban de la impresión, Carlos Felipe pedía calma y yo era un manojo de nervios.

–Mamá no es una asesina, tiene que ser una confusión –lloraba desconsolada Florita.

–¡Menos mal que te encuentro! Aquí están los boletos, el avión sale en cuatro horas ¡Si no partimos de inmediato, será el fin! –dijo alterado míster Cohen a Wolfang

–Yo no me voy a ningún sitio –replicó rotundo mi ahijado.

–Ni yo –Gertrudis Rosaura se sumó a la negativa de su amante.

–¡Lo que nos faltaba! –prorrumpió Hansel.

–¡Cállate! –Gretel Ofelia fulminó al hermano.

–¡Ahora mismo saldremos hacia la estación de policía, no nos podemos permitir un minuto, sus vidas peligran, hay que movilizar a los amigos y colegas!

–advirtió Carlos Felipe tomando el antiguo maletín de trabajo.

–¡Un momento! –Gerard cortó el tenso hilo –. Wolfang y Gertrudis Rosaura se irán ahora, y sin objeciones para los Estados Unidos con míster Cohen –jamás vi tan racional a Gerard.

–¡Papá! –exclamó Wolfang angustiado.

–¡Tienen que hacerlo, hijo! ¡Adelante! Es el destino, los demás nos ocuparemos del resto –Gerard se desarmó, solo yo lo percibí.

–¡De prisa, muchachos! –míster Cohen parecía un barril de manteca.

–No olvides llevar el organillo adonde quiera que vayas, será tu resguardo, tu amuleto. Adiós.

Wolfang y su prometida besaron a Florita, al berlinés y a todos nosotros entre lágrimas, pánico e inseguridades. Saliendo los muchachos, un nuevo repiqueteo del teléfono quebró la sala. Un silbido profundo nos sacudió.

–Es contigo, Hansel –dije recompuesta.

–¿Qué me dices? –el rostro de mi hijo se contrajo, bajando el auricular musitó entrecortado:

–Es Raoul, el amigo mío que trabaja en la morgue. Los cuerpos mutilados de Micaela y Pedro esperan por la identificación familiar. Lo siento mucho, Florita.

El sepelio, al caer la tarde, fue una muestra de desobediencia civil, cientos de compatriotas desafiaron los férreos dispositivos de seguridad policial y acompañaron los ataúdes de Pedro y Micaela en su tránsito final.

Wolfang y Gertrudis Rosaura, en el aire, cruzando el mar, contemplaban estremecidos el atardecer.

CAPÍTULO CATORCE

Amiga del alma:

Mi hija y Wolfang han venido a verme. Tomaron la decisión correcta al anunciarme lo que debí saber antes, aunque aseguran que nunca se casarán. Gertrudis Rosaura me contó de ti, ¡hace tantos años que no tenía noticias directas! Nos ha descrito cómo eres ahora, tu casa, tus hijos, Carlos Felipe, y de la tragedia de los padres de Florita que los trajo de vuelta y con prisa a New York.

Sé que no pudieron ver a Ofelia. Gertrudis Rosaura no estuvo ni cuarenta horas por allá. Cuando se calme la situación pretende volver para conocerla. Mamá no deja de recriminarla por eso.

Paso mucho trabajo para escribir en español sin faltas de ortografía y tengo un ligero acento cuando hablo, aunque ensayo con Rosaura para corregirlo.

¿Por qué instruiste a Wolfang para que no me hablara de ustedes? Todo lo que tengo ahora son las impresiones de mi hija, el joven permanece silente. ¿Querrías levantar la prohibición?

Un beso

Gretel

P.S. Estos son unos versos ingenuos, infantiles, que revuelcan las memorias y el hoy. Los pude haber escrito hace mil años, lo hice ayer.

He extrañado la sombra, el apurillo
del pueblo entero bajo el sol confuso.

El pájaro rojizo y el difunto
ardor del suelo en el tobillo.

La nube, la guayaba, su dulzura
en la boca, el labio y el colmillo.
La lana y el guijarro que supura
la tía, el alemán y los cintillos.

El piano que se impone, el organillo
y la amiga lejana que sutura.

Hansel estuvo preocupado y nervioso por más de un mes. Desertó de la universidad y dormía fuera de casa con frecuencia. Gretel Ofelia se convirtió en espía, y calmaba el frustrado amor por Wolfang persiguiendo al hermano e informándome de sus pasos. Hansel prácticamente vivía con Raoul, el joven de la morgue, un brasileño de ojos café a quien recordaba, vagamente, haber visto en el concierto de mi ahijado. Raoul estudiaba medicina, estaba a punto de graduarse y regresaría a Río de Janeiro a ejercer como patólogo. Hansel se debatía entre compartir su secreto, escapar con él, o dejarlo ir y poner un globo de tristeza al final de una mal disimulada relación. Temía la reacción de su padre, y aunque Carlos Felipe era un hombre tolerante y comprensivo, albergaba la ilusión de un nieto del primogénito. Decidí hablar con él sobre el tema, era un imperativo antes de que a Gretel Ofelia se le soltara la lengua.

Llegó a casa temprano. Lo miré despojarse de su ropa, la vejez se le acercaba a punto de encestarlo. No supe descifrar si se sentía feliz. No se realizó como abogado, jamás permitió que la aflicción lo derribara, tampoco lo oí quejarse. Era un

amante sereno y cálido, su salud era de hierro, sin embargo, ya se notaban síntomas de agotamiento y debilidad en un cuerpo otrora fornido.

Después de la cena, con Gretel Ofelia recostada y Hansel ausente, entre un café y un habano, llegó el momento de hablar de nuestro muchacho:

–Mi amor, hace mucho que tengo algo que comentarte –empecé resbalosa, como una gata.

–Dime –se ajustó los espejuelos.

–Es sobre nuestro hijo –fui sintiéndome fuerte.

–¡Ah! –exclamó indiferente.

–Tú sabes que no es un chico, digamos, normal, y no hablo de las secuelas de su enfermedad, apenas se le notan –me esforzaba en ir despacio.

–¿Hay algo nuevo que deba saber? –impasible se levantó, enfiló hacía mí, tomó con su mano una silla y la acercó hasta que quedamos de frente, chocando nuestras rodillas.

–Sí –fue una afirmación corta, seca, sin reverberaciones baldías.

–Hansel es un adulto –parsimonioso se prolongó–. Es hora de que tome las riendas de su vida, ¿no? Igual que nosotros, ¿qué te preocupa?, ¿su relación con Raoul?

–¡No, no es eso! –comencé a recular.

–Mira, Gertrudis –Carlos Felipe acariciaba el dorso de mi mano–. El bar que frecuento está a cuatro calles de donde vive ese chico. Los he visto despedirse decenas de veces. Cada quien tiene el derecho de escoger su propio camino. No me avergüenzo de él. Al principio, te confieso, sentí incomodidad y lo vigilaba; más tarde

comprendí que no hay nada que hacer cuando en busca de la felicidad se toma un atajo diferente al que predeterminamos. Lo apoyaremos sea como sea, es nuestro hijo, Gertrudis. –Se alzó y sin arquear una ceja remató–. Vamos a dormir, mañana hablaré con él si viene al caso –me alojó un beso en la frente y desapareció por los entresijos de la razón.

Cerré los párpados ¡Qué afortunada he sido!, y di gracias a Dios por poner a este hombre en mi destino.

CAPÍTULO QUINCE

Hansel se marchó a Brasil con Raoul un domingo a fines de la primavera. Se le advertía la dicha, rezumaba energías. Era un muchacho listo, no desperdiciaría el tiempo. Gretel Ofelia los retrató cuando subían la escalerilla de la aeronave.

–Forman una linda pareja, ¿verdad, mamá? –era sincera, pero no pude sustraerme a la cantidad de injurias que les había dedicado antes.

–Es feliz, hija, a ver cuándo te ocurre lo mismo.

Permanecimos allí hasta que el aparato ensartó un cirro y desapareció.

De regreso en casa, comprobamos que Carlos Felipe no se sentía bien y se acostó a esperar el almuerzo.

–Parece que me va a caer gripe, tomaré dos aspirinas y estaré listo en un santiamén.

–Llamaré al doctor González.

–No molestes al doctor un domingo, Gertrudis, es un simple resfriado.

El lunes amaneció lluvioso. Carlos Felipe tosió, tuvo calenturas, y yo recordé a Gretel y a Hansel. La tos y la fiebre se habían convertido, sin poderlo remediar, en mis más terribles pesadillas. Me removía inquieta cuando en sueños, ángeles tosedores intercambiaban termómetros con las alas flameadas, luego se hundían chillando en mi piel congelada, abriéndome orificios lacerantes por donde salía un espumarajo tórrido que cubría los objetos, y los muebles, las paredes escupían una lava que abrasaba hasta derretirme.

El doctor González no se preocupó de momento, le recomendó reposo por unas semanas, luego cortos baños de mar y sol, si era posible, un traslado definitivo más cerca de la playa. Huberr y Florita nos ofrecieron, generosos, que nos mudáramos con ellos.

–Es una casa grande, señora Gertrudis, con una vista hermosa y olor a cetáceos, es propia, Wolfang nos la compró. No tendremos que compartir renta. La Orquesta Típica Saltimbanqui de Berlín sigue la buena racha, y Wolfang nos envía el dinero suficiente para vivir tranquilos. Nada malo debe ocurrir, las desgracias se toman sus plazos –nos convencía Florita.

Así, nos fuimos a compartir techo con Gerard y la trombonista.

Gretel Ofelia estaba eufórica, imaginó, e imaginó bien, que la cercanía con la pareja la mantendría al tanto de Wolfang y recibiría las noticias de primera mano.

La única molestia eran los ensayos de la banda. Temprano llegaba aquella suerte de calamitosos personajes intercambiables, pues Gerard, cuando los individuos obtenían ganancias suficientes para sobrevivir, los despedía y rastreaba nuevos integrantes a quienes aliviar de su mísera existencia. La orquesta sonaba infame y el trombón de Florita llegó a convertirse en un bramido que nos amedrentaba cual sirena de un barco encallado pidiendo auxilio. Llegué a establecer una sincera familiaridad con ella. El mínimo tamaño, los labios inflados y los ojos saltones guardaban estrecha relación con su divertido comportamiento, su ingenio y bondad. Velaba por Carlos Felipe con dedicación, sin descuidar los quehaceres de la casa, los ensayos de la orquesta, los requerimientos del marido y los caprichos de Gretel Ofelia.

–Usted descanse, Gertrudis, una no sabe hasta cuándo podrá.

Otro mediodía cálido y apacible se vio a Gerard jubiloso blandiendo una hoja de papel como una bandera y gritando enloquecido:

–¡Florita, Florita! –el sobre abierto era arrastrado a las alturas por la brisa como un papalote mocho–. ¡Vamos a ser abuelos! –Gretel Ofelia salió despavorida, ya se hacía costumbre esa reacción suya ante cualquier noticia de Wolfang. Nadie lo notó o lo quiso notar.

–¡Wolfang y Gertrudis Ofelia van a tener un hijo! –vociferó Florita.

–¡Hay que brindar! –Gerard, animado, registró la despensa y destapó una botella de aguardiente que escanció magnánimo en las copas. Gretel Ofelia se sentó en la arena, donde rompen las olas, y se quedó por horas con la vista fija en el mar. Carlos Felipe se emborrachó, Florita tocó el trombón, Gerard y yo danzamos y danzamos hasta que se nos ampollaron los talones. Las buenas noticias hay que disfrutarlas cuando llegan. Fueron interminables días de celebración hasta que Carlos Felipe volvió a toser. La tos le removió el esternón y dejó sus bronquios secos como higos.

–Es este maldito calor el culpable, Gertrudis –blasfemó, y jadeante apuró el remedio que le había recetado el doctor González.

Al más ligero cambio de dirección del viento, el aire en los pulmones se le estrangulaba, el ciclo de la desdicha remontaba su cuerpo ya rompible y le incorporaba en las madrugadas unas fiebres tiránicas que más tarde se convertirían, sin duda, en aquella sensación que tanto repelía: la lástima. Tosió sin reposo. Luego el mal se apoderó de su corteza, y la recalentó hasta que el hastío se hizo

indetenible. Gretel Ofelia se consagró a su cuidado relevándome en las insomnes horas. Gerard y Florita regresaban temprano a casa después del “concierto” diario para no dejarnos solas. El doctor González lo visitaba cada día y observaba el deterioro físico de Carlos Felipe.

–No sé lo que tiene, quiero internarlo para realizar exámenes más exhaustivos y consultar los resultados con otros colegas.

–Conozco a mi marido, no se dejará internar, dice que es una gripe pasajera y que pronto estará fuerte como un toro.

–¿Pasajera? Lleva al menos un mes de constantes recaídas sin contar los episodios anteriores. Es peligroso tenerlo aquí, déle estas píldoras cada seis horas, le harán llevaderos los ataques de tos –el doctor González no era un alarmista–. ¡Persuádalo, Gertrudis, usted y su hija pueden hacerlo!

–Probaré, se lo aseguro.

Cuando le llevé la cena a la alcoba, Carlos Felipe tenía los ojos clavados en el techo y la mirada vidriosa.

–¿Vienes a darle de comer al cadáver?

–No me gustan esas bromas.

–¿Qué pretende el doctor? ¿Ingresarme en una de esas clínicas impersonales donde te visten de blanco con el culo al aire? –jamás lo había escuchado decir malas palabras–. Ni se te ocurra –concluyó.

–Es lo mejor para ti, no seas terco, estaremos contigo todo el tiempo –Gretel Ofelia traspuso la puerta con las pastillas y un vaso de agua.

–Toma, Papá.

–Estoy convenciendo a tu padre de ingresar al hospital y hacerse reconocer por especialistas para despejarnos de dudas, pero su cabeza dura no lo deja.

– ¡Haz lo que dicen mamá y el médico! –Gretel Ofelia alzó la voz y de inmediato se arrepintió–. Perdona, Papá, es que estoy tensa.

–No tiene importancia, hija –Carlos Felipe, en un arranque de vigor, se apoyó en los codos y medio sentó el cuerpo en la cama con la cabeza recostada. La transpiración le daba un aspecto sombrío.

–¿Se han preguntado ustedes que es vivir y morir? En apariencia es una cuestión tonta de analizar, todos nos hemos preocupado alguna vez por el peso de la muerte como alternativa final a la vida. La muerte por enfermedad, accidente o causa natural es la culminación de un período. También es un inicio. Pasar de la presencia al recuerdo donde las malas acciones se justifican, se sustituye la miseria por la gloria y se perdona lo imperdonable: las infidelidades, las mentiras, los modales inapropiados, los ratos no compartidos, las depresiones, los bajos instintos, las discusiones sin sentido. Unos mueren jóvenes, otros en la senectud, pero la distancia que nos separa de la inmortalidad es la misma en ambos casos. Unos se adelantan, otros cumplen su tarea para convertirse luego en una carga demasiado pesada como para encomendársela a los que esperan en el andén. El ciclo se repite. No es la disposición de ese ser superior en el que tú crees, Gertrudis, es la génesis de la supervivencia. Renunciar a un espacio para que otro lo ocupe, dejar un nido para que otro animal perpetúe la especie con frescos y animosos ejemplares que no pierden la esperanza de la infinitud, hasta que la realidad les demuestra que las esperanzas tampoco son eternas. ¿Qué elegirían ustedes para mí, queridas compañeras de

viaje? ¿Una aséptica cama de hospital donde languidezca entre extraños que pinchen mis muñecas hasta secar las venas, desprovisto de mis objetos queridos? Cumplí con mi papel lo mejor que supe, y quiero partir apretando sus manos, sin perturbar a Hansel, escuchando el trombón de Florita, que hoy me parece un arpa tañida por un lucero, y a Gerard con su optimismo inclaudicable. Voy a reunirme con viejos conocidos, con entrañables amigos, me apartaré de los malditos, los rencorosos, los emisarios del daño, los egoístas, los envidiosos. Sólo le he suplicado a tu Dios, en estos meses difíciles, que nos mantengamos lejos por mucho tiempo hasta el reencuentro. ¿Pasamos a la ronda de preguntas? ¿Alguien tiene alguna duda? –Carlos Felipe se carcajeó finalizado el discurso y una andanada de arqueadas lo hizo vomitar. Las sábanas recibieron el impacto de la sangre, se ahogaba.

–¡Papá! –Gretel Ofelia lo agarró por la nuca–. ¡Mamá, se nos va!

Yo le apreté las manos, su dolor anegaba mi cápsula descascarándola. Sin decir una palabra me le acerqué y lo besé en la frente, abrazándolo, cuando la resonancia de sus órganos fue un ruido estentóreo, inclasificable.

El velorio fue sencillo, como él. Hansel y Raoul viajaron desde Brasil, me percaté de que lucía un semblante firme a pesar del abatimiento. Raoul lo acompañó en todos los momentos. Gretel Ofelia no se separó del ataúd un instante ni pretendió disimular el llanto. El doctor González estuvo con nosotros, lo embalsamó y vistió con dedicación. Gerard y yo nos mantuvimos apartados.

–Ese ya no es el señor Carlos Felipe, mire lo serio que está –Gerard, el impar amigo, parecía un niño al que hubieran despojado de una golosina. Estaba iracundo, contrariado, no aceptaba la muerte del compadre.

Recibimos telegramas de condolencias de Rosaura, Wolfang y Gertrudis Rosaura. Me mantuve serena hasta que, en el cementerio, Florita desenfundó el trombón y ejecutó, impecable y sentida, la antigua tonada alemana. Al descender el féretro junto con las flores, una flexible pluma roja venida del infinito coronó la ceremonia.

De regreso a casa, Gretel Ofelia me entregó un cablegrama en un sobre oscuro.

POR CARLOS FELIPE

La muerte se pasea voladora
con su rostro sin luz contra la lluvia,
preñando gotas dispersas y enfadosas.
El aguacero negro te derriba.

No alcanzan las plegarias, las esquiva
en su corcel de fulminante rabia,
el dolor la prevé, la aguijonea
y su vientre linchado se descose.

Hay un tumulto afuera, algunas voces
clamando que se aleje, que termine
su faena por hoy y que descanse,
pero ella los desoye y se despecha.

La muerte sabe cuando, nos esconde

y muerde donde no te lo sospechas.

Estoy contigo,

Gretel

CAPÍTULO DIECISEIS

Florita y Huberr hicieron las maletas y partieron hacia Nueva York con la finalidad de estar con Wolfang y su nuera cuando el nieto asomara la cabeza. Gerard había hecho una selección entre los más ilustres patronímicos germánicos y al final la lista se resumió a tres: Erich, Frederic y Hans porque daba por descontado que sería varón. Florita tenía otras sugerencias menos germanas y más disparatadas: Pedro como su padre o Pedra, Micaela como su madre o Micaelo y Florita o Florito según el caso. El entusiasmo los hizo olvidar la despedida y salieron corriendo, mientras Gretel Ofelia se desgañitaba exigiéndoles un abrazo. Yo sonreí cuando los amigos abordaron el taxi sin mirar atrás. Así debía ser, hacia delante. Las nostalgias pesan tanto que anclan.

Nos quedamos solas mi hija y yo. Gerard nos dejó suficiente dinero para proveernos durante una buena temporada. También Hansel nos mandaba lo que podía para satisfacer algún que otro capricho. Gretel Ofelia heredó mi vocación de ama de casa, ahora éramos dos a tomar decisiones en las tareas hogareñas, ella pronto abdicó y me dejó hacer.

Cuando arribaron a Nueva York por el aeropuerto La Guardia, Florita y Huberr estaban hechos un desastre. El vuelo fue una tortura para ellos: Gerard, en silencio, aterrado, se mareó y expelió todo el alimento que le sirvieron en la aerolínea, y hasta

la cena de la noche anterior sobre Florita, quien se mantuvo estoica, sin perder la compostura ni cuando el aquejado marido le arrojaba restos de pasteles, zanahorias, trozos de carne a medio digerir y libras de arroz. Semejaba un helado de chocolate con incrustados chips de frutas, nauseabundo y maloliente. Para rematar la aparición, el trombón, al bajar por la escalerilla, se le escurrió de entre las manos estrellándose en la pista después de trastabillar por los escalones, para perder definitivamente la campana y convertirse en un manubrio torcido. Un Gerard Huberr deshidratado, a punto del desmayo, una Florita Prieto bañada en vómito, muy erguida y un trombón retorcido fueron lo que hallaron un Wolfang eufórico y una Gertrudis Rosaura panzona en el recibidor aéreo.

Los llevaron directo a la casa de Long Island. Florita no dejó de hablar como un loro celebrando los rascacielos y los puentes durante todo el trayecto, hasta que llegaron adonde los esperaban Rosaura y Gretel, vestidas para la ocasión.

Contra todo pronóstico, Gretel, haciendo gala de su daltónico sentido del racismo, se abrazó a Florita sin importarle el fétido olor que despedía, y Rosaura, llorando, besó a Huberr como quien besa a Dios.

–¡Gracias, Gerard, gracias! –sin que ninguno de los presentes comprendiera el porqué del efusivo agradecimiento.

Luego de la bienvenida, Wolfang se ausentó por dos largas horas para aparecerse al cabo con un regalo para su madre, un reluciente trombón de marca Conn que le entregó entre el aplauso de la familia y ante la admiración de Gerard, ya más recuperado. Florita desenvainó el instrumento, y después de colocarle la boquilla llenó de aire los pulmones y, apretando el diafragma, sopló. Un bufido de altos

decibeles, un tronido elefantiásico en pos de la manada se hizo leve en comparación con aquel que se esparció desde los gruesos labios de Florita hasta Buffalo, en los límites del estado de Nueva York.

A pesar de los compromisos de presentaciones de Wolfang por toda la Unión Americana, siempre encontraba espacios libres para estar con su esposa y los parientes, incluso para despedir a los abuelos paternos de Gertrudis Rosaura, que dejaban atrás los Estados Unidos y se mudaban a Israel.

Gretel, convertida en una anfitriona sin igual, les planeó amplios recorridos turísticos que los llevaron a visitar la Grand Central Station, el Museum of Natural History, el Metropolitan Opera House, a pasear por Times Square, a la Statue of Liberty, al edificio de United Nations, al Chrysler Building y el Empire State Building, además de ver obras en Broadway y efectuar compras en Bloomingdale's, Bergdorf Goodman y Macy's –sin dejar de recordarles que allí trabajó al llegar a la nación del Norte y reiterándoles que ella tuvo suerte, pero que lo del "sueño americano" era un vetusto manjar envuelto en barras y estrellas reimpresas.

–Recuerden a Vivian y a su Orejón, a papá Fredesbindo y a Eulalia.

Como Florita no conoció a ninguno de los personajes mencionados por Gretel, continuó absorbiendo esa mezcla de marrón, gris, negro y azul turquesa de la monumental ciudad y se fijaba en detalles que pasan habitualmente inadvertidos hasta para los propios neoyorquinos.

–Señora Gretel, ¿por qué todos los apartamentos tienen aires acondicionados si aquí el verano es tan corto? O, ¿para qué construyen hacia arriba si en el Bronx, Brooklyn y Queens hay tanto espacio?

Las semanas siguieron su curso. Florita tocaba el trombón, se ejercitaba con la vana esperanza de ser contratada por alguno de los músicos que pululaban silvestres por el metro.

–Gerard, mi gigante, si presentamos nuestro dúo nos haremos ricos –a lo que el berlinés le respondía sabio–. Si tocamos aquí nos sacaran a patadas, se comerán nuestros pasaportes y caeremos en el mar atados al trombón que, como debes saber, no flota.

Rosaura apenas salía del cuarto, sólo se la veía a las horas de las comidas, y Gretel continuaba fascinada con la exótica parentela venida del Caribe.

Una tarde-noche comenzó el alboroto.

–¡Gretel, Rosaura, Papá, Mamá, ya empezaron los dolores! ¡Llamen al chofer! ¡Hay que llevar a Gertrudis Rosaura a la clínica! –gritaba Wolfang.

El pianista cargó a su mujer y voló escaleras abajo. Rosaura, que no podía con su cuerpo, comenzó a servir la mesa obviando la escena y a los criados como si no sucediera nada, Gretel cantaba a viva voz canciones de cuna hebreas, Gerard buscaba el organillo y Florita ajustaba la boquilla del instrumento. Nadie parecía darse cuenta de lo que ocurría, y Wolfang arrastró a la parturienta hasta el coche dejando a la delirante casta sumida en el caos.

Erich Huberr Weinsenfreund vino al mundo con demasiadas libras, lo que provocó un desgarramiento en el útero y la vagina de la madre, quien logró levantarse luego de varios días de reposo. El niño era un espécimen rubio y cachetón con manos grandes y corazón fuerte, pero el pediatra advirtió en sus reconocimientos que

tenía ciertos problemas de coordinación y falta de reflejos, lo que les hizo saber una vez que Gertrudis Rosaura se recuperó:

–Quisiera seguir examinándolo, Erich tiene algunos problemitas que necesitan atención, ¿quién es el padre? –preguntó el neonatólogo que asistió el parto, pues no fue el que estuvo a cargo del embarazo.

–¡Yo! –dijeron Wolfang, Gerard y Florita a trío –el doctor tuvo una visión clara de lo que acontecía. Era obvio que Florita quedaba descartada del asunto de la paternidad y Gerard era demasiado viejo, aunque de nada se asombraba ya. Florita y Gerard no lograban ocultar que no eran personas comunes y aunque tendría que hacer análisis a la madre, estuvo convencido de que una tara genética se había apoderado del niño, y lo había asido con sus infaustas pezuñas.

Gerard y Florita se recriminaron el uno al otro y hasta llegaron a ofenderse de regreso a casa de Gretel. Durante la madrugada caminaron por el borde de la piscina, y uno frente al otro, agua por medio, Florita con el trombón y Gerard con el organillo se gruñeron:

– ¡Es tu culpa, alemán del demonio, grande por gusto, con el cerebro de un mosquito! –empuñó el trombón como si fuera una ametralladora–. ¡Tú y tu tarada familia!

–¡Tú eres la culpable, enana bembona! –Gerard levantó el organillo con sus manazas por encima de la cabeza–. ¡Ningún ser humano normal tiene esos labios como ruedas de camión!

–¡Yo no soy la que fue abandonada por su familia por rara! ¡Ah!, el lento eres tú, por si no te das cuenta, ¡mentecato! –Florita quería estrellarle el trombón en la cara, pero el agua que los separaba se lo impedía.

–¡Ni yo soy la miniatura sopla hierros, Azul era más alto que tú! –Gerard pretendía ponerle el organillo de sombrero, pero el agua que los separaba se lo impedía.

Gretel y Wolfang avanzaron por detrás de ambos sin ser notados, y a una señal los empujaron. Huberr evitaba ahogarse a toda costa, y Florita pedía auxilio alzando el trombón con la campana a punto de rebosar.

–¡Los dos son unos tontos, dan pena! –gritó furioso Wolfang, que no daba crédito a lo que sus padres se echaban en cara mientras pataleaban en el agua iluminada.

Gretel se zambulló vestida y emergió del centro de la alberca como una sirena declamando con hondo timbre:

Un chiquillo engargola las ventanas,
le impone un tono rosa a las cortinas
cuando llora se despeja y el asfalto
convierte la avenida en agua suave.

Un inocente grito se declara,
asalta novedoso las tabernas,
e intercambia el coñac por caramelos,
y confeti, y bombón y serpentina.

No importa si el niño es un ajeno

o un propio, si es de aquel o si es del otro.
Los críos son menudos alevines
y nuestros, no tuyos ni de este.

Un niño que se acerca venturoso
fumigando los panes y los peces.
Un divino sermón nos neutraliza.
Un bocado de amor se nos merece.

Así dio por terminado el incidente y salió triunfal de la piscina.

Gerard y Florita subieron por la escalerilla llorando, condensando humedades.

A la siguiente mañana, muy temprano, compartían desayuno Gerard, Florita y Rosaura, la venerable señora, la bisabuela inextinguible, quien con voz débil y ronca, terminando su taza de café con leche, les declaró:

–Queridos amigos, queridos Gerard y Florita, escúchenme bien: en el mundo hay muchas personas como ustedes, como Erich, que no pueden ver las aristas impecables de la luz, viven en una acera de sombras y pocos contrastes –hacía años que Huberr no escuchaba aquella tesis de las calles donde los comportamientos humanos se miden por la cantidad de luminosidad que reciben. Mamá Ofelia le habló sobre eso muchas veces–. Algunos de ellos –continuó Tía Rosaura después de un alto para tomar aire– no aprecian el resplandor porque subsisten demasiado contaminados por la penumbra. Ahí están Don Alfredo, Juana Inés, Vivian, el Orejón y hasta Fredesbindo, son aparentemente normales aunque les falta el prisma en el corazón. Otros aprecian y valoran el brillo y hasta parecen tener un caleidoscopio en el iris, entonces Ofelia, Carlos Felipe, Gertrudis, doña Silvia, el frutero, Eulalia,

Leandro, Micaela, Pedro, mi nieta, Gretel, Marion, Emmanuel y el doctor Weinsenfreund ganan la excelencia. Hay otros, ahí entran ustedes –los miró directamente– que no están en ninguna de esas dos categorías, ¿y saben por qué?, porque son la luz misma, la luz en su primigenio esplendor, la luz en su estado puro, sólo que filtrada a través de un cristal ahumado, convirtiéndolos en seres con un nivel superior de traslúcidas resonancias. Mi biznieto ingresa en esa categoría, y no será un excluido, ni será abandonado, como tú, Gerard. Sus padres y nosotros procuraremos que no le falte nada, que no sea víctima de burlas y deshonores. Ahora vayan adonde tengan que ir o quédense aquí, como quieran. Gretel cambiará de humor con las horas y no es recomendable acompañar sus depresiones, son tan suyas como los versos. Yo ya casi he terminado, que Dios los bendiga.

Dos semanas después, con el diagnóstico de Erich establecido, un retraso en su desarrollo neuronal, Gerard y Florita emprendieron el retorno a casa, que fue menos turbulento. La trombonista salió ilesa y limpia de las cinco horas que duró la travesía, incluyendo la escala en el colorido y cálido aeropuerto miamense. Antes de marcharse, Gerard Huberr le pidió a Wolfang que le regalara el organillo a Erich cuando alcanzara la edad suficiente para valorarlo.

–Es el patrimonio sagrado, el talismán, la compañía, hijo –el pianista se lo aseguró cabizbajo.

Florita y Gerard, mis compadres del alma, tardaron mucho en recuperarse. Poco a poco iniciaron sus actividades musicales y organizaron de nuevo la orquesta a la que rebautizaron con el nombre de Orquesta Típica Emergente de Berlín, todavía

no sé por qué y a lo mejor fue una idea mía, pero el nuevo trombón de Florita le aportó al ensamble una sonoridad más agradable, menos ríspida.

Por su parte Gretel, desordenada, volvió a la antigua vida; convirtió la mansión de Long Island en un vertedero de vicios donde se revolcaban las “glorias” de la más baja catadura.

Otra mañana llegó una carta suya con la caligrafía ininteligible, cuando estaba ebria escribía a mano y con el papel manchado por la nicotina:

Gertrudis:

...Bueno amiga; la llegada de Erich y el terrible dictamen clínico me han destrozado, he vuelto a la vida que abandoné, donde el alcohol es un bálsamo perfecto para la tristeza, esa sarta de ratas que me acompañan apestan tanto como yo. Soy libre de la fosa en que han convertido nuestras vidas mi hija, su marido y mi nieto, una especie de vegetal inteligente que no habla y lo observa todo con un giro mecánico de su cabeza analizando el hábitat, seguramente juzgándolo y dejándose ir. Tú no tendrás nietos, ya Florita me contó de Hansel y de la vocación de Gretel Ofelia por la soltería, por tanto no pasarás por este calvario y debes sentirte afortunada, mi madre no puede con tanto sufrimiento, y aunque el umbral de su resignación es inmenso, no creo que sobreviva a tantas desilusiones, está tan vieja que las piernas no la sostienen y vaga con un sillón de ruedas antiguo y escandaloso que heredó de Fredesbindo sin que permita sustituírselo.

Prácticamente no escribo, mi poesía pasa de moda como yo, y he aceptado garrapatear para concursos televisivos con un salario estimulante y una creatividad

bajo cero, así podré seguir dándome lujos y llevando esta extravagante y licenciosa supervivencia. No me juzgues, ¡Dios dispone y Gretel compone! Así ha sido y así será. No creo que Gertrudis Rosaura, Wolfang y Erich quieran seguir compartiendo techo conmigo y es mejor, prefiero tenerlos lejos, lo más lejos que puedan. Míster Cohen ha sugerido que se muden a California, donde el clima es estable y Wolfang, que ha perdido el virtuosismo de antaño, pueda esconderse tras la música para cine donde remontar su estancada carrera como concertista.

Ofelia no ha escrito una línea desde que tenemos noticias directas de ustedes y Rosaura no deja de repetirlo como un perico alicaído y senil.

... Y no digo más...

Gretel

P.S. Con el ánimo de una lavapisos he escrito este pequeño poema que le pone punto final a mi carrera como poeta:

FIN

No quiero que me vengan a buscar,
dejen mi muerte a rastras con la muerte,
ella sabrá que hacer con mis despojos
y repondrá mi luz si le apetece.

¡Hubo un mundo sin mí, quiero que sepan!
que no se esparzan huellas, olor, magulladuras.
Sólo el olor rancio me retuerce
y que merezco yo más que ninguna.(*)

(en inglés en el original)

*(*) **THE END** // Don't come looking for me for I don't want it. /Let it be Death who drags my death away. / He shall know what to do with my remains, / and might restore mi light in his own time. //
Know that there was a world without me! // Don't let out any print, or smell, or bruise. // Only the stench that's now twisting me, / that surely I have deserved the most.*

Gertrudis Rosaura, Wolfang y Erich se mudaron a California. Desaparecieron en medio de una de las reuniones que los abyectos personajillos hacían cuando tomaban la casa de Huntigton por asalto cada fin de semana.

A ratos veía el nombre de Wolfang rematando las partituras de los filmes románticos que venían de Hollywood. Míster Cohen sabía hacer su trabajo. Nunca le faltó. Los fondos para sus padres no dejaron de llegar religiosamente mes tras mes. Wolfang se dejaba posar sobre la Isla para pasar unos días con nosotros. Gertrudis Rosaura se negó a volver. En uno de esos viajes, me contó el inevitable fin de Tía Rosaura.

–Madrina –Wolfang habló despacio, eligiendo cuidadosamente sus palabras–, tres años después de nuestra partida de Huntigton, Gretel tuvo la gentileza de avisarnos que Rosaura se moría, su tono era apagado y dócil, no habíamos tenido comunicación con ella desde que nos marchamos de New York. Gertrudis Rosaura no le perdonó su falta de comprensión con la enfermedad de Erich y decidió no contestar cartas ni llamadas, pero asistimos al desenlace de la abuela, de quien no se separó un instante, aunque mantuvo la distancia con su madre, apenas intercambiaron formalidades.

En el lecho mortuorio se suscitó una incomprensible situación cuando Gretel propuso la idea de que Ofelia viajara a despedirse de Rosaura. La Abuela, con las fuerzas menguadas, las últimas que le quedaban, le confesó:

“Hija mía, Ofelia falleció hace muchos, muchos años. Todas las cartas que recibimos las redactó Gertrudis, me di cuenta desde el principio. Cuando murieron tu padre y el de Gertrudis, nosotras establecimos una serie de claves para nuestra comunicación, sobre todo para evitar que ustedes, niñas fisgonas, supieran lo que no debían saber. Detrás de un sí se sucedía una oración que era una negativa y detrás de un no lo contrario. Así nos acostumbramos a escribir en nuestra corta y necesaria correspondencia: en las cuentas de gastos, en las listas a los proveedores de lana al por mayor. También incluíamos un pues que no venía al caso, pero enmascaraba la escritura. Los niños suelen ser muy comunicativos y no deseábamos que alguno de nuestros clientes supiera el valor real del producto que adquiría. Gertrudis, generosamente, para no disgustarme tras la muerte de Ofelia, se esmeró en copiar sin tachas el singular rasgo de la caligrafía de su madre, pero desde luego desconocía estos detalles tan personales. Otro día, Eulalia, haciendo gala de su indiscreción, semanas antes de morir envenenada, me contó de la decisiva participación de Gerard en el final de Ofelia, y por no compartir congojas, callé hasta hoy. Tu amiga Gertrudis ha mantenido la correspondencia con nosotros todos estos años y no hay razón para recriminarla, fue la salida que encontró, seguro no fue la mejor, pero para ella, la única a mano”.

–¿Y cuál fue la reacción de Gretel? –pregunté sintiéndome atrapada. Siglos de engaño se abrían sembrando fuego donde pastaban las flores.

–Gretel se convirtió en un témpano a la deriva, y luego de una momentánea turbación arremetió histérica contra Rosaura: “¡Eso no es posible! ¡Gertrudis no usurparía el lugar de su madre, eres una patrañera, muérete!”. –Luego salió como un

bólido de la habitación masticando maldiciones, y dando portazos. No volvimos a saber de ella, no asistió al velorio ni al entierro. Regresamos a Los Ángeles después de las honras fúnebres y el tema fue rechazado en las sobremesas como si no hubiera tenido lugar, lo poco que sabemos de Gretel es a través de la prensa o por alguna transmisión televisiva. En nuestra casa no hay a la vista ni un retrato de ella, y como ahora el apellido de mi mujer es Huberr, porque nos casamos, nadie la vincula con el personaje de marras. Ya no tiene lustre, parece que se marchó de Huntigton sin dejar la nueva dirección. Nosotros nos mudamos a Malibú porque Erich disfruta correr por la arena y contemplar el horizonte. Gertrudis Rosaura me tiene prohibido intentar el mínimo acercamiento con su madre.

¡Qué estúpida fui! ¿Cómo no advertí las claves? Era cierto que me parecían extraños aquellos giros en la escritura, pero los atribuí a la ignorancia, no a la agudeza.

Wolfang me miraba exigiendo alguna explicación, mas no me sentía con fuerzas para coordinar una defensa aclaratoria de aquella decisión que viajaba en el tiempo. Presa del estupor, sin emitir un sonido ni mirar a los ojos de mi ahijado, me retiré a la cocina, apoyé las manos en la meseta, y desde allí escuché como cerraba la puerta.

El asunto ahora se presentaba de la siguiente manera:

1. No tenía cómo restablecer comunicación con Gretel para justificarme o mostrarle mi arrepentimiento.

2. Viajar a Nueva York para rastrearla con el dinero de Gerard y Florita era una desconsideración. Ahora vivíamos bajo su manto protector y no quería abusar de su bondad.
3. Estaba vieja y cansada.
4. El petirrojo también había desaparecido.

¿Era posible que hasta los ángeles desfallecieran? Hallaría una solución, siempre tuve estrechas ligaduras con los entes celestiales.

CAPÍTULO DIECISIETE

Diez años pasan raudos. Hasta arribar a los cuarenta el tiempo se dilata, y tenemos la sensación de que la vida es esa infinidad de las primeras décadas. Después todo ocurre tan rápido que no te alcanzan las horas ni para repasar el almanaque. Miraba a Huberr con el cabello ralo, el deterioro en la piel, las ilusiones idas. Encanecían las utopías de antaño. Gretel Ofelia estaba también pasada de tiempo, como esos mameyes de radiante corteza que cuando los abres están secos. Sólo Florita conservaba la tersura del cutis y los dientes intactos.

–Los negros no envejecemos por fuera, Gertrudis, la procesión va por dentro –decía la ahora desenfocada trombonista.

Cuando echo la vista atrás, haciendo un recuento de los acontecimientos vividos, y reparo en Gretel Ofelia tan mustia, solitaria, malgeniosa y ensimismada, y en Hansel, tan lejano, introvertido, temeroso, y pienso en Carlos Felipe, bebiendo para acallar quién sabe qué incógnitas, qué torceduras del camino, no logro calmar las interrogantes ¿Habré sido una buena madre y esposa? Es cierto que limpié la cubierta como pude y supe. Batallé duro en los momentos en que parecía que el mundo se nos venía abajo. Intenté ser amiga y cómplice de los tres. ¿Fue suficiente?

¿Estuve a la altura que las circunstancias demandaban de mí? A veces temo que no, y eso me perturba. He creado en mi corazón una especie de coágulo de incertidumbres que laten cual pasos de corcel desbocado. Y Gretel, valió el compás interminable que le he dedicado ¿He sido leal? ¿No he mentido demasiado?

Una debía venir preparada, lista para asumir ciertos roles. Habría que fundar un curso para mujeres inseguras, donde se nos enseñara a enfrentar las cuestiones básicas de supervivencia cuando no exista alguien en quién delegar responsabilidades. Las clases tendrían que ser diseñadas por ancianas felices con sólidos matrimonios y vasta experiencia en aquello de procrear; que hayan logrado unir a su familia en sólido anillo. Es cierto que eso nos negaría el riesgo de la improvisación, el extraordinario misterio de descubrir sobre la marcha los atajos, sortear las trampas; pero la vida sería más placentera si llegáramos a esta tierra con la sabiduría contenida en el equipaje.

Hansel y Gretel Ofelia han hecho lo suyo, tal vez no lo que planeamos su padre y yo, pero ¿quiénes somos para rematar hasta el detalle el entorno que los hijos prefieren para sí? Los parimos, alimentamos, criamos, complacemos, educamos a nuestra imagen y semejanza, y si no se nos parecen, si eligen otro ángulo de conducta, otras maneras, nos derrumbamos, los culpamos y nos culpamos. ¿Pensamos en ellos? ¡No!, pensamos en nosotros.

¿Y qué es el matrimonio sino un pacto de igualdad que responde a un silbido en el aliento llamado amor? Ese dar y recibir afecto, dividir errores y multiplicar el saneamiento del alma cuando nos rondan la enfermedad y la pena. Un matrimonio exitoso y duradero es el que supo engrasar con ímpetu el decrépito mecanismo de

los pistones después de la euforia primera. Creo en el matrimonio porque soy convencional, conservadora, y lo he llevado con orgullo, casi con altanería. Creo en el matrimonio porque fui educada en la fidelidad del enlace espiritual ante los ojos de Dios. Creo en el matrimonio como lo hicieron mi madre y mis abuelas, y por último, lo fundamental, creo en el matrimonio porque conocí a Carlos Felipe, si no, todo lo anterior me hubiera importado…, menos.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Los viajes de Wolfang no cesaron, y en las fotos Erich asomaba robusto y hermoso. A veces Gerard y Florita abandonaban en el dique a la orquesta, ya parecida a una colección de figuras decrépitas en un museo de cera, y se iban a Malibú a visitar al nieto. El muchacho creció abollado del cerebro como el abuelo. Infinidad de especialistas, terapeutas y psicólogos se ocuparon de que las derivaciones de su trastorno no se agudizaran, y pusieron en sus manos el patrimonial organillo, por el que el chico mostró encarecido interés.

Gertrudis Rosaura tuvo que comenzar a trabajar, Wolfang y Mister Cohen lograron colocarla de secretaria en la Metro Goldwyn Mayer, donde su labor le imponía coexistir entre estrellas cinematográficas, productores, actores principiantes, abogados, y también con los despiadados dueños y accionistas de los estudios. Se quejaba con frecuencia de cuánto había huido de esa crápula para terminar consagrándose a ella.

La pareja concluyó el capítulo que los vinculaba afectivamente a Gretel. La prensa no hablaba de la poeta, no publicaba libros, y para muchos ni siquiera era una referencia, después de ocupar toneladas de hojas en los rotativos y medios de comunicación. Me adapté a su ausencia como a la de los seres que más amaba.

Carlos Felipe y mamá Ofelia empezaron a mezclarse en mis recordaciones como un martini en el que la porción de ginebra es inexacta y donde los exilios definitivos se baten con las figuras llegando a licuarse en un coctel de sabor indefinible, entre dulce y ácido. Gretel fue la aceituna en la límpida copa. Mi corazón..., ese se manifestaba de modo diferente.

Todos los inviernos sus padres decidieron llevar a Erich a Nueva York para que viera la nieve. Cargaban con el organillo, y el chico se abstraía con los copos asentados, parsimoniosos y livianos sobre las ramas de los árboles y los bancos de Central Park; mientras, giraba la manivela y regalaba a los andariegos la ancestral cancioncilla germana. Para Gertrudis Rosaura, una neoyorquina por nacimiento y convicción, en ningún otro lugar del mundo tenía la nieve la transparencia de ese prado.

Una mañana, una de esas mañanas invernales donde el sol se destaca espléndido sobre el hielo, Erich, siguiendo con el organillo al hombro el vuelo de un ave de pecho rojo púrpura, se alejó. El pajarillo, trazando en el cielo giros impecables, sedujo al chico que, hipnotizado, no hizo más que seguirlo hasta la orilla de uno de los lagos que bañan el frondoso oasis citadino. La avecilla se posó en un abeto sombrío que extrañaba la primavera. Un tic, tic magnético emitido por el pájaro impulsó al muchacho a plantar el organillo en el gélido suelo y girar la manivela hasta que la Verschwiegene liebe de Hugo Wolf alcanzó una intensidad provocativa y se esparció al este de la laguna Turtle Pond, cerca de la Jackie Onassis Reservoir.

En la ribera este, en un banco, una elegante señora de porte misterioso daba de comer a las palomas. Extasiada, se dejó llevar por la singular melodía. Caminó

varias calles arrastrando las piernas entumecidas por el frío. En la medida que la anciana se acercaba a la armonía arrasadora surgían evocaciones. Erich, erguido como una estatua de jaspe, levantaba sus ojos hacia los anillos rojo escarlata que, desprendidos del pecho del pajarillo, tinturaban las nubes, y una incorpórea flecha daba en la diana. Sudorosa, agonizante, Gretel se detuvo ante el jovenzuelo. Erich la miró, ella quedó sin habla. El organillo continuó con más fuerza. La melodía se hizo incontenible. Las dudas se disiparon: el organillo de Huberr, el rostro de su hija, la antigua tonada de su niñez, la luz dibujó un redondel donde sólo se iluminaron los dos, el petirrojo se lanzó en picada y se interpuso –¡No demasiado rápido, Gretel! –pareció decir. Erich no entendió, las lágrimas resolvieron desordenarse y horadar la nieve. Gretel, sin obedecer al petirrojo, más bien ignorándolo, se abalanzó sobre el muchacho que obligado a desprenderse del organillo osciló sobre el resbaladizo suelo, asustado por la violencia de la desconocida.

– ¡Mamá! –el grito aporreó el aura y la deshizo.

Gretel se detuvo sorprendida y volteó la cabeza con dificultad: Gertrudis Rosaura la escrutó. Wolfang abrazaba a Erich que, ya sin llorar, esperaba el final de la secuencia.

Gretel cayó de rodillas fulminada. Su hija la ayudó a incorporarse. Un “mamá” pacificado la arrobó. Los sollozos aumentaron el nivel del lago y un petirrojo exhausto se acostó patas arriba cuando los cuatro se desvanecieron bajo la ventisca que comenzó a purificar las memorias.

Tuvieron el invierno para saldar viejas cuentas. Gretel les explicó cómo no pudo soportar la tara de Erich, sobrepasado este rechazo por su adicción al vino y las

anfetaminas, de su internamiento en una clínica para desintoxicarse y las visitas por largos meses a un psicoterapeuta que le recomendaron algunos amigos y que se guardaron en el más absoluto secreto. Escapar del vórtice de la locura en que invertía sus ímpetus era un paso definitorio y necesario. Reconoció que llegó al límite cuando dejó de publicar. Vendió la casona de Long Island, compró un apartamento en Manhattan, en la calle Madison, a una cuadra del Central Park East, y se incomunicó del todo. Perdió el rastro una vez torcido el camino y ya no tuvo el valor ni la ruta para el retorno. Se dedicó a llevar una existencia anónima y a vivir de su discreta fortuna y de los menguados derechos de sus obras.

¿Por qué desapareció? Por vergüenza, por arrepentimiento. Durante esos años de ostracismo voluntario hizo y rehizo análisis de su tránsito por este mundo y los circundantes, los que ella había creado con su talento. El asma infantil que se disipó como mismo vino, un matrimonio que murió casi al nacer, el cambio de nación que la dejó quebrada con un pie allí y otro quién sabe dónde, la hija huérfana, el don inasible de la poesía, la amiga inaccesible y el puto éxito, la puta popularidad, la puta corte, la mierda. Huyó hasta de sí misma y tardó mucho en reencontrarse.

–No me desconozcan ahora que he vuelto –dijo tímidamente y no volvió sobre el asunto.

ALLEGRO MA NON TROPPO

CAPITULO DIECINUEVE

Fue sin previo aviso. Nadie me advirtió para arreglar las ventanas, o escoger las flores y pintar. Las casas junto al mar se deterioran sin que nos percatemos: un plafón se abulta en el techo, después las bisagras se oxidan, más tarde se resecan las puertas y rebotan las tejas al menor aguacero.

Gretel Ofelia lo resolvió todo sin imprecisiones. Convocó a Hansel, y estudió la hora de llegada de los vuelos para lograr una concordancia perfecta. Gretel vendría de Nueva York, Hansel desde Brasil, y Wolfang, Gertrudis Rosaura y Erich saldrían de Los Ángeles en un vuelo con escala en la Ciudad de México. Gerard y Florita se confabularon con mi hija para mantenerme al margen del acontecimiento por venir.

–La señora Gertrudis no está para sorpresas, a su edad no es conveniente –le advertía Florita a Gerard mientras lustraba su reluciente trombón para la bienvenida.

–Gertrudis es más fuerte de lo que aparenta –respondía Huberr, acicalándose y planchando su traje de celebración–. La dicha no mata a nadie.

–Mamá lleva años esperando esa visita –Gretel Ofelia no dejaba escapar una.

–A mí no me gustan las sorpresas, alguien sale siempre perjudicado –machacaba Florita ajustándose los lentes.

–Lo tengo todo controlado –afirmó Gretel Ofelia dándose la vuelta.

Por su parte, en Nueva York, Gretel estaba frenética.

–Son demasiados años sin vernos y no sé qué regalos llevar, ni qué ropa –le decía a su hija en las veinte llamadas diarias que le hacía a Malibú.

–El regalo eres tú, mamá. Envuélvete en cintas y hazte un moño en la cabeza.

El momento, el instante, la centésima parte del segundo esperado tantos años estaba por llegar, y desde temprano iniciaron el cerco, la amorosa trampa estaba a punto.

–¡Mamá, Florita, hoy no preparen el almuerzo que nos vamos de paseo! –nos dijo muy contenta Gretel Ofelia.

–¿Qué? ¡Yo no voy a ninguna parte!

–¡Yo tampoco! –se sumó Florita con afectación.

–Gertrudis, es bueno asearse el alma de vez en cuando. Báñese, póngase el vestido nuevo de flores lilas y vámonos de parranda –repicó Gerard como un sonajero.

–¿De dónde sacaron esa idea tan descabellada un día entre semana?

–¿De dónde has sacado tú, mamá, que para vestirse bonito y pasear hay que esperar al domingo?

–¿Desde cuándo tienen ustedes dos esa alianza? –pregunté, mirando de reojo a Florita–. Miren, ella tampoco quiere salir –los labios de la trombonista se amplificaron hasta rozar las baldosas.

–Bueno, Gerard, ahí te las encargo, voy a buscar los jugos y algo de comer para el picnic, tardaré un poco –Gretel Ofelia le guiñó un ojo a Huberr, pero no le di importancia.

–Nunca te he visto tan dispuesta. ¿Qué bicho te ha picado? –dije llamándole la atención.

–Mamá, por favor, ya te contaré –y salió de prisa, cortando el aire.

El aeropuerto internacional no estaba tan lejos de la casa. Mi hija calculó la llegada de los tres aviones con un intervalo de veinticinco minutos entre cada uno. El de Hansel fue el primero en arribar. Venía solo, traía la piel morena y el cabello extendido en una trenza que le pegaba en las nalgas.

Los hermanos se fundieron en un tropical abrazo.

–¿Y Raoul?

–Tiene trabajo, no todos son como tú, hermanita.

Ya Hansel no era un jovencito. La madurez se había asentado en sus facciones relajándolas, y aquella trenza le daba un touché indígena seductor.

–Sólo te falta la flecha –Gretel Ofelia no cesaba de pincharlo.

–¿Y quién te dijo que no la traigo? –arqueó una ceja pícaro y extrajo de su mochila de viaje una pequeña flecha dorada junto a su arco sobre una concha nacarada–. ¡Este es tu regalo! –sonriente le pasó la mano por la cabeza–. ¿Cuándo viene el resto de la comitiva?

–¡Ahí está otro avión! Acerquémonos.

El sistema de amplificación del aeropuerto anunció la llegada del vuelo 1226 de American Airline. Gretel Ofelia sintió un vuelco, era cierto que cada vez que Wolfang viajaba a visitar a sus padres él había tenido especiales galanterías con ella, pero ahora no venía solo, volvería a enfrentar a su mujer, y además al hijo, que conocía sólo por fotos.

Wolfang salió con Erich de la mano. Hansel y Gretel Ofelia notaron el increíble parecido con el abuelo Gerard. Gertrudis Rosaura estaba más bella que como la recordaban. Vestía un elegante conjunto de dos piezas color naranja intenso y un sombrero blanco impoluto.

–¡Estás guapísima! –prorrumpió Hansel desinhibido, desmesurado.

–¡Erich es bello! –exclamó Gretel Ofelia sorprendida–. ¡Igualito a tu padre! –añadió mirando a Wolfang y opacando a su hermano, que se deshacía con alabanzas de modisto sobre el ajuar de Gertrudis Rosaura.

–¿A qué hora llega Gretel? –Wolfang estaba inquieto.

–Su avión está aterrizando –Gretel Ofelia señaló la pantalla digital de llegadas y salidas.

Gretel emergió alunando el salón. Con mucho superaba las historias acerca de su abrumadora personalidad. Aunque ya muy mayor, conservaba aquel aspecto aristocrático que reseñaran los medios en su momento. Engalanada en demasía, su indumentaria no hacía más que duplicar la aurífera visión, y todos enmudecieron por segundos antes de abalanzársele en incontables saludos.

– ¿Y Gertrudis? –preguntó volteando la cabeza.

Gretel Ofelia le contó su plan para hacer el reencuentro inolvidable.

Dejaron el equipaje en la conserjería del hotel y enfilaron hacia el lugar señalado para “el día de campo.”

–Espero que la hayan convencido – murmuró Gretel, anhelante.

Cuando Gretel Ofelia llegó a la casa, Gerard, Florita y Gertrudis esperaban impacientes.

–¿Dónde están los jugos y los refrigerios que te mantuvieron tanto tiempo afuera? –pregunté inquisitiva.

“Caray, no podía ser perfecto, se me olvidó hacer las compras”, se dijo Gretel Ofelia para inmediatamente reaccionar.

–Están en el lugar que escogí para nuestro picnic –sus reflejos estaban en forma–. ¡Arriba, monten, que se nos va la tarde! –levanté los hombros en seña de conformidad y subimos al auto.

Cuando alcanzamos la floresta, el lago permanecía al acecho, los sauces estaban despiertos y al aguardo. Wolfang, Hansel, Gertrudis Rosaura y Erich se escondieron en el follaje.

En un banco del prado, una figura difusa, casi en lontananza, de espaldas a mí, movía la cabeza intranquila. Juro que no lo imaginé, no me pasó por la mente, no lo presentí.

–Mamá, cerca de aquella señora que está en el banco puse la comida –a Gretel Ofelia le osciló la voz, pero no lo vinculé con nada extraño.

Seguí el rastro de las hojas para acercarme a la persona que observaba el lago fijamente. Tras el asiento busqué distraída los canapés, los dulces, el mantel...

–¡Hija! ¿Dónde están las cosas…?

–¿Qué se te perdió, Gertrudis?

Mis ojos se desbordaron como las bolas de lana de Mamá Ofelia y Tía Rosaura. Dos arroyos se vertieron por mis deslucidos pómulos cuando mis brazos alcanzaron los suyos. Gretel tiritaba sacudida por un aire punzante, el apretón duró

horas, décadas. No nos dijimos nada, ¿existen palabras cuando los corazones dialogan?

–Yo nunca te olvidé –dijo Gretel acariciando mi mano.

–Yo tampoco –le respondí arruinando el maquillaje. Dos lagrimitas rompieron el bajo rimel.

El petirrojo hizo una reverencia, se mostró palpitante, abrió su pico, y hasta creímos adivinarle una sonrisa, seguro manifestaba lo que desde hace tanto sabía.

–¿Recuerdas al petirrojo? –Gretel apuntó al pajarillo.

–Él te trajo hasta mí.

–No has cambiado nada –ambas sonreímos agrandando nuestras bocas hasta que la incertidumbre y las risotadas se mezclaron conformando un sonido híbrido: media tarde, media luna, media broma.

–Sí que se nos fue el tiempo –los labios carburaron nuevamente y la candidez relajó los músculos ya endebles del cuello. Otra sonrisa, un tanto malandrina, encendió el candil de los sentidos.

–Te traje un regalo –me dijo bajito, con el ánimo sensible, tratando de ventilar un ligero temblor que le subía hasta los ojos.

–Estar a tu lado después de tanto tiempo es el mayor regalo que podía recibir al final del camino –sonrojada, baje la cabeza, decirle a Gretel una frase tan cursi, era como intentar dar una voltereta presuntuosa delante de un malabarista profesional, sentí bochorno, ella, percibiéndolo, me requirió.

–Yo te quiero mucho, Gertrudis. Viví muchos años de camuflar con imágenes algo tan sencillo como un “te quiero”, no te avergüences. Mira esto.

– ¡La foto de Felicio!

–La nuestra –apuntaló Gretel con voz débil.

–Sabes que nunca la vi.

–Te iba a mandar copia si un día me escribías, pero tu silencio nos privó de compartirla, también atesoro esto –abrió un joyero de madera que se me antojó minúsculo y extrajo un polvillo donde aleteaban restos de oscuras hojas.

–No puede ser, Gretel.

–Nuestras coronas descansaron junto a la foto desde que partí. ¿Qué hacemos con ellas? ¿Dejamos que el viento las cosa al lago? –sin permitirme opinar, voluntariosa, esparció sobre la hierba el contenido del cofre, colocándolo después como barca en el agua. Se mantuvo a flote, navegando despacio, impulsado por una leve brisa hasta que se perdió de nuestra visión.

Sentí que el césped y el agua se confabularon para lacrar definitivamente nuestra niñez.

Nos descalzamos, los pies a orillas del suspiro, los dedos entrelazados y los párpados entreabiertos.

El petirrojo planeó sobre nuestras cabezas y se posó en el infinito lecho de la ribera.

“¡He cumplido!”, pareció decir la avecilla.

Por el bolsillo de su vestido asomaba un menudo papelito.

A GERTRUDIS, QUE ME ESPERÓ

Por el borde lozano, en la burbuja

dos muchachas empalman los telares
del amor que se entretejen
cuando el tiempo abandona nuestros cuerpos.

Nos preguntamos si el desierto esplendoroso
tiene un tono menor y un menor fuego.

El verso que pervive en los detalles
colorea en el beso un muelle tierno
que sereno se mueve entre las algas
y el alma se constriñe y nos mecemos.

Junto a ti he de morir más tarde o luego
el ángel rojo rehiló nuestros pesares
y repuntó las alas del deseo.

Pareceré dormida, pero vuelo
como nube vistosa y emplumada,
me subiré delgada por tus dedos,
eternamente lejos, abrigada.

Seré un diamante sordo, mejor ciego,
el infinito rumor del agua

FINALE

Termino de escribir estas memorias con el corazón estrujado de lejanías y reclamos de paz por los que se fueron.

Me acompaña una melodía que se desliza hoy con letra, voz de mujer y timbre armonioso, una tonada frágil y lejana, tan frágil y lejana como yo. **(*) (**)**

Cerca, el mar cumple disciplinadamente sus funciones. Ha sido confidente y reclusorio, energía y reposo, embudo y plenitud.

Los trastos se amontonan manchados en los estantes porque mis manos no logran pulirlos como antaño.

Gretel Ofelia permitió al desánimo ocupar el lugar de las alegrías, y marchita vaga por la playa desde el alba hasta el crepúsculo.

Cada día me levanto pensando que será el último; me asomo a las ventanas, dejo que el aire tibio del Caribe ventile mis mejillas, me encajo el vestido de flores lilas, cepillo mi cabello, lo perfumo sobriamente con agua de lavanda, y pronta asalto el jardín, desde donde Florita, achacosa y medio ciega, sonríe al costado de una huerta que renace exuberante entre sus dedos. Es como si cada tallo, cada hoja, cada fruto lozano y apetitoso nos recordara que un mundo nuevo prospera cuando el nuestro fenece. Luego corta unas margaritas y en un ciclo que se repite, la ayudo a levantarse. Entre nosotras existe una remota avenencia. Desandamos el trillo hasta el promontorio, donde dos cruces blancas apuntalan el paisaje, para depositar las flores

en las tumbas de Gretel y Gerard. Luego regresamos a casa fatigadas, renegociando un tiempo viejo y equilibrando el ánimo como las sobrevivientes.

Hansel y Wolfang volverán en Navidad. Guardamos nuestra mejor sonrisa para entonces. El petirrojo no se ha dejado ver. Gretel lo arroba hasta el final.

(*) Vershwiegene liebe

Über Wipfel und Saaten / in den Glanz hinein, / wer mag sie erraten, / wer holte sie ein? / Gedanken sich wiegen, / die Nacht ist verschwiegen, / Gedanken sind frei. Errät´ es nur eine, / wer an sie gedacht, / beim Rauschen der Haine, / wenn niemand mehr wacht, / als die Wolken, die fliegen, / mein Lieb ist verschwiegen / und schön wie die Nacht. ***Hugo Wolf y Joseph von Einchendorff / Agosto 31 / 1888.***

(**) Amor en silencio

Sobre cumbres y semillas / y en su propio esplendor / ¿Quiénes pueden sentirla? / ¿Quién la puede tener? / hay pensamientos que se callan / la noche entra en silencio y se liberan los sentidos / Sólo uno se me antoja / uno que en ella pensó / Al murmurar el bosquecillo / cuando ya nadie mira / sólo las nubes pasan / mi amor está en silencio / hermoso como la noche. ***Hugo Wolf y Joseph von Einchendorff / Agosto 31 / 1888.***

UNA BREVE BIOGRAFIA DE GRETEL WEINSENFREUND

Gretel Weinsenfreund nació un 30 de marzo de mil novecientos veintiocho en el pueblo De Horacio, El Caribe. Su nombre de soltera fue Gretel García Castillo. Su Madre, Rosaura Castillo, fue una hábil tejedora y modista. El Padre, Fernando Juan García, falleció cuando la pequeña contaba con dos años de edad. Gretel estudió en un colegio público llamado Las Damas de la Consagración donde recibió, además de las asignaturas básicas; latín, corte y costura, música, pintura y una férrea educación católica. El Padre Bonifacio, párroco de la villa, la adoctrinó con la esperanza de sumarla algún día, como religiosa en activo, a la Orden de Las Hermanas de la Caridad. No lo logró.

Emigró a Estados Unidos a punto de cumplir los quince años. Se graduó con honores en la Columbia University. Escribió los primeros versos siendo apenas una adolescente y logró publicar el primero en Life Magazine en mil novecientos cuarenta y cuatro. Tiempo después firmó en exclusiva con la editorial Doubleday y publicó su primer libro de poemas titulado Normandie D Day (Normandía día D) con el que obtuvo un gran reconocimiento de los lectores.

Su segundo compendio poético llamado From the Island and other latitudes (De la Isla y otras latitudes) se convirtió en un bestseller por la emotividad de su temática y su depurado lenguaje. Su tercer libro Gertrudis and me (Gertrudis y yo) la consagró como la más popular poeta norteamericana desde Emily Dickinson.

Sus novelas The proclaim of the Water (La proclama del agua), The River, the Wood and North Island (El río, el bosque y la isla del norte) y Focus (Foco), entre otras, la colocaron definitivamente entre las celebridades literarias de la época. Durante más de quince años escribió una columna semanal de literatura en el suplemento cultural del New York Times y después, con menor fortuna, en el del The New Yorker. Aunque su obra se tradujo a numerosos idiomas paradójicamente no al español Terminó su carrera literaria escribiendo guiones para concursos televisivos de la NBC Network.

Gretel Weinsenfreund falleció en la Ciudad de San Cristóbal del Caribe en el año dos mil tres de un ataque cardiaco. Tenía setenta y cinco años. La sobreviven su hija Gertrudis Rosaura y su nieto Erich.

ALGUNOS POEMAS DE GRETEL NO PUBLICADOS, ENCONTRADOS ENTRE SUS PERTENENCIAS DESPUÉS DE SU DECESO Y ESCRITOS EN CASTELLANO.

NAVIDAD *(incompleto)*

Navidad; uno se acerca, otro no está.

El corazón se escabulle en el diciembre cercano

que nos mueve en el terco cascarón donde se siembre [...]

Pon un poco de amor y ponlo siempre.

En la noble estación, escampará […]

New York, 1943

POEMA IV

Y si pienso en las cosas olvidadas,
en las cosas que olvido como muertas
se hacen áridas las voces y desiertas
las ciénagas del alma desangradas.

Facultades me faltan por heladas;
ansío transgredir las mismas puertas,
el pasado pasó, hoy me despiertas
con las alas angostas y arañadas.

Es preciso existir como si un hada
quisiera enmudecerte por siniestra
o dejarse llevar sin la ambidiestra
y volátil sensación de la manada.

¡Amar y desamar como si nada!

detenerse, seguir y darse cuenta

que cada espacio vuelve, se fermenta

si logras presentir su campanada.

New York, 1945

A UNA AMIGA YA LEJOS PARA SIEMPRE

Porque acaso del cielo te convocan

o noviembre retoma sus sentidos

estos días recuerdan el tejido

donde lirios y ausencias desembocan.

Como ni las nostalgias se retocan

si trato de olvidarte sin olvidos

esos vientos detienen los latidos

y las penas perfuman o sofocan.

Mis tristezas debutan y desbocan

cuando apura su paso Rocinante,

puede ser que las bestias se equivocan.

Volverás reinvertida y ambulante

¡Pues los muertos nos muerden y provocan

desde el duelo lunar y alucinante!

New York, 1951

KENIA

Una anciana le extiende su resina,

una joven brumosa, sus olores

y el amigo, quejoso de dolores,

el suave sueño que quedó en la tina.

¡Cumpleaños feliz! La diamantina

fecha que hoy despeña flores

y querubes queridos, celadores

de esperanza dorada por genuina.

Se llenan las estancias con colores,

refrescan el espacio de la encina

y multitud de pétalos deudores.

Una princesa hermosa que camina

despierta, regresa sin temores.

La canción soñada se culmina.

New York, 1953

DOS DÉCIMAS INEXACTAS POR EL CUMPLEAÑOS 58 DE UN UNICORNIO

Sentado estaba el añil

en la cresta de las horas

y un coro de aves canoras

lo asaltaron de perfil.

Entre el fango, el perejil

simulaba un carrusel

con olor a moscatel

a lluvia, a rosa, a candor,

estrujando el resplandor

celoso del timonel.

Un caballito febril

pastando al oscurecer

se negaba a merecer

el agua y el toronjil.

Una canción juvenil

le rehiló el carretel

predisponiéndole un cincel

como el mejor amador.

Sembró en la frente una flor.

Tiñó de azul el corcel.

New York, 1956

LA SOLEDAD DE ULISES

La soledad de Ulises se desliza,
destella en el pétalo oloroso
no le queda ni un haz del perezoso;
el ángel ante sí se descuartiza.

La soledad, distancia que le atiza
el alma fértil, el rojo caluroso.
La línea grácil despierta al ojeroso
joven hirsuto que en el lienzo pisa.

Con gran formato, sin error ni prisa
otra flor destrampa al animoso
y se invade de cantos la cornisa.

Tiene Ulises por puente el milagroso
don de enfundarse la sonrisa

mientras se nos desviste luminoso.

New York, 1963

UNO PARA EL DOCTOR

El doctor va sanando en el ascenso

su risa luminosa nos revela,

un viento con salitre da a la vela

la tibia voz que navega en el incienso.

Mientras más se me aleja, más lo siento

y mientras más brazadas, más se acerca.

Una receta y otra son la tuerca

que sujeta la proa a sotavento.

¡Avísenle al amigo que no ha muerto!

¡Regálenle memorias y fulgores

para que en la mañana no sea cierto!

Hay un niño atajando sinsabores,

cuidando el consultorio como un huerto

donde florecen nardos y colores.

New York, 1966

CONCURSO DE CANTO EN EL SIQUEIROS

…Abogados, doctores, panaderos
asaltan sin cuidado el escenario
ha extraviado la senda el mercenario
y la guardan celosos barrenderos.

Se levanta muy tarde el parrandero
cantó la noche entera el emisario
unas copas de más le dan al diario
un tono más audaz y verdadero.

De las sombras la música derraman
sobre atentos oídos y sombreros
¡A escuchar, les juro que se aman!

Con la luz sobre el piano los obreros

tejen voz que luego desparraman

tras de Magda y Fernando… los primeros.

Ciudad de México, 1969

PARA BEA

De maravilla se visten los rosales,

de destellos vibrantes los colores,

la amiga destaca entre las flores

una tensión desata los ojales.

No prueban el manjar los comensales

ni se salvan, se orillan los temores.

Hay mucho que decir, ciertos temblores

alcanzan a catar dulces y sales.

Se prodiga el amor, y las verdades

en música pletórica destilan

las vanas desazones y ansiedades.

Camila, en los luceros que titilan

le adosa cascabeles, humedades

y Beatriz los rescata y la ventilan.

New York, 1970